
THE LIBRARY OF CONGRESS


THE LIBRARY OF CONGRESS

LA DEMOCRACIA VICTORIOSA



FELIX F. PALAVICINI

LA DEMOCRACIA VICTORIOSA

POR

FELIX F. PALAVICINI

PRÓLOGO DE

ORESTES FERRARA

EPÍLOGO DE

RUY DE LUGO-VIÑA



D. APPLETON Y COMPAÑÍA

NUEVA YORK LONDRES

1919



Printed in the United States of America

DEDICATORIA

OBRA es la presente de periodista y no de literato. Estos artículos han sido escritos sin la preocupación de la forma ni el cuidado del estilo. Las ideas sugeridas por la acción de una vida activa, palpitando el corazón en el centro de una sociedad conmovida y dilatadas las pupilas en la brillante luminaria de este gran foco de progreso y civilización.

Escribir sobre la nota del día, bajo el peso de la información cablegráfica o el reporterismo callejero: comentar el suceso político de hoy que uno de mañana podrá modificar; auscultar el pecho gigantesco de ciento diez millones de habitantes; observar al través de idioma extraño y costumbres ajenas el secreto del éxito y la razón de las altas empresas; apuntar aquí y allá el boceto de imágenes que pasan y no para conservar ni pinturas durables ni conceptos permanentes.

La obra del que escribe así noes, sin duda, cuidadosa tarea de historiador, ni tranquila elucubración de sociólogo; su trabajo tiene todos los defectos del diarismo contemporáneo; pero también sus no despreciables ventajas: la visión de la actualidad, que mañana explicará a los lectores imparciales y fuera de escena, como se vivieron estos días de lucha anhelante y de púgil esfuerzo.

Si chabacano el estilo y la erudición de bolsillo, yo confié, en cambio, a estas líneas las sensaciones realistas de plena actualidad.

Mi permanencia pasajera en Nueva York, después de años de laboriosa ocupación, me autorizaban ganado reposo; pero la vida moderna es imposible sin las especulaciones del espíritu. La vida de ocio y regalo no fué nunca norma de mi conducta; soy un hombre de mi siglo y si el trabajo no fuese mi pasión dominante, no tendría otra disculpa para los que viven ignorantes de las grandes agitaciones del mundo y, huyendo del mundanal ruido, hacen descansada vida.

Dedico estas crónicas a los que a mi lado han combatido sincera y convencidamente por el triunfo de nuevos ideales; a los que a mi lado han sufrido las consecuencias lógicas para los que emprenden apostolados de redención y de enseñanza.

Para los hombres que han creído en el *Bien,* producto de sumados y recíprocos renunciamientos.

Para los que confían en la *Justicia,* niveladora subyugante que vence a los atentados de la fuerza y que se realiza siempre, aun años o siglos de por medio.

Para los que se explican el patriotismo como inteligente defensa de la dignidad y la soberanía de su nación, conservando el prestigio moral.

Para los que saben que amar a la Patria no es un *primitivo instinto,* sino un reflexivo y consciente esfuerzo, que tiende a salvarla de peligros presentes y a prepararle caminos de propia fortaleza futura.

Para los que creen en un próximo florecer de sanos ideales, hacia el bienestar de la Humanidad.

Para la juventud de Hispanoamérica, tan engañada por viejos prejuicios y absurdas patrañas y tan merecedora de tónicos estímulos, al rudo contacto con la cauterizante verdad.

A todos los que sueñen en el ansia infinita de volar por encima de la ola de vulgaridad hiriente y de ciega ignorancia.

F. F. P.

PRÓLOGO

LA GUERRA actual abre una gran puerta de observación hacia los Estados Unidos de América y al mismo tiempo permite a esta nación conocer el ambiente exterior que voluntariamente ha ignorado por demasiado largo tiempo. La entrada en la política internacional, con un despliegue de energía tan grande como el que ha hecho la gran república del Norte en el momento más oportuno de la Historia, pondrá, ante los ojos de los estudiosos y de los pueblos, la verdadera importancia de esta civilización que no tiene límites en su carrera ascendente y la redimirá de un "provincialismo" que empezaba a afectar grandemente su psicología nacional.



ORESTES FERRARA.

En un período de veinte y cinco años que se cerró

al estar en boga los asuntos asiáticos, el mundo europeo dedicó numerosos libros a los Estados Unidos. Cada uno de los escritores, cual nuevo Colón, descubría las maravillas del crecimiento del país observado. Pero tal producción literaria tenía como fin impresionar y como medio la revelación de hechos nuevos y extravagantes.

Escritores de imaginación ardiente y de bella frase pasaban unos pocos meses, a veces tan sólo días, en el vasto territorio, y a su vuelta publicaban un libro, por donde el argumento era siempre ligero. Cada uno escribía lo que podía agradar a sus lectores habituales. Y literatos de fama no desdeñaron tratar de la amplitud de un hotel, revelando la portentosa estadística de sus negocios, ó de una familia enriquecida, ó de una calle, ó de la altura de los edificios, ó de la velocidad de los trenes, ó aun de cosas menores. Esta producción pudo tener bello estilo, ser de fácil lectura, despertar curiosidad; pero ella reducía a mínimos términos la gran nación americana. Con excepción del notable libro de James Bryce, todos los otros publicados, incluyendo algunas buenas obras sobre el movimiento industrial, no dan de ella una idea exacta. Y al propio libro de Bryce faltó movimiento, siendo más un libro contraído a las instituciones que al pueblo de los Estados Unidos. La psicología viva, agitada, llena de vigor, de sentimentalismo, de acción de este pueblo, espera aún quien le dedique observaciones serias y meditadas en un análisis integral.

Por otra parte, el pueblo de los Estados Unidos está rompiendo la muralla que lo ciñe. Aquel aislamiento en que se mecía en cuanto a estudios, a ideas generales y a política internacional, ha desaparecido como por encanto. Los hombres públicos especialmente se han encontrado frente a frente a problemas desconocidos, cuya importancia han advertido bajo el aguijón de la necesidad. Asimismo el gran público que no se interesaba por el resto del mundo, satisfecho de conocer los múltiples estados de la Unión y decidido a considerar importante solamente lo abarcado por sus fronteras, ha visto, ó más bien, va observando—el gran público tiene los movimientos lentos del hipopótamo—que la Unión es solamente una parte del planeta y que otros ideales y otros intereses existen en países igualmente respetables y grandes.

Si la guerra actual sirve a los Estados Unidos únicamente para conocer lo que ignoraban de grandeza exterior, le habrá prestado el mejor de los servicios, pues el desconocimiento de las cosas ha sido tan grande que pasa los límites de lo verosímil, y, como consecuencia obligada, la despreocupación de las ideas de los demás iba abriendo un valladar infranqueable entre el Norte de América y el resto del mundo. La guerra ha empezado por ser a este respecto una lección objetiva: el sacrificio, el valor, la inteligencia, la grandeza de los otros pueblos han sido apreciados; así se ha comprendido que vivían, y no de vida efímera, grandes naciones que adquieren vigor de numerosos elementos, entre otros,

principalísimo, del de su gloria pasada que no se eclipsa fácilmente por el rápido curso de los siglos, sino, por el contrario, sirve de poderoso estímulo en las grandes crisis históricas. Los estudios hechos para explicar los acontecimientos actuales, han llevado a los que no constituían la *elite* intelectual del país a apreciar que los siglos anteriores constituyen una larga cadena de la cual dependen los eslabones añadidos más tarde en tierra de América; y que la Historia de un pueblo en el campo de los hechos generales, ó de las instituciones políticas y jurídicas, ó de la literatura y del arte, no es una aislada Fenomenología, sin más origen que los altos ideales que tuvieron en la mente y en el corazón los patriotas que organizaron la nación; y que Washington, Jefferson y Lincoln fueron agentes de causas complejas y de fenómenos de máxima importancia.

De este conocimiento mutuo, habrá recíproco beneficio.

Los Estados Unidos sentirán un soplo de aire nuevo que ensanchará su horizonte, abrirá su mente a nuevas aspiraciones, el corazón a nuevos sentimientos. Toda la educación que un alma joven puede desear, le vendrá de las viejas civilizaciones que han pasado por múltiples períodos por los cuales es indispensable que pasen, con distintas apariencias y mejoradas formas, todas las eras históricas. La experiencia de los otros servirá como experiencia propia; el ejemplo ageno será conocimiento directo. Todos los fenómenos impulsivos de ánimos jóvenes serán suavizados; la sentimentalidad artística no

será dón solamente de virtuosos, sino plácida cuna en la cual todos se mecerán en momentos de reposo; el sutil análisis y la lógica rígida hallarán una limitación en sus consecuencias crueles, en un principio de tolerancia que la vida vivida, en los indivíduos como en los pueblos, aconseja imperiosamente.

Es de este amplio conocimiento de las ideas agenas, de las distintas psicologías de los pueblos—que como acción refleja hace conocer a uno mismo—que Inglaterra ha alcanzado su hegemonía secular, su facilidad en el trato con los pueblos todos de la tierra y aún con los sometidos a su dominio, su universal simpatía a pesar de su preponderante grandeza.

Los Estados Unidos de América, al extender su esfera de influencia, al abrirse paso en tierras lejanas, que tienen una mentalidad diferente, una historia tan opuesta a la suya, no podrán realizar esfuerzo alguno en lo moral, en lo económico, en lo intelectual, sin un conocimiento completo del nuevo ambiente. De lo contrario no ya la americanización del mundo, como pronosticara William Stead, sino cualquiera acción comercial, sería imposible.

En la política internacional especialmente, por ser la actividad que se refiere a las relaciones entre los pueblos, se sentirán los resultados más directos. Y con la América Latina, el hecho tendrá consecuencias immediatas. Los sentimientos, tan originales, las ideas, que parecen tan extrañas, de los latinos de América, serán comprendidos; por lo que

los errores de tantos años se enmendarán. Aquel concepto que se ha formado, poco a poco, bajo la influencia de hechos mal comprendidos, de que la turbulencia y el desórden son las reglas políticas de muchos países americanos; y que, como consecuencia, la dictadura es la única arma que puede contrarrestarlos, desaparecerá, comprendiéndose que la América toda, nacida con idénticos anhelos de libertad, tiene, por razones históricas y lógicas, que ser tierra abierta a todos los atrevimientos de las ideas y a toda expansión de la voluntad. Se verá—y no es difícil verlo tan pronto como se estudie—que las turbulencias son producto de las represiones ejercidas sobre pueblos poco dispuestos al sufrimiento y al martirio; y que a toda revolución ha precedido una reacción, por parte de grupos directores de la opinión pública; y se llegará a esta fácil deducción—que todo latino-americano conoce—y que los Estados Unidos no saben, por haber apreciado los acontecimientos dolorosos a través de notas diplomáticas, casi siempre enviadas por ignorantes fácilmente influenciados por el ambiente de la dictadura dominante, que en toda la América Latina el pueblo es superiorísimo a las clases directoras a pesar del analfabetismo y de las razas inferiores que concurren a formarlo.

Para gobernar, como para toda actuación, es preciso, indispensable, el conocimiento exacto de los hechos; así, en este caso latino-americano, que sólo presentamos como ejemplo, cuando se conozca su intima verdad, cuando se sepa que la vergüenza de

repetidos disturbios no es consecuencia de innatas rebeldías, sino de necesarias defensas populares, en vez de formular la amplia teoría que repulsa las revoluciones, se fijará un principio más moral y más alto; el de negar las tiranías, como el Presidente Wilson da a entender en el Discurso de Septiembre con palabras que su lúcida mente—siempre lúcida cuando actúa sobre hechos conocidos—dictaba en forma interrogativa que no celan la opinión decidida del autor.

Si en la guerra que estalló en 1914, debemos admirar la preparación militar, el genio combativo de una nación que no tenía el pacifismo como programa, sino como sistema de vida; si debemos admirar la organisación bélica de todo un país que en un momento sólo se ha transformado todo él en un ejército, más aún, en mi concepto, debemos maravillarnos de la rápida manera cómo los hombres de Estado, frente a tantos problemas distintos, nuevos y difíciles, han sabido ponerse a la altura de la gran labor que el momento histórico les impone.

Más importancia aún tendrá y más beneficio acarreará el exacto conocimiento que el mundo tenga de los Estados Unidos de América. Por aquella acción refleja que las naciones ejercen las unas sobre las otras, ayudándose involuntariamente y aún en contra de su voluntad, la gran república representará un enorme concurso de energía que entra en la universalidad de las naciones. Se verá que ella no es tan solo un gran laboratorio de riqueza, sino que el rápido crecimiento de la riqueza es

una manifestación, no la finalidad única de todo un pueblo; que, por el contrario, altos sentimientos dominan este enorme dinamismo de bienestar, que luego, por las satisfacciones materiales que produce, actúa a su vez en la vida moral haciéndola más intensa y más apropiada al bien general.

En Europa y en la América Latina, los dos continentes que hasta ahora, aunque poco, han demostrado mayor interés en las cosas norte-americanas, es conocido el esfuerzo que los ricos cumplen para el procomún; son sabidas, por lo impresionante, las donaciones a instituciones intelectuales ó benéficas; pero lo que no hemos visto escrito, ni comprendido, es el concepto del deber con que magnate y obrero acompañan el donativo; y el cual asume tales proporciones, que sin estar sometido a leyes coercitivas constituye deber imperioso más que socorro.

¿Cuál efecto no tendrán sobre la psicología de otros pueblos, especialmente de la América Latina que, cometiendo un gran error histórico, ha querido mantenerse hasta ahora sin derramar la sangre de sus hijos en un momento necesario, los hechos de decisión sin freno, de abnegación sin límites, de hombres de todas las confesiones, de todas las edades, de todas las fortunas, que abandonando hogares tranquilos, el mayor bienestar y muchos, lujo que parecía haberlos enervado, abandonando sus hijos, no pocas veces sus nietos, ingresan en las filas del Ejército, sin desear y hasta renunciando graduaciones que les ofrecen algunas comodidades, prefiriendo ser soldados, porque así esperan ser envia-

dos más pronto a los campos europeos y encontrarse más amenudo en el lugar del peligro? ¡La renuncia a la propia existencia sin un reproche! Todos, desde los adolescentes hasta los que tienen un pie en la tumba, entienden que dar la vida es un deber en situaciones como las actuales. Los que en otros tiempos bregaban en todas las especulaciones, eran obsorbidos por los negocios más arriesgados, los de frente precozmente arrugada por constante preocupación, ante la necesidad patriótica, y más que patriótica al reclamo de los principios modernos que no han querido retroceder, cambian rápidamente, cierran sus oficinas en momentos en que la especulación y el negocio les hubieran aumentado la fortuna y van al trabajo que el Estado les impone, trabajo árduo, difícil, las espaldas encorvadas; pero la frente lisa y serena. La mujer va a la lucha en emulación con el hombre, con el mismo espíritu de sacrificio y con idéntico entusiasmo, ó aún más dispuesta a lo uno y a lo otro que en general son campos propios de la psicología femenina. Todos los servicios auxiliares que una guerra supone, encuentran admirable ejecución en las que en los días pasados hicieron de la vanidad su único ideal.

En verdad, el ejemplo es magnífico. Toda la voluntad de la nación está concentrada en la punta de la espada que combate. Los antiguos vivían en tribus; y la guerra era de tribus contra tribus; las mujeres y los niños acompañaban a los guerreros. Los Estados Unidos de América han imitado a los

antiguos. En ellos la madre no llora al hijo que muere. Cuando esto acontece, cuando un deber social encuentra tanta fuerza en el ánimo de una mujer que vence el más poderoso de los sentimientos de la naturaleza, tal pueblo puede, debe servir de ejemplo.

Para Europa, que la guerra encontró discutiendo bizantinamente sobre la diferencia entre la vida práctica y los ideales; y que más que discutir, se hallaba dividida en dos campos: el de los soñadores que desdeñaban todo estudio del ambiente, encerrados como en torres de marfíl, en unas cuantas ideas generales, que nunca sometían al control de los hechos, y el de los prácticos que sonreían a toda idea de bien, preocupados de su propio bienestar y del de sus descendientes, formando así un nuevo egoísmo, peor que todos los otros, basado aparentemente en un deber, el egoísmo familiar, del cual hacían depender hasta la reproducción de la especie; para Europa, la mezcla de la sentimentalidad más refinada y de la práctica más intensa, del amor del ideal y del acatamiento estricto del hecho, que constituyen la síntesis del carácter norte-americano, será el más fuerte motor, el más potente resorte que pueda actuar sobre el alma renovada por el sufrimiento de la presente guerra, en la remodelación que habrá de emprenderse al terminar la lucha de las armas.

Para la América Latina, al efecto moral se añadirá un efecto político. El excesivo recelo no justificado tampoco en su exceso por hechos preté-

ritos que contra los Estados Unidos se mantiene, cederá facilmente el día que sea manifiesto cómo los hombres de Estado de Washington, lejos de mantener en la práctica internacional teorías de absorciones, de conquistas, de dominación, son ellos, precisamente ellos, quienes aceleran el curso de la Historia, con el sacrificio de su pueblo en lucha armada, para fijar en tratados los derechos de los pequeños a su integridad; toda idea de sospecha caerá por su propio peso, y el que la presentare no solamente no encontrará séquito, sino que se cubrirá de ridículo.

Si la América Sajona no ha conocido a la Latina, es preciso afirmar que ésta no ha conocido a aquella. Es evidente que el conocimiento recíproco hubiera evitado todas las pasadas malas interpretaciones y creado corriente de simpatía que en las presentes circunstancias habría valido de mucho a la causa de la Humanidad.

Los Estados Unidos se han dedicado por un siglo a su desarrollo agrícola, a la creación de la gran industria, y a su organización comercial. Poco a poco, han adaptado sus períodos históricos a las necesidades de su progreso interno. Las colonias que se elevaban a una federación de Estados eran muy poca cosa en el concierto de los pueblos; les precisó constituir su propia grandeza; formarla dentro de la libertad más absoluta y del orden más estricto. Pocas veces una nación ha tenido un éxito más completo. Con actos de voluntad enérgica, el pueblo se consagró al trabajo. Tuvo las más grandes

dificultades. Había que derrocar el pasado y lo hizo: la esclavitud fué abolida en lucha sangrienta y difícil. Había que mantener la independencia de los Estados, las libertades municipales, los derechos de los ciudadanos. Los abusos no podían evitarse; los males inherentes a los comienzos de toda era libre, debían aparecer; las crisis de crecimiento en lo económico, debían dar lugar a pánicos terribles. Se presentó vergonzosa la inmoralidad administrativa, producto de concausas múltiples, la principal de todas, la fácil riqueza alcanzada por elementos industriales, parte predominante de la población y las grandes y rápidas actividades económicas de los municipios; pero fué vencida; el peso de la opinión pública cayó sobre ellas y las mismas organizaciones políticas maleadas cambiaron, presentándose con mejores hombres a los sufragios populares.

Las grandes huelgas que pusieron a veces la fuerza pública al servicio de intereses de clases, espectáculo espeluznante, recibieron al fin debido reconocimiento y hasta, cuando justas, protección y aliento.

Es que libertad practicada sin restricciones cura sus propios males.

Los Estados Unidos han sabido mantener este principio incólume y por esto han triunfado. Muy poco amantes de las grandes prescripciones arquitectónicas del Derecho, ellos se han dejado guiar por un alto espíritu moral; así a la voluntad de la ley, siempre insuficiente, han sustituido su libre decisión de respeto mutuo, al punto de formar la

nación de mayor solidaridad entre las clases, a pesar de la enorme desproporción de las fortunas privadas.

Abrir brecha en la gran muralla que parecía debía cerrar la concepción moral de este pueblo para hacerlo aparecer tan distinto de lo que es, resulta útil. El Sr. Palavicini hace bien dedicando un libro a esta "Democracia Triunfante."

Es libro de estudio y de observaciones exactas con puntos de vista originales. De su lectura parece evidente que el escritor mira hacia la verdad con paso firme, sin la extraña influencia ni los deseos que los *snobs* de la pluma han tenido siempre al tratar cuestiones norte-americanas. Evidentemente el autor no ha pretendido hacer un libro sobre la psicología de este pueblo, libro necesario y deseado. Pero mientras esta publicación básica encuentre su escritor, son útiles las observaciones directas, el estudio esporádico de las grandes cuestiones, el retrato de algunos períodos difíciles, hecho en la calle y en los salones, del ambiente político. Luego vendrá el que dé forma y sistema a la observación, haciendo obra de síntesis.

Esperemos que los estudiosos de los Estados Unidos den a conocer al público las grandezas que se emergen en los bordes de los dos océanos, y que sin duda no conocerían sin provecho.

ORESTES FERRARA.

LA DOCTRINA MONROE MODIFICADA POR EL PRESIDENTE WILSON

CONSIDERO que todos los centros intelectuales de la América Latina van a comentar concienzuda y justicieramente el discurso del Presidente Woodrow Wilson al grupo de periodistas mexicanos que lo visitó el viernes 7 de junio.

El Presidente Wilson tiene acostumbrado al mundo a sorprendentes declaraciones, defendiendo nuevas doctrinas e inusitados procedimientos para la sociedad de las naciones.



WOODROW WILSON

Un filósofo griego tenía el derecho de formular, ante los ojos atónitos de sus reverentes discípulos, las más originales teorías, que, al fin, con ellas no se gobernaba el mundo y de cátedra a cátedra la trascendencia existente no pa-

saba los límites de las especulaciones intelectuales y los ejercicios de elocuencia.

Pero hacer tal cátedra con nuevas doctrinas de gobierno desde la presidencia de la Gran República y hablar de las relaciones de los pueblos sabiendo que el que discurre reune en sus manos la mayor suma de poder a que un hombre puede aspirar sobre la Tierra, es de responsabilidades inapreciables porque no sólo transforman la política del presente sino que afectan en forma perdurable las prácticas políticas de las relaciones internacionales en el porvenir.

El Presidente Wilson, al inaugurar la Semana de la Cruz Roja, hizo al mundo la promesa de obrar en defensa de Rusia del mismo modo que lo estaba haciendo con Francia, y con ser eso mucho no iguala a la sencillez, a la franqueza, a la lealtad con que acaba de expresar su desacuerdo con las interpretaciones de la Doctrina Monroe y su deseo de una cooperación continental que garantice el respeto a la soberanía política y la integridad territorial de las naciones.

Al escribir estas líneas desearíamos recalcar lo extraordinario del suceso, para que la más amplia publicidad agite la opinión de la América y la obra enérgica de la prensa desamodorre cancillerías y excite actividades políticas cuya inexplicable atonía parece revelar aún desconfianzas y recelos.

¿Conocen todos la Doctrina Monroe?

Recordemos su texto para precisar su alcance y explicar el motivo de júbilo que hemos experimen-

tado y que tenemos el derecho de suponer comparten con nosotros todos aquellos hombres que han puesto algun interés en la política de su país, y muy particularmente todos los estadistas de las nuevas generaciones, que, ante la estrechez económica y las dificultades de crecimiento y progreso en las jóvenes nacionalidades latinoamericanas, observan con terror que las guerras modernas significan el consumo de miles de millones de dolares y la pérdida incalculable de vidas humanas, y que ante el lujo de brutalidad y fuerza desplegado por Alemania para subyugar al mundo, oyen la voz del Presidente Wilson sosteniendo que *"ha llegado la hora de la tranquilidad para los pueblos débiles."*

El Presidente Monroe, dirigiéndose al Congreso el 2 de diciembre de 1823, se expresó así:

"Se ha juzgado propicia la ocasión para establecer, como principio que afecta los derechos e intereses de los Estados Unidos, que el Continente Americano, por la libre e independiente condición que ha asumido y mantenido no debe, de aquí en adelante, considerarse como sujeto a la colonización futura por parte de una potencia Europea."

"Debemos a la Verdad y a las relaciones amistosas existentes entre los Estados Unidos y estas potencias Europeas el declarar que consideraríamos toda tentativa de su parte que tendiera a extender su sistema a cualquier porción de este hemisferio como atentatoria a nuestra paz y seguridad."

"No nos hemos inmiscuido ni nos inmiscuiremos en las colonias y dependencias europeas existentes; pero en cuanto a los Gobiernos que han declarado su independencia—y a los que hemos, tras madura reflexión, reconocido—no podríamos considerar interposición alguna con objeto de oprimirlos o de otro modo guiar sus destinos, mas que como una manifestación de índole poco amistosa hacia los Estados Unidos."

El texto de la doctrina Monroe no habría representado sino la opinión particular de un presidente de los Estados Unidos, sin fuerza de ley en el país de su origen y menos aún en el mundo exterior. Pero ya en enero de 1811 el congreso americano aprobaba la ocupación de la parte occidental de la Florida *en previsión de que España la enagenara a Inglaterra.*

El 28 de Marzo de 1870 el Presidente Grant dió por admitida mundialmente la doctrina Monroe, cuando dijo:

"Todos los partidos políticos han prestado su adhesión a la doctrina Monroe, y en este momento me parece oportuno asentar el principio, de igual importancia, que de aquí en adelante ningún territorio de este continente sea considerado como sujeto de traspaso a una potencia europea."

Las citas anteriores, que aún podríamos multiplicar si ello no le quitara la sobriedad que pretendemos dar a este artículo, demuestran que, para el concepto internacional de los Estados Unidos, la doctrina Monroe era un derecho de preeminencia establecido por el Gobierno Americano sobre todos sus hermanos del sur; y en la Cuarta Conferencia Panamericana el señor Nabuco, por conducto del señor Da Gama, Ministro del Brasil en la Argentina, propuso la moción siguiente:

"El largo período que ha transcurido desde la promulgación de la doctrina Monroe nos permite reconocer en ella un factor permanente para la paz del continente americano. Por esta razón, al conmemorar sus primeros esfuerzos hacia la independencia, la América Latina envía a su gran nación hermana del Norte una expresión de agradecimiento por su noble y desinteresada acción

que ha producido tan grandes beneficios a todo el Nuevo Mundo."

La inicitativa brasileña no fué aprobada en esa ni en posteriores conferencias panamericanas, debido al temor constante de que la doctrina Monroe sirviera de pretexto a futuras expansiones imperialistas de los Estados Unidos.

Y, ahora, tocó a los periodistas mexicanos la envidiable fortuna de ser portadores de un gran mensaje de paz; de un compromiso de cooperación; de un pacto de solidaridad, no basado en preeminencias enojosas ni en distinción para tratos leales y honestas relaciones.

El Presidente Wilson, con la oferta de someter el poderío inmenso de su nación a los convenios de un congreso panamericano, cantó los funerales a la doctrina del Presidente Monroe y despejó, de un solo soplo, todos los negros nubarrones que se arremolinaban tempestuosos en la atmósfera del continente; en ese continente, tierra de conquista, donde ninguna frontera se ha creído segura, ningún Estado bastante libre y ningún gobierno suficientemente autónomo.

El Presidente Wilson habló así:

"Hace algún tiempo, como todos ustedes probablemente sabrán, propuse una especie de arreglo panamericano. Había percibido que la dificultad en nuestras relaciones pasadas, con Latino América, era ésta: la famosa doctrina Monroe que fué adoptada sin el consentimiento de México ni de ninguno de los Estados del Centro y Sur América.

Empleando los términos usuales en este país, dijimos: "vamos a ser su hermano mayor, quieran ustedes o no quieran." No les preguntamos si les era o no agradable que lo fuésemos, sino que dijimos: "vamos a serlo." Ahora, eso estaba muy bien hasta donde tocaba a protegerles de agresiones del otro lado del océano; pero no había nada en ella que les protegiese de una agresión nuestra y he visto reiteradamente un sentimiento de desconfianza de parte de los representantes de los Estados del Centro y de Sur América, de que la protección que nosotros solos nos habíamos conferido pudiese ser para nuestro propio interés y no para el de nuestros vecinos; por eso he dicho: muy bien, hagamos un arreglo por medio del cual *demos bonos.* Tengamos una garantía propia en la que todos nosotros firmemos una declaración de independencia política y de integridad territorial. Estemos de acuerdo en que si uno de nosotros—incluyendo los Estados Unidos—viola la independencia política o la integridad territorial de cualquiera de los otros, todos los demás lo impedirán.

"Señalé a algunos caballeros que estaban menos inclinados que otros a aceptar este arreglo, que eso era, en efecto, *dar bonos* de parte de los Estados Unidos para entrar en un arreglo por el cual ustedes estarían protegidos de nosotros mismos.

"Ahora esa es la clase de arreglo que tiene que cimentar la vida futura de las naciones del mundo."

"La familia entera de las naciones tiene que garantizar a cada nación que ninguna otra violará su

independencia política o su integridad territorial. Esa es la base—la única base concebible—para la paz futura del mundo y debo admitir que estaba ansioso de ver que los Estados de toda la América enseñaran el camino al resto del mundo de cómo se hace una base de paz."

"La paz sólo puede venir por la confianza. Si se puede conseguier una situación de confianza, entonces se habrá logrado una situación de paz permanente. Por eso cada uno de nosotros debe, como un deber patriótico para su país, plantar la semilla de la fe y la confianza en lugar de la semilla de la sospecha."

Asi habló a los periodistas mexicanos el mismo poderoso jefe de Estado que dirijiéndose al congreso Americano, al iniciarse la guerra contra Alemania, sostuvo los postulados siguientes:

"Que el precio de la paz entre los pueblos, es la justicia y la imparcialdad."

"La Justicia que deberá hacerse en todas partes y por todas las naciones."

"Que ninguna nación o pueblo debe ser robado o perseguido."

"Que debe existir esta fórmula: No anexiones, no contribuciones ni indemnizaciones punitivas."

"Que todas las naciones del globo tienen derecho no solamente al libre tránsito por los mares, sino a su acceso a ellos sin ser molestados en lo más mínimo.

"Que pelean los Estados Unidos porque en la sucesivo, en el mundo, no haya ninguna amenaza

hacia la existencia o la independencia de alguna nación."

"Que el resultado final de la guerra debe ser el triunfo de la legalidad."

"Que la hora suprema en la historia del mundo ha sonado y los ojos del pueblo están ya muy abiertos y ya *ven*."

Tales son las garantías morales del otorgante.

Los periodistas mexicanos regresan a su patria satisfechos de haber visto a un pueblo poderosamente enérgico y extraordinariamente laborioso, dedicando sus gigantescos esfuerzos a ganar una guerra de principios; regresan satisfechos de haber comprobado cómo es inaudito el contingente que a la guerra del mundo prestan los Estados Unidos; regresan satisfechos de haber observado populosos campamentos donde desfilan cientos de millares de hombres que han sido convocados para ofrecer, sin taza, sus intereses; para derramar, sin límites, su sangre; para ofrecer su vida toda sin el afán de obtener un palmo de tierra, un nuevo mercado o un peso ajeno; pero nada valdrá tanto para el porvenir político de la América Latina como el ofrecimiento que ha depositado en ellos el Presidente Wilson al entregarles caduca, envejecida y muerta la doctrina Monroe, para sustituirla por un convenio consciente, voluntario y práctico a fin de que sobre el terreno fecundado por la confianza, germine, desarrolle y florezca la amistad entre los pueblos que aspiran al bienestar social por el trabajo y por el amor.

MENSAJE DEL PRESIDENTE DE EL SALVADOR, HASTA AHORA NEUTRAL

PRONTO TODAS LA REPÚBLICAS DE CENTRO-AMÉRICA SERÁN ALIADAS

EL Presidente de los Estados Unidos ha recibido el siguiente mensaje del Presidente de la República de El Salvador:

"A su Excelencia, Woodrow Wilson, Presidente de los Estados Unidos de América, Washington, D. C.
Excelentísimo señor:

La prensa Centroamericana acaba de publicar el cablegrama de Washington, dirigido a las Legaciones de los Estados Unidos, en que se transcribe vuestro sincero y patriótico discurso dedicado a los periodistas y editores mexicanos que hace poco visitaron la Gran República, cuyos destinos tan sabiamente gobernáis, y no puedo substraerme al deseo de dirigiros la presente carta que os lleva mi más ferviente congratulación personal, y como gobernante del pueblo salvadoreño, por la abundante materia doctrinaria que contiene aquella pieza oratoria en que, con elocuencia verdaderamente apostólica, habéis señalado las mejores orientaciones para llegar a la armonía política en que se deben cimentar la paz y el futuro bienestar de las naciones americanas.

Habéis hecho descender desde la altura en que estáis trabajando por el bien de vuestro pueblo, y de la humanidad entera, una limpia corriente de sentimientos y principios que borra toda sombra de mala comprensión o desconfianza respecto a la conducta de los Estados Unidos en sus relaciones con la América Latina, y en este concepto, excelentísimo señor, habéis realizado la obra más trascendental y patriótica, porque desvanecer las desconfianzas y las dudas en la interpretación del derecho de los pueblos es propender eficazmente a su mejor armonía y a la estabilidad de sus relaciones pacíficas para la más fácil realización de su destino.

"La paz," habéis dicho, "sólo puede obtenerse por la confianza. Mientras haya dudas, habrá desconfianza. Mientras haya desconfianza, habrá conflicto." Esa es una gran verdad que ha tenido diariamente la más dolorosa confirmación, y como con vuestras palabras, sencillamente honradas y sinceras, habéis hecho sentir una impresión de confianza en el corazón de la América, es justo consideraros como un verdadero apóstol de la paz y como un estadista de elevada comprensión, en cuyo criterio deben tener fe los otros que también aspiran al firme mantenimiento de la concordia internacional.

Como gobernante del pueblo salvadoreño y como ciudadano de la América Latina, yo quiero expresaros mi adhesión ferviente a las ideas de justicia y a los sentimientos de confraternidad en que abunda vuestro discurso dirigido a los periodistas mexicanos. Vuestra aclaración sobre el concepto de la Doctrina Monroe viene a desvanecer prejuicios y desfavorables conjeturas respecto a ella, que han impedido por muchos años el amplio florecimiento y la propagación de principios de verdadera cordialidad que deben existir, para bien de todos, entre los Estados Unidos y las otras Repúblicas del continente americano. Vuestro gran pensamiento de una convención internacional que garantice la independencia política y la integridad territorial de las naciones de este hemisferio, envuelve el más alto propósito que se haya hecho resonar en las esferas del derecho público americano desde los tiempos de Washington hasta nuestros días. Seréis, en consecuencia, el gran paladín del derecho y de la libertad de América si lleváis adelante vuestra iniciativa trascendental, que no dudo será secundada con la mayor simpatía y buena voluntad por todos los estadistas y gobernantes de nuestro continente.

Convencidos, como lo estáis, excelentísimo señor, de que sobre la base de esta clase de convenios se fundará después de la guerra actual la vida futura de las naciones, deseo aprovechar esta oportunidad para expresar en nombre de mi pueblo y en el del gobierno que presido, que todos los impulsos de nuestra vida política, especialmente los que conciernan al mantenimiento de nuestras relaciones internacionales, se han inspirado en los más puros sentimientos de justicia y de cordialidad, procurando mantener dentro de las fórmulas del decoro nuestra personería nacional, a fin de que siempre esté apta para intervenir, con capacidad y conciencia, en toda

evolución civilizada que tienda al mayor acercamiento y prosperidad de los Estados americanos. En este concepto, cabe hacer ostensible nuestra aprobación entusiasta a las ideas y propósitos manifestados por vuestra excelencia en su reciente discurso, y creo no estar en desacuerdo con la opinión y el sentir de los otros pueblos y gobiernos de la América Latina, si adelanto el augurio de que todos verían con sincero regocijo que se llevara a la realidad el magnífico proyecto de la convención internacional que en momentos de elevada y generosa inspiración considera el estadista sereno, el varón justo, que con tanta sabiduría y prudencia gobierna la más pujante de las democracias americanas.

Permitid, excelentísimo señor, que os ofrezca en nombre de mis conciudadanos, y en el mío propio, la más firme seguridad de adhesión a vuestra sana política de mutuo respeto y de cordialidad sin desconfianzas, iniciada con vuestra reciente interpretación de la Doctrina Monroe y con las rectas orientaciones que habéis señalado a la rectitud de vuestro gobierno en relación con los otros pueblos de la gran familia continental. Contad con nuestra decidida cooperación en el sentido de cristalizar en hecho tangible vuestro elevado pensamiento de asegurar, por la confianza recíproca y por las indestructibles vinculaciones del derecho, la paz de las naciones, y creed que si después del presente conflicto mundial los estados americanos logran cimentar su vida futura sobre la firmeza de la convención internacional entrevista al resplandor de vuestros ideales de justicia, mereceréis que se os considere como un paladín de la humanidad y que vuestro nombre se asocie al de Jorge Washington en el respeto del mundo y en el glorioso veredicto de la historia.

Aceptad, excelentísimo señor, los testimonios de mi más alta y distinguida consideración.

(Firmado) C. Meléndez.

El Presidente de los Estados Unidos envió la siguiente respuesta al Presidente de la República de El Salvador:

"La muy bondadosa carta de Vuestra Excelencia, de fecha 4 de julio, acaba de ser puesta en mis

manos, y aprovecho la oportunidad para expresaros el gran aprecio con que fué recibida y leída.

Me es grato saber que se está estableciendo una mutua inteligencia entre las naciones del continente americano, la cual promete constituir una base permanente de amistad, y ruego a vuestra excelencia crea que el discurso que dirigí a los periodistas mexicanos, al que tan bondadosamente os referís, salió sin premeditación desde el fondo de mi alma.

También deseo hacer saber a vuestra excelencia que dicho discurso expresó algo más que mis sentimientos personales, y que creo que la política señalada en él expresa la verdadera actitud del pueblo de los Estados Unidos y la conducta que dicho pueblo desea que adopte, y siempre siga su gobierno.

Me uno con vosotros en desear, con esperanza y confianza, el advenimiento de la concordia de pensamientos y propósitos en este continente, que conduzca a la paz duradera y la cooperación amistosa."

¿SE DEBE CONFIAR EN LA DEMOCRACIA?

QUE debemos revisar las doctrinas para apoyarlas sobre la Ciencia y la Verdad es un criterio admitido por todos los pueblos progresivos.

Las instituciones democráticas no pueden permancecer inmóviles o pétreas; están destinadas a una constante evolución, a una renovación incesante, para adaptarse por años y hasta por estaciones al interés general: ya la renovación presidencial por cuatiernos, para consultar la opinión popular respecto al Ejecutivo; ya el cambio periódico en el personal del Legislativo. Así se han aproximado las costumbres políticas—mas aun que las instituciones—al ideal de frecuente movilidad en los encargados de la expedición y aplicación de las leyes; pero la obra legislativa y su influencia directa en el bienestar social no suele ser de muy rápida acción aun en las más avanzadas democracias. ¿Por qué? Por los poderosos intereses creados que forman baluartes inconmovibles para la penetración de nuevas ideas, tanto por un justo temor a vanos ensayos, como por la defensa del instinto de conservación.

La crítica hecha a las democracias modernas concluye por afirmar que la movilidad de los gobernantes crea la inamovilidad de las instituciones, de las prácticas políticas o de los procedimientos gubernativos.

La censura hecha por los impacientes a las democracias actuales, es la de que, obedeciendo a las corrientes de opinión, ceden con demasiada frecuencia a las volubilidades del pueblo, sin poder aplicar un programa de largo alcance y remoto plazo.

Se requiere—dicen ellos—una completa armonía para que todas las funciones del Estado concurran al propósito previamente estudiado, sin vacilaciones, sin timideces y si fuera preciso sin discusión ni análisis. Estos admiradores del régimen de cuartel quieren ver el poder en una sola mano, para tener la certidumbre de que se hará seguir al pueblo por un solo camino. Es el principio en el que descansaron las monarquías absolutas, las dictaduras militares y todos los despotismos históricos. Y todavía tiene prosélitos y admiradores. Quieren una vida reglamentada, repartida en compartimentos numerados; para las ciudades, altura máxima en las casas; para la familia, límite exacto en los hijos; quieren trazar en el alma las pasiones a cordel, como los poblados de antaño; fijarían de buena gana las horas para llorar y para reir. ¿Cómo—exclaman—han de contribuir mil personas para hacer una ley, sin que ella sea como el traje de Arlequín?

¿Cómo ministerios de paso o cámaras movedizas, pueden realizar fines determinados?

Y concluyen pidiendo la supresión de las oligarquías parasitarias, para fundar gobiernos poderosos, con su jefe único, su legislador único, su mando total y único.

Esos censores de la democracia habían anunciado el desmoronamiento de Francia, por el veneno de las ideas socialistas y las divisiones de sus partidos políticos, y la democracia francesa ha respondido con un espectáculo de unidad heróica ante la bárbara invasión que arruina su solar y en el centro de la más horrible conflagración.

Cuando los Estados Unidos entraron a la guerra, los prosélitos de las dictaduras, los desdeñosos de las democracias, sonrieron despectivamente; para su concepto de la nacionalidad, ni los Estados Unidos era un país con unidad nacional, ni podría su gobierno obtener el poder suficiente para enfrentarse con las dificultades de la guerra, teniendo que guardar contemplaciones para el Congreso, para los Gobiernos de los Estados, para los Municipios, para la prensa libre y poderosa.

Se dió por cierto que los ciudadanos no irían a la guerra, que los *trust* no permitirían la limitación de sus ganancias, que los habitantes no se conformarían con variar de alimentos o disminuir su comida.

¿No era ese país demasiado libre con representación popular excesivamente escalonada desde los concejales hasta los senadores?

¿Acaso—según los censores—puede haber nación sólida, gobierno único y voluntad íntegra, allí donde muchos mandan, muchos piensan y muchos resuelven?

Y bien, la entrada de los Estados Unidos en la guerra y su éxito en ella será la definitiva comprobación de que las democracias pueden manejar sus

destinos sin ansias incoherentes, estorbos por la obstrucción o la indisciplina hijas del sufragio. Se probará que es más fuerte un gobierno contando con la cooperación consciente, que el que reposa en la sumisión colectiva y la obediencia tradicional.

En los Estados Unidos, al admitirse la imprescindible necesidad de ir a la guerra, todos los partidos la laboran de consuno: en la oficina, en el taller, en el hogar; en todas partes se *está en guerra.*

Eso no es todo: la burocracia ha sentido el aliento de fuera; a las esferas oficiales ha entrado el hombre de la industria, del comercio, de la ciencia, de la literatura. El Estado ha llamado a los administradores de grandes empresas para convertirlos en sus propios administradores. Los ferrocarriles los maneja el Estado, el comercio lo controla el Estado, y la vida en todas sus manifestaciones la vigila y modifica el Estado, con la sola condición de que todo eso sirva para ganar la guerra.

Esta situación da lugar a meditar sobre las inmediatas consecuencias de la guerra, no ya por el triunfo sobre el enemigo, sino por el intercambio habido entre administrados y administradores; por el impulso que a las prácticas oficiales llevan los hombres formados en tan distintas especialidades y también en la experiencia para éstos, al ver por qué causas "las cosas de Palacio van despacio."

Concluída la guerra, los partidos podrán modificar sus programas de gobierno, desearán dirigir sus corrientes de trabajo por cauces tal vez diferentes; pero nada habrá impedido que sepan vencer

todos los obstáculos de la urdimbre administativa en sociedades que se gobiernan por la propia, libre y espontánea voluntad de sus ciudadanos.

Los Estados Unidos no concibirían a un hombre con las tortuosas genialidades de Luis Onceno, para obtener por sus medios la solidaridad nacional; los Estados Unidos no esperan su triunfo de un César héroe con la espada y culto en las letras.

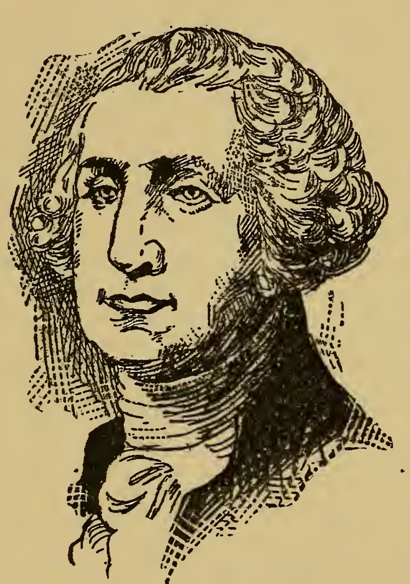
Los cantores entusiastas de los gobiernos uniformes, que quieren llevar la vida del centro a la periferie, no son mas que cómplices del abandono y la indolencia, gratos a los ambiciosos y a los teóricos.

La suma de los intereses particulares ha hecho en las democracias el interés general, y los Estados Unidos están demostrando que sin haber dedicado décadas a la obediencia ni generaciones a la servilidad, saben, a la hora exacta, formarse en línea de tiradores, preparar los fusiles y hacer simultáneamente fuego, a una sola voz de mando.

No ha llegado todavía la hora del crepúsculo para los sistemas de gobierno representativo y popular.

EL UNIVERSO CELEBRA LA INDEPENDENCIA AMERICANA

EN febrero de 1781, Washington pedía a la Francia buques, tropas y dinero. No tenía rubor para solicitar todo lo que necesitaba para hacer gobierno libre; tenía los hombres indispensables, le sobraba patriotismo y abnegación; pero sin una administración militar y financiera el fracaso resultaría inevitable.



El Libertador Jorge Washington

Al celebrarse el 4 de julio de 1918 el pueblo americano devuelve a la gloriosa Francia su oportuna visita.

Francia mandó soldados y oficiales para subordinarlos a Washington, con 16 millones confiados a la personal garantía de aquel caudillo; lógico es que hoy las tropas de Pershing

estén bajo el mando del eminente táctico francés General Foch.

Todavía no existen obras contemporáneas que, a la manera de Plutarco, nos enseñen la biografía comparada y analizada de los patricios que fundaron la gran república de los Estados Unidos de América; pero el culto que este pueblo profesa a la memoria de sus primeros directores políticos es el producto de un sincero convencimiento de que el camino recorrido hasta hoy para alcanzar prosperidad y progreso fué abierto por la abnegación, por el sacrificio, de algunas fuertes voluntades que han tenido el valor de combatir y sufrir por todos. Laboulaye dijo: "Creo que el mundo camina a impulso de ciertos hombres: creo que nunca se tributará respeto y reconocimiento excesivo a los que encabezan y dirijen a la multitud, ya sea en política, en religión o en literatura: creo que si la América ha llegado al grado de civilización que ha alcanzado por tantos años de prosperidad, se le debe a los grandes hombres que se consagraron a su causa."

Inglaterra va a celebrar este año el cuatro de julio, en el vanidoso reconocimiento de que esta raza hoy tan robusta y fuerte nació del viejo tronco inglés y se alimentó con la jugosa savia de la libertad; y si, como es cierto, los Estados Unidos defienden hoy la justicia, el honor, la buena fe, virtudes que enorgullecen a una nación, Inglaterra obra honestamente al compartir con los americanos los festejos de este aniversario.

Hasta las ventanas del 12 piso donde escribo esta

crónica llega el rumoroso ajetreo de las manifestaciones populares. Esos hombres que gritan jubilosamente por las calles gozan la libertad; esas mujeres que comparten alegremente su vida civilizada gozan la libertad, y saben, más que por la escuela por el instinto, que ellos deben gratitud y reconocimiento a los fundadores de sus instituciones, a los forjadores de sus derechos, a los padres de su patria.

Gambetta en Cahors esclamaba: "No gritéis: *¡viva Gambetta!;* gritad: *¡viva la República!,* pues es necesario que los jóvenes se penetren de esta idea, que los hombres no son nada y que los principios son todo;" pero Gambetta no tenía razón, por hermoso y oportuno que fuese su elocuente período oratorio. Lo cierto es que los principios no son nada cuando no hay hombres extraordinarios, capaces de encarnarlos y de ponerlos en acción.

Si Catón, Aristóteles, infunden admiración y respeto a pesar de transcurridos tantos siglos, se debe a la difícil facilidad de todos su actos, de todas sus acciones, de todos sus esfuerzos; lo que ellos realizaron no fué obra de dioses, y tal vez podemos decir, que tampoco fué obra de genios; fué tarea de ciudadanos honrados de corazón y rectos de conciencia.

No pidáis a los gobernantes inmortales grandes triunfos guerreros, complicados y difíciles tratos diplomáticos; pero, si han sido bastante fuertes para llevar la carga del poder sin sentir el vértigo vanidoso del mando, merecen veneración; si han gozado

de la absoluta confianza de sus conciudadanos y de la fe de sus contemporáneos sin usar veleidosos caprichos ni temerarias empresas, merecen veneración; si han sufrido todos los peligros y experimentado todas las viscisitudes del poder sin concupiscencias, ni fragilidades, merecen veneración; y si como Washington logran resignar un día el mando supremo, conservando la suprema confianza para morir con el halago de la amistad nacional y del cariño unánime, merecen veneración.

Que la horrible desorientación moral exhibida al mundo por el imperio Alemán se limite y corrija; que la corrupción de los principios consagrados por tantos siglos de civilización no fracasen ante la locura de mandatarios faltos de aquella sencillez, de aquella modestia, de aquella digna humildad que brillaron en la pureza de Catón, en el desinterés de Cincinato y en la rectitud de Washington.

Taine dice que el genio inglés es apasionado y reflexivo; que abundan en esa raza los hombres concentrados en sí mismos: melancólicos, ardientes, serios, religiosos, solitarios, piensan naturalmente en Dios, en el deber, la felicidad, en la vida futura, y sus tempestades son interiores; en estos hombres la severidad no parece ruda, la gravedad no parece rígida, la tristeza no parece monótona."

Así el pueblo de los Estados Unidos, de origen británico, posee ventajosas cualidades hereditarias y quizás era nesesaria la actual crisis del mundo para sacudir hasta las últimas entrañas de esta sociedad, y recordarle, en medio de las plácidas

satisfacciones de su bienestar, que, más allá de sus fronteras tenía deberes que cumplir y obligaciones que satisfacer como mandato imperativo de sus muertos, como continuación de su propia historia, como defensa de sus libertades presentes y de su tranquilidad futura.

El destino de una nacionalidad—se dice—es apropiado a su naturaleza. Es cierto. Pero las fáciles comunicaciones entre los pueblos y su complicado comercio, tanto de mercancías como de ideas, los liga tan estrechamente, que no podría dejarse una canceración crónica en un cuerpo social sin correr los riesgos de inminente contagio y de mortal peligro para el mundo entero.

Sepamos aprovechar las lecciones que dió al mundo la revolución de independencia en los Estados Unidos. Nosotros, que somos inexorables para con los que disienten de nuestras opiniones; nosotros que entendemos los partidos por las personas y a éstos separados por rivalidades encarnizadas; nosotros que tenemos la escuela del período álgido de la revolución francesa y que en cada revuelta y en cada motivo nos dividimos y subdividimos para fusilarnos, aunque a derechas no sepamos cuál es la causa fundamental que nos hace adversarios y nos constituye enemigos, del mismo modo que los historiadores no explican todavía la diferencia entre girondinos y jacobinos, ni qué intereses separaban políticamente a Dantón y a Robespierre.

¿Es que estamos sentenciados a no altercar por principios y a no separarnos por ideas, sino a com-

batirnos por ciegas pasiones, odios irreflexivos, y mezquinas rivalidades? Los americanos, cuando firmaron el acta constitutiva de su país, no creyeron en su éxito; pero pusieron toda su fuerza de buena voluntad en conseguirlo. Sus mismos autores la vieron promulgada sin que ninguno de ellos quedara satisfecho; estaban divididos por opiniones, pero los unía el amor a la patria y su único pensamiento era asegurar la libertad de su naciente país.

Leamos con recogimiento y con unción como se expresaban de Washington sus compañeros. Franklin le escribía en 1789: "Termino mis ochenta y cuatro y probablemente mi vida terrenal; pero cualquiera que sea el puesto que me quepa más allá de la vida si se conserva memoria de lo que pasa en la tierra, conservaré la estimación, el respeto y el afecto con que he sido amigo vuestro por tanto tiempo." El mismo Franklin legó a Washington su bastón y en su memorable testamento escribió: "Lego mi bastón de manzano silvestre, con un hermoso puño de oro representando el gorro de la libertad, a mi amigo, al amigo del género humano, al General Washington. Si fuese un cetro, sería digno de figurar en su mano."

¿Y por qué no recordar, en el aniversario de la independencia Americana, el discurso de Washington el 30 de abril de 1789, ya que él mismo confesaba, entonces, que jamás un nuevo gobierno libre comenzó bajo mejores auspicios? "Me asiste—decía—la persuasión de que los cimientos de nuestra política nacional descansarán sobre los principios

puros é inmutables de la moral privada. La superioridad de un gobierno libre se justificará por medio de todas esas virtudes que, captándose el corazón de los ciudadanos, saben imponer respeto al mundo. Pensad—concluía—que el cielo no será nunca propicio a un pueblo que desdeña los eternos preceptos de orden y de justicia que vienen de arriba; pensad, en fin, que el fuego sagrado de la libertad está en vuestras manos y que el destino de los gobiernos republicanos está vinculado, quizás por la vez postera, en la experiencia que de él haga la América."

Comprendo la alegría que os conmueve, la satisfacción que se retrata en vuestros ojos y que se revela en vuestros gritos; veo en ellos un hurra a la garantía de los ciudadanos, un hurra a la soberanía de los pueblos, un hurra a la vida consciente y a la sociedad perfecta. Continuad gritando por calles y por plazas; habéis conquistado el derecho de ser felices y podéis conservar la seguridad de ser libres. ¡HURRA!

BOLÍVAR EN NUEVA YORK

LA OBRA DE ORESTES FERRARA

EN leal y recto propósito de acercamiento continental, debe procurarse que los Estados Unidos sean conocidos no solamente *en lo que pueden,* sino *en lo que son,* y que, asimismo, las nacionalidades hispanoamericanas se hagan apreciar por el conocimiento de sus anteriores glorias reales y de sus futuras aspiraciones positivas.



El Libertador Simón Bolívar

Los ciudadanos de Norteamérica, salvo raras excepciones, tienen muy vagas noticias de los países del Sur: Acaso saben del café del Brazil, del nitrato de Chile, del banano de Costa-Rica, de los metales y el petróleo de México y del azúcar de Cuba; los habitantes hispanoamericanos tal vez no son populares en los Estados Unidos, sino

en las vergonzosas fotografías de indios descalzos y ancianas limosneras; de la política sólo pueden recordar las noticias de los diarios sobre pronunciamientos, cuartelazos o motines por las disputas del poder; en los Estados Unidos se ignora la historia de los países del Sur y hablarles de las glorias de Miranda, de Bolívar, de San Martín, de Hidalgo, no es una obra del todo perdida. Si a eso agregamos una verídica información sobre las capacidades mentales de las generaciones nuevas; sobre la extraordinaria facultad de asimilación de esa raza que tiene la estoica abnegación del indio, la pasión impulsiva del español y las aspiraciones libertarias adquiridas en la literatura francesa, se empezaría en este gran país del Norte a prestar mayor atención y mejor aprecio a los esfuerzos de esos países hacia una era de progreso material y político.

Por otro lado, la mayoría de los hispanoamericanos no conoce a los Estados Unidos sino a través de los panfletos escolares y con el decorado pueril y absurdo que la pasión ha aconsejado. Suponemos al *yanqui* ignorante y brutal, egoísta, codicioso, desdeñoso de los demás pueblos; se le supone sin probidad y esclavo de la concupiscencia del oro, enfermo con la fiebre del dinero: nuestro tío Sam familiar, no es en nada parecido al soldado que está muriendo en las trincheras de Francia en defensa de la libertad humana.

Apláudase calurosamente la obra que acaba de iniciar el Dr. Orestes Ferrara en la espléndida velada que tuvo lugar en el Hotel Waldorf Astoria

el 5 de julio. Las colonias hispanoamericanas, atendiendo a la invitación del prócer ítalocubano, se congregaron para glorificar el 5 de julio venezolano y exaltar la memoria de Simón Bolívar.

Orestes Ferrara, a quien nosotros conocíamos como un sociólogo eminente, como un profundo erudito, como un político muy hábil y un periodista de empuje, se nos reveló, esa noche, como brillante orador capaz de convencer y de emocionar; ¡qué ideas mas levantadas! ¡qué conceptos mas precisos! ¡qué novedad para engalanar argumentos viejos y qué discreción para introducir tópicos nuevos!; agresivo, irónico, doctrinario, artista: sus metáforas de fuego o de seda conmueven y arrullan. Cada período de su disertación fué subrayado con un aplauso; al terminar, la más justa y merecida de las ovaciones hizo vibrar el amplio salon de oro y grana del "Waldorf Astoria" donde veintiún pabellones americanos ondeaban: los himnos americano y venezolano fueron escuchados de pié.

Aunque no es el propósito de este artículo hacer resumen de tantas y tan valiosas peroraciones, no está fuera de ocasión decir que Orestes Ferrara recordó "que en un tiempo la Europa intentó coaligarse para obtener la reconquista de América, y que Monroe destruyó esa maquinación"; asegura "que si los imperios Centrales triunfasen las libertades de la América Latina quedarían en inminente peligro." Critica la facilidad con que damos preferencia, en nuestros países, a las glorias militares y el abandono de la cultura cívica. Recuerda que

las tres provincias americanas en un tiempo aisladas se reunen para formar un solo gran país que hoy alcanza la población de 107,000,000 de habitantes, y compara este hecho con el de los países ibero-americanos, en una época unidos por idénticas condiciones políticas y separados hoy en veinte nacionalidades distintas sin contacto social, sin cooperación económica y sin liga política. Recomienda acercamiento y unión.

El Sr. Tulio M. Cestero, de Santo Domingo, hace enseguida un florido discurso sobre la figura histórica de Bolívar. El Sr. Rafael Montúfar, literato gualemalteco, comenta la situación de la América Latina frente al conflicto mundial y demuestra la urgente conveniencia de combatir al imperialismo germánico. El Sr. Pezet, exministro del Perú en los E. U., dice galanas palabras y propone que las damas hispanoamericanas de New York formen una sección de la Cruz Roja, para que su contribución benéfica no se confunda con el contingente anglo-americano, sino que tenga una filiación francamente nuestra. El Licenciado Manuel Calero, exembajador de México en los E. U., diserta sobre Bolívar: "Lo más admirable de este caudillo—exclama—fué su perspicacia política, porque ante el asombro de los idealistas, sostenía la conveniencia de un presidente vitalicio y de un senado aristocrático, también con representantes que lo fuesen toda la vida." El Sr. Calero cree que si el consejo de Bolívar se hubiese seguido, las angustias de la anarquía no habrían afligido por tantos lustros a los países del

Sur. Nosotros pensamos de muy distinto modo que el exembajador en ese punto; pero encontramos acertada su afirmación, de que "los países hispano-americanos conquistaron la independencia pero no la libertad; que la independencia es una condición secundaria. En el Canadá o en Australia, donde la libertad es real, nadie habla de independencia; en cambio, nosotros, que supimos hacernos independientes, no hemos sabido ser libres: somos intolerantes con las opiniones ajenas y somos inexorables con los adversarios políticos. Pero los países hispanoamericanos necesitaron primero la independencia para aspirar a la libertad; ésta no podía darla España, porque *no podía dar lo que no tenía.*" Y habló, al fin, para cerrar brillantemente la velada, el Sr. Jacinto López, escritor venezolano, intelectual de fluida palabra y documentada tesis. Hizo ver la semejanza histórica del 4 con el 5 de Julio; leyendo el decreto de libertad venezolano demostró que fué tan elevado en sentimientos y propósitos como el de las antiguas colonias inglesas.

Quizá en esa velada no se dijo mucho nuevo y tal vez se habló demasiado; pero la significación de esta fiesta está en el novísimo aspecto de la aspiración panamericana: Bolívar elogiado en New York y los himnos hispanoamericanos dejando oir sus vibrantes notas en la gran urbe americana.

Altas figuras representativas de Hispanoamérica en las artes, en las ciencias, en los negocios y en la política estuvieron presentes. Los representantes diplomáticos de las Republicas del Sur no asistieron;

uno envió atento telegrama de excusa. ¿Soy yo el único que ha escrito tantas veces que los diplomáticos no sirven para mucho? Lo que por otra parte no es verdad, porque ¿cómo se completaría la lista de concurrentes a los más distinguidos *five o'clock teas* y a los alegres *picnics?*

Otra nota simpática tuvo la velada de "La Reforma Social" y es que a la reunión concurrieron las más bellas damas de la colonia hispanoamericana: hermosuras morenas de grandes ojos obscuros, revolucionando con sus gestos vivaces y sus alegres charloteos en lengua cervantina aquella mansión de ordinario frecuentada por damas tranquilas y rubias.

Orestes Ferrara ha hecho el milagro de enaltecer las glorias de Hispanoamérica en la patria de Washington, de reunir el más exquisito grupo de hermosuras indocastellanas y, vestidos de frac, a varios generales de hispanoamérica. Los aplausos que empecé a tributarle en el Waldorf Astoria no concluirán con el presente artículo. A este asunto daremos todavía reiterada preferencia.

DIALOGO EN EL INFIERNO

GUILLERMO II Y FEDERICO NIETZSCHE

LA NOCHE era bella y fresca; las ocho acababan de sonar en varios relojes del vecindario y el sol aun no se ocultaba el 29 de junio, cuando emprendí un paseo por la burguesa calle ciento diez del "up town" en Manhattan.

Nada más simpático que un anochecer de sábado en la gran urbe americana; los transeuntes dejan de tener la prisa febril y la marcha angustiosa y precipitada de los otros días.

Caminaba indiferente a las escenas de la calle, hasta que una voz, suave y enérgica a la vez, me detuvo diciendo: "puede Ud. pasar." Lo inusitado del suceso, me hizo admitir sin escrúpulos la invitación y entré.

Era una sesión espírita.

Un grupo de personas silenciosas rodeaban a la *medium*, bella joven rubia, que, vendada, contestaba a las interrogaciones de los asistentes.

Yo no soy un creyente; pero todo lo que significa fe me infunde respeto, y cuando debe intervenir lo extraordinario siento la natural atracción hacia aquello que aún no se precisa y explora. Tomé asiento muy cerca de la medium; la sesión comenzaba. Dante Alighieri había sido invocado, y re-

cordaba que en el octavo recinto había espacios no explorados cuando en la grata compañia de su glorioso maestro Virgilio visitó la mansión del dolor,



Emperador y Filósofo en los Antros Infernales

donde tantos pecadores sufrían las torturas del castigo.

Ciertamente que ya se flagelaba a cintarazos a unos, mientras se mantenía a otros cabeza abajo y

piés arriba; verdad que ya entonces había funcionarios ímprobos agitándose en la pez hirviente o revestidos de capotes y capuchas de plomo; que algunos se quemaban envueltos en llamas sin consumirse, en tanto que otros se pudrían cubiertos de llagas pestilentes y con enfermedades eternas; recordaba haber visto el castigo de los gigantes, de aquellos monstruos que, con ser tan grandes, no pretendieron nunca ser superhombres; allí había saludado a Efialto que se contorsionaba enrollado en cinco vueltas de una férrea cadena, pagando su turbulencia y también a Nemrod que, temerario, quiso llegar al cielo poniendo monte sobre monte.

Dante confesaba que no podían imaginarse los progresos del Infierno; los siglos de estudios universitarios, los descubrimientos de la química, la aparición del vapor y la electricidad y las nuevas teorías filosóficas deberían originar nuevos pecados y nuevos pecadores para cuyo alojamiento la multiplicación de los pozos infernales era indispensable. Dante—siempre por conducto de la *medium*—dijo que veía centuplicado a Lucifer y que Caronte, más diablo cuanto más anciano, navega aun sin descanso por las aguas del río del dolor, el Aqueronte, y que su barca va cada vez más cargada de pecadores. En una reciente travesía, Caronte golpeó con su remo las espaldas de un viajero, de un huésped inquieto y soberbio, que era condenado a sufrir las penas infernales antes de que su cuerpo dejase de existir, aunque ya sin espíritu sobre el

planeta: era el espíritu de Guillermo II, Emperador y Rey, que no aceptaba de buena gana su final destino. Tal altivez indignó al rudo y viejo demonio, que de un solo puntapié lo lanzó hacia el foso de los que ambicionan más de lo que pueden; un foso nuevo, donde los suplicios tantálicos se han perfeccionado y en el cual moran los reyes sin obedientes súbditos y los filósofos sin discípulos ni prosélitos. Allí, la mayor pena consiste en sentir el deseo de ordenar y no tener a quien, y el afán de convencer sin lograrlo; por eso reyes audaces y filósofos inmorales hacen una vida común.

Dante cree oir—nos dice la *medium*—un diálogo entre Guillermo Segundo y Federico Nietzsche:

—¿Eres tú el filósofo que nos predicó la guerra, la implacable guerra? Fuiste tú el que dijo: no os aconsejo el trabajo, sino la lucha, no os aconsejo la paz sino la victoria; ¡que vuestro trabajo sea una lucha! ¡que vuestra pas sea una victoria!

—Zaratustra habló así; pero también dijo: "¿qué importan ya los reyes?"

—Yo no he gobernado a un pueblo de hombres simples y ordinarios mortales; he mandado a legiones fuertes que carecen de las flaquezas sensitivas y las pudibundeces de morales arcaicas. Eres tú Nietzsche, el que dijiste: "No es la piedad, es la bravura la que salva a los náufragos; no hay causas buenas, hay buenas guerras; la paz sólo debe amarse como un medio para nuevas guerras y la paz corta mejor que la larga."

—Y eras tú, Guillermo, el indicado para acabar con la consideración, la lástima y el respeto a los débiles. Tú estabas predestinado para aniquilar a las pequeñas potencias y concluir con la beneficencia cristiana de la política internacional que conserva incólume la soberanía política de los países pequeños y la integridad territorial de las nacionadidades pobres. ¿Qué has hecho de tu misión?

—He satisfecho mi destino: declaré a los pactos pedazos de papel, al niño ageno microbio digno de perecer por asepcia, al anciano carroña inútil; las mujeres de otras razas han tenido el favor de nuestras lujurias para reposo de bélicas fatigas, mas también el filo de nuestras bayonetas; las leyes y fingimientos usados por los hombres para cubrir sus caídas, fueron desconocidos; las fronteras—hipocresías geográficas—fueron borradas; la atmósfera fué reino nuestro y nuestras aves aéreas deyectaron fuego y muerte sobre las ciudades indefensas, para castigar su imprevisión; recorrimos los mares, no para librar batallas, sino para hundir buques mercantes donde viajaban seres imprevisores. Puedo vanagloriarme de no haber sentido la cobardía de la piedad, y no tengo remordimiento de ternura alguna experimentada.

—Te escucho, Guillermo; pero si no has "podido" lo que has "pretendido," eres un derrotado y según nuestra escuela filosófica, no mereces perdón y tienes bien ganada tu venida a esta sombría caverna, en la cual viviremos perpetuamente juntos; yo, despreciándote porque eres rey, y tú desdeñándome porque era hombre. Aquí pagarás haber gustado la lisonja grata a los emperadores y a los diablos, pero repugnante a los superhombres.

—Comprendo mi desgracia. Tú, filósofo, serás mi roedor a conciencia; pero, como eres profundo, comprenderás cómo me duelen más tus alfilerazos aquí "abajo" que las mortales heridas de adversarios poderosos de allá "arriba."

—Los dioses han muerto para que aparezca el superhombre; pero tú no lo eres; para los fuertes no existe "abajo"; su destino está en un solo plano y siempre es "arriba."

—Tienes razón, maldito filósofo; así hacías hablar a Zaratustra. Te detesto porque debo oírte sin poder callarte. "Donde no se *manda* no se *vive*." ¿No hablaba así Zaratustra?

La *medium* dió señales de cansancio y fué relevada; su sustituto era un mancebo musculoso, especie de boxeador ó de albañil.

Un asistente quería invocar el espíritu de una

abuela suya, irlandesa católica que murió en Connecticut; eso ya no me interesaba.

Y al escribir mi primera crónica de esta semana, he aprovechado la sesión espírita. Porque, aprovecharse del trabajo ajeno es digno de superhombres.

Asi hablaba Zaratustra.

LOS PERIODISTAS AMERICANOS DEBEN IR A LA AMERICA HISPANA

HEMOS escrito tantas veces sobre la falta de mutuo conocimiento entre los pueblos del Continente Americano, que insistir sobre ese tópico parecería monótono y cansado, si no fuese necesario repetir todos los días la misma observación hasta que el convencimiento puesto en acción realice los propósitos que es nuestro deber procurar.

Si los Estados Unidos, como pueblo, como organización social, son casi desconocidos en Hispanoamérica, en cambio, como poderosa nacionalidad y abrumador poderío, han causado siempre admiración y respeto. "No los amo, pero los admiro," decía José Enrique Rodó, el eminente catedrático del Uruguay, autor de "Ariel" y que acaba de fallecer, sin haber tenido ocasión de rectificar algunos de sus grandes errores al pintar al pueblo norteamericano, al que él acusa de no poseer sino elementos de un utilitarismo grosero, carente de toda delicadeza mental y sentimental. Rodó afirmaba en su libro—uno de los más leídos en la América Hispana—que a los americanos del Norte no les apasiona la idealidad de lo hermoso, no les apasiona la idealidad de lo verdadero, porque, según el literato uruguayo, menosprecian todo ejercicio del pensamiento que prescinda de una inmediata finalidad. "Ariel" ha hecho creer a las juventudes

hispanoamericanas que en los Estados Unidos ha muerto la virtud de Hamilton y que con los hombres de aquella generación "los dioses se han ido." Dice que el valor cívico es una hoja de acero oxidada entre las telarañas de las tradiciones; para Rodó, todo en los Estados Unidos es venalidad y que el gobierno de la mediocridad vuelve vana la emulación que realizan los grandes caracteres y las inteligencias selectas. Nada enérgico y convincente se ha enfrentado a la opinión de Rodó, hasta que esta guerra del mundo ha enseñado desconocidos aspectos de la psicología yanqui. Todo el oro acumulado en una centuria de paz fecunda se destina, sin vacilaciones, a una lucha terrible en la que los Estados Unidos no aspiran a realizar conquistas, no pretenden ventajas materiales inmediatas, no buscan ni un peso ni un palmo de terreno. Murió José Enrique Rodó antes de ver la magnitud de esa revelación; pero en la América Hispana el asombro que causó la entrada a la guerra por parte de los Estados Unidos empieza a traducirse por una reflexión madurada, por una interpretación sensata, por un pleno convencimiento de que, levantada la costra mercantilista, hay en el alma norteamericana un concepto de la vida honesta y del superior ideal, que obra sin quijotismos y sin impaciencias; pero que es capaz de los mayores sacrificios para conquistar progresos humanos de generosidad desinteresada y de supremo altruismo.

Ahora sucede que en los Estados Unidos se conserva una opinión equivocada sobre los pueblos del Sur y

que, no teniendo aquellos la oportunidad de manifestar lo que son en el presente y lo que pueden significar para el porvenir, se desdeña su cooperación para decidir los destinos del género humano y no se logra una comunión intelectual en el Nuevo Mundo que origine amistad sólida y simpatía positiva.

Yo espero que la prensa de los Estados Unidos patrocine, con sus poderosos elementos de publicidad, ese necesario acercamiento. Pero, ¿cómo iniciar esa labor?

Es urgente que los periódicos de los Estados Unidos estén informados de las realidades del Continente; es preciso que escritores expertos y hombres de clara percepción visiten a los países del Sur; es indispensable que periodistas norteamericanos oigan y vean por ellos mismos; es conveniente que los encargados de informar e ilustrar a las multitudes de "aquí" sepan con exactitud las cosas de "allá"; que hablen con los presidentes de las Repúblicas, con los senadores y los diputados, con los comercientes y los industriales, con los exportadores y los importadores; con los que leen y los que escriben, con los que predican y los que enseñan.

Las almas de Washington y de Bolívar se han fundido en la legislación republicana y demócrata de todas las nacionalidades americanas; pero en el trato internacional, los periodistas pueden realizar labor mas rápida de acercamiente y comprensión que la que está confiada a la habilidad diplomática, tan restringida y tan concreta en el secreto de las cancillerías.

Señores periodistas norteamericanos: visitad los países del Sur, ved allá campos y ciudades, talleres y escuelas; oid la voz de esos batalladores contra los prejuicios de raza y las trabas de tradiciones petrificadas; ved a aquellos espíritus pugnando por abrir nuevos horizontes a la cultura de sus poblaciones y mejores cauces a la corriente de sus afanes; observad la enorme sama de energía consumida por esos ciudadanos para progresar dentro de los obstáculos que su incompleto surgimiento a la vida independiente les ha colocado en el camino, y veréis que no sólo luchan por ser más prósperos, más cultos y más ricos, sino por ser más libres.

Yo vería con gusto que vuestros coterráneos radicados en los países del Sur invitaran a los grandes diarios de Estados Unidos para enviar una numerosa delegación de periodistas a la América Hispana.

¡No importa que en los jóvenes países haya mucho que criticar, siempre que lo *bueno* que conservan y lo *mejor* de que son capaces sea conocido en los Estados Unidos!

La prensa suele ser responsable de equivocaciones peligrosas y de errores lamentables. Si damos oportunidad para ser conocidos, eso redundará en común beneficio.

LA SOLIDARIDAD PANAMERICANA Y LA GUERRA MUNDIAL

AUN NO EXISTE LA AMISTAD PANAMERICANA

LAS revelaciones de la guerra mundial, asombrando a filósofos y políticos, han creado orientaciones nuevas para la acción social y las relaciones entre los pueblos.

Los Estados Unidos de América, poderosa e incansable colmena ensordecida por su propio rumor laborante, no pensó, hasta hoy, sino en su obra interior y no cuidó sino de sus asuntos domésticos. Verdad es que ésto lo hizo bien y a conciencia; pero la gran nación del norte, dedicada al cultivo de su suelo, al progreso de su industria, a la cultura de sus hijos y a la unión y solidaridad de sus Estados, no observó sino con



LINCOLN, APÓSTOL DE LA IGUALDAD HUMANA

muy pequeño interés los sucesos que se realizaban más allá de sus extensas costas y lejos de sus largas fronteras.

Algunos de sus inspirados estadistas señalaron la conveniencia de aislar al joven continente americano de las terribles convulsiones que suelen agitar a los pueblos del Viejo Mundo; soñaron en amurallar con escollos diplomáticos, con obstáculos políticos y, en su caso, con la barrera de escuadras poderosas, las relaciones entre Europa y América, para precaver al Nuevo Mundo de aquellas viejas tradiciones y arraigados prejuicios que cual pesados grilletes han dificultado el vuelo civilizador contemporáneo en los países europeos.

¿Ha conseguido la doctrina Monroe realización efectiva? No. Ni la política ni la diplomacia han podido, hasta nuestros días, obtener la unidad ideal, mucho menos aún, sentimental del continente americano.

La desconfianza permanente de las pequeñas nacionalidades de Centro y Sudamérica; las heridas aun sangrando de México; la amputación no cicatrizada de Colombia y la fuerte inmigración europea en Argentina y Brasil, han distanciado de los Estados Unidos a sus vecinos del sur. Los gobiernos de las repúblicas hispanoamericanas no suelen ver en los diplomáticos de los Estados Unidos a los agentes de una amistad cordial ni a los representantes de un pueblo amigo, sino a los vigilantes odiosos de una desagradable tutela, como los encargados de moderar o de corregir, como los

destinados a imponerse más como autoridades que a dar auxilio de amigos, y, mientras otras razones no aproximen y estrechen las relaciones de los pueblos del continente, los ministros y embajadores de Estados Unidos no serán figuras simpáticas y particularmente gratas a los países del sur.

Si lo anterior se escribiese antes de la guerra, no habría habido la oportunidad de demostrar la certidumbre que la realidad exhibe hoy elocuentemente.

¿Cómo las naciones de organización representativa y popular han conservado simpatizadores para los Imperios Centrales?

¿Cómo los jóvenes pueblos demócratas y liberales han podido vacilar entre el militarismo prusiano y la Francia, madre de los derechos del hombre?

¿Cómo las repúblicas hijas de la Revolución Francesa, educadas bajo el pabellón de la gloriosa trilogía: Libertad, Igualdad, Fraternidad, se han detenido, sin la espontánea manifestación de iracunda protesta, ante la brutal invasión de Bélgica por soladados conquistadores, realizada con todos los oprobios de la barbarie inaudita, la fuerza sin escrúpulos y la concupiscencia sin limitaciones éticas?

¿Cómo el continente donde vivió Penn, el que soñó fundar ciudades de hermanos; donde brilló Washington, modelo de sencillez republicana; donde fulguró Lincoln, apóstol de la igualdad humana; donde batalló Juárez, defensor del apotegma de que "El respeto al derecho ajeno es la paz";

el continente de Sarmiento, de Mitre, de Martí, puede conservar admiradores para la belicosidad egoísta, y el sacrificio ciego de los pueblos, ante las ambiciones de dominación y las locuras apocalípticas de los reyes—sacerdotes, que se sienten amos porque gobiernan sobre la voluntad de sus súbditos fingiendo hacerlo por mandato de Dios y no por la libre elección de sus conciudadanos?

¿Cómo allí donde toda la legislación está basada en un concepto del Estado, hijo de la soberanía popular, pueden encontrarse espíritus afines al concepto cesarista alemán, que quiere la obediencia servil a la autoridad real, dispensadora única de gracias y mercedes, y árbitro de la paz y la guerra?

¿Cómo esos líricos hijos de caballeros españoles, no han puesto desde el primer momento su lanza acerada de hidalgos al lado de los pueblos que se sacrifican heroicos por conquistar la libertad del mundo y la igualdad de los hombres?

Estas interrogaciones tienen que ser contestadas con un nuevo punto de vista en el estudio sociológico de los países del sur.

La *realidad* democrática y la *verdad* republicana en el mundo iberoamericano son ficciones, pues solamente existem en la teoría de sus cartas constitutivas; pero que están muy lejos de la acción política en la actualidad. Las nacionalidades de Iberoamérica atraviesan actualmente el lindero del período bélico al período fenicio, conservándose en ocasiones gobernadas por sultanes militares, y otras por pequeñas oligarquías de especuladores.

Todavía el sufragio universal—escrito en sus constituciones—es una mentira; y el gobierno por el pueblo una farsa admitida, no como una hipocresía política, sino como una consecuencia lógica para el manejo de masas iletradas.

Dada esa estructura social (en cuya evolución batallan los pensadores latinoamericanos de buena fé) no debe suponerse con éxito de convencimiento y atracción un discurso del Presidente Wilson inspirado en altos ideales humanitarios, en ensoñaciones democráticas y en elevadas aspiraciones de amor, de simpatía y de solidaridad entre todos los ciudadanos de la tierra. Ni los bellos ideales sugeridos por el Presidente Carranza para las garantías individuales de todos los hombres en todos los países.

Para las clases directoras y gobernantes de los pueblos iberoamericanos, y probablemente también de la madre España, la guerra ha tenido de enseñanza objetiva el esplendor militar de las automáticas hordas de Hindemburg y las restricciones comerciales de la Gran Bretaña. El soldado que *pega* y el pan que *nutre* son todadía, en la triste realidad de estos pueblos, los aspectos psicológicos dignos de consideración y merecedores de interés.

La mayoría de las sociedades iberoamericanas no supieron que los Estados Unidos estaban en guerra sino cuando las listas negras y la vigilancia del *War Trade Board* les hizo sentir que la poderosa importancia comercial de los Estados Unidos se había colocado en el platillo de la balanza al lado de los

pueblos que defienden el legítimo derecho de vivir y desarrollarse con libertad; esa literatura de Hispanoamérica que ha pintado al tío Sam como al Sancho glotón y positivista no se dió cuenta de la trascendencia de esta guerra, ¡oh lírico desencanto!, sino cuando no tuvo papel de los Estados Unidos para imprimir sus artículos, harina para el pan del hogar, o instrumentos de labranza para los campos.

Si los hechos pueden servir para fecundas enseñanzas, ésta es sin duda la más grande oportunidad para adquirirlas completas y persuasivas.

La colaboración militar de los países del Sur, para ganar la guerra, es y será nula para los Estados Unidos y sus aliados, pero imposible para Alemania, y, sin embargo, los representantes del Imperio mantienen una constante y onerosa propaganda en toda la América Latina.

La contribución económica de los países iberoamericanos para ganar la guerra, es *casi* inútil para los Estados Unidos y sus aliados; pero de modo absoluto para Alemania, y sin embargo los representantes del Kaiser trabajan incansablemente para conservar la amistad de los gobiernos y los pueblos del Sur. Se deduce que esta parte iberoamericana del continente, sin estar en la apariencia directamente en juego en el conflicto mundial es, a pesar de todo, una perspectiva constante para la influencia comercial al otro día de terminada la guerra.

Todos los años transcurridos de pacíficas relaciones en el continente no han bastado para darle unidad ideológica, hasta que hoy la forzada sujeción

comercial a los Estados Unidos, puede crear lazos que no establecen los ejércitos de veteranos adiestrados en la prueba dolorosa de las trincheras, ni armadas curtidas por el sol sobre la movediza superficie de los mares, ni el heroísmo de los vencedores del aire, ni las modernas ametralladoras, ni los cañones de largo alcance y tiro rápido: *el pan,* aliado inapreciable que ha exaltado tan bien Mr. Hoover, el jefe de la "Food Administration" americana.[1]

El comercio con sus brazos gigantescos crea los intereses que, al circular por las flotas mercantes y por las vías férreas, produce el equilibrio de la vida, y con ella la necesidad de mantener las amistades comerciales para conservar la coexistencia: única forma de lograrlo para las naciones que no lo fían todo a la fuerza de las armas, ni a las victorias de empresas de conquista.

¿Puede permitírsenos sonreir ante el limitado éxito de la Unión Pan-Americana, del Boletín Pan-Americano y de los Congresos Pan-Americanos, en cuanto a la solidaridad continental se refiere?

Hablamos a los hombres cuyo horizonte no sea el rédito tranquilo, inmediato y usurario de sus fortunas; escribimos para aquellos que sepan distinguir, tras la extensión de sus mercados, la tarea civilizadora que tienen obligación de realizar, sin perder la

[1] En el mes de agosto de este año (1918) el Sr. Embajador de los Estados Unidos en México, Mr. Henry P. Fletcher, comunicó al Gobierno del Presidente Carranza que los artículos de primera necesidad para el pueblo mexicano, saldrían sin restricciones de los Estados Unidos. Esta política del Presidente Wilson violentará la duradera amistad panamericana.

esperanza de obtener los beneficios a que todo esfuerzo tiene derecho; porque es inútil hablar el lenguaje de la civilización sin el único intérprete de los intereses vitales, mediador inteligente y colaborador sagaz de toda amistad armoniosa y duradera: el comercio.

Como todas las grandes oportunidades, éstas se presentan una vez en cien años y para iniciar el acercamiento positivo de los pueblos del Continente, la gran guerra actual ofrece, sobre sus dolorosas angustias e inevitables dolores, la ocasión de buscar nuevos caminos, tan grandes como la idea misma, para lograrlo sin los medios políticos, en los que ya nadie tiene confianza, sin los medios diplomáticos cuya ineficacia es notoria y sin los medios militares cuyo empleo no es creador de amistad sino de odio.

Todo un programa de impulso comercial debería meditarse, tanto por los hombres de empresa de los Estados Unidos, como por las clases directoras en todo el continente hispanoamericano.

Una buena inteligencia comercial sella amistades duraderas, acerca a los pueblos y evita los conflictos armados, azote de las sociedades que aspiran a subsistir por el trabajo fecundo de sus hijos.

POLITICA DE PALABRAS Y POLITICA DE HECHOS

LA DIFERENCIA esencial entre la política de los pueblos y la política de los monarcas ha sido revelada, en esta cruel y larga guerra, hasta en la táctica militar. Los Imperios Centrales pueden, obedeciendo las órdenes del supremo mando prusiano, lanzar masas compactas de seres humanos a la muerte inevitable y al sacrificio estéril por la poco valiosa conquista de más o menos millas de territorio; en cambio, los países de gobierno representativo economizan con escrúpulo la vida de sus ciudadanos, y la táctica de Foch o las determinaciones del Consejo de Versalles se subordinan a la responsabilidad que todas las autoridades de los países aliados tienen contraídas con el pueblo. En Alemania, política y estrategia son obra del monarca; en las democracias, estrategia y política son obra del pueblo.

Las sociedades modernas, organizadas sobre la base o la conveniencia del público, no deben conservar odios tradicionales ni ciegos e infecundos rencores; la aspiración más noble del progreso humano es la de una futura solidaridad mundial. La regla de la amistad entre las nacionalidades no puede vincularse ya ni en la homogenidad de razas ni en la igualdad de lenguas, sino en la comunidad de intereses.

Por eso al defenderse del Imperio Alemán las grandes democracias contemporáneas no combaten al pueblo Alemán y, aún después de las odiosas monstruosidades cometidas por los modernos hunos, los gobiernos demócratas han seguido considerando la guerra como obra del partido pangermanista Alemán, la ambición de Guillermo Segundo y la casta dominante del militarismo prusiano.

Las reflexiones anteriores me las ha sugerido un cablegrama procedente de México, que publicó esta mañana la prensa de New York.

El Embajador de los Estados Unidos, Su Excelencia Henry P. Fletcher, ha comunicado al Presidente de México la decisión tomada por el Gobierno de la Casa Blanca, que ofrece a México una posición excepcional, entre los países neutrales, para obtener los artículos de producción estadounidense.

Es bien sabido que una complicada reglamentación del comercio ha sido realizada por el War Trade Board, proponiéndose conservar todos los artículos de que el pueblo americano tenga necesidad, ya para su propio consumo o para el de sus aliados, y las cantidades excedentes pueden ser enviadas a los países neutrales mediante determinados convenios de índole mercantil.

El gobierno de los Estados Unidos ha resuelto tratar a México con excepcional preferencia dentro de los neutrales, distinción justificada por razones de vecindad y buenas reglas de intercambio comercial.

La oferta, fué espontánea; el Presidente Wilson

confirmando sus palabras a los periodistas mexicanos demuestra, con hechos, la sinceridad de sus promesas de amistad leal hacia el pueblo mexicano.

En efecto, las adquisiciones de mercancías americanas son hechas por el comercio de México para consumo del pueblo mexicano, y siempre que una poderosa razón de índole política, en el propósito fundamental de ganar la guerra, no lo impida, el pueblo de México recibirá los artículos necesarios para su subsistencia o para la marcha continuada de sus industrias.

Habría sido injusto culpar a la nación mexicana de la gritería constante que mercenarios vendidos al oro alemán mantienen en la mayoría de los periódicos de México.

Fué oportunamente demostrado, por la publicación fotográfica de las facturas y la certificación de notario público, que varios periódicos de México reciben cuantiosas sumas de dinero para exaltar las pasiones del pueblo, crear o avivar odios; pero, sobre todo, para mentir cínica y constantemente sobre los sucesos de la guerra y la participación de los Estados Unidos en ese conflicto del mundo. El número de los cheques y la fecha de los mismos se publicaron entonces y un diputado quedó convicto y confeso de estar enajenado a la Legación del Imperio Alemán en México.

Esa prensa impidió que se realizara un tratado efectivo de intercambio comercial, aumentando las dificultades económicas del pueblo mexicano, limitando sus actividades y encareciéndole de manera

angustiosa hasta el pan de maíz, su principal recurso de vida.

Después, a consecuencia de esta falta de tratado, las exportaciones para México disminuyeron considerablemente y la prensa de los alemanes aulló hipócrita y lastimeramente culpando a los Estados Unidos de causar el hambre en los habitantes de aquella república.

La política de propaganda alemana se hace sistemáticamente por la mentira; ningún pudor detiene a la publicidad alemana que, contando con la complicidad inexplicable de algunos mexicanos, ha venido formando una atmósfera de malas inteligencias, dudas y desconfianzas perjudiciales para los legítimos intereses del país.

México y los Estados Unidos son vecinos sobre la superficie del planeta y si la volundad humana no puede cambiar esa situación geográfica, ambos pueblos deben procurar un exacto conocimiento de sus particulares condiciones, deben desvanecer todas las sombras que impidan la clara visión de los acontecemientos y en México no debe consentirse que prospere el infame propósito alemán, dirijido a cargar de tempestuosas nubes el cielo de la República, ni en los Estados Unidos debe admitirse como una obra consciente del pueblo mexicano el criterio de los periódicos asalariados al Imperio Alemán.

Serenidad, patriotismo, y un justo equilibrio de respetos y conveniencias deben inspirar a los ciudadanos de ambos pueblos.

Las palabras agresivas, destempladas y falsas son el resultado de una política insustancial cuyo engaño se destruye fácilmente con el soplo huracanesco de la verdad; esto es, frente a la política de las palabras, la política de los hechos.

El gobierno de Washington ha querido ignorar que hay periódicos en México dedicados a difamar y calumniar al gobierno de los Estados Unidos; el gobierno de la democracia en los Estados Unidos trata *con el pueblo de la nación mexicana* en la persona del Presidente Carranza; es una relación de *pueblo* a *pueblo,* es la comunidad de intereses sociales en los que todo obstáculo accidental no cuenta y toda contingencia política no hace fuerza.

En la grande, la noble, la generosa política del porvenir los hombres son accidentes pasajeros: sólo la nacionalidad es eterna.

EN PRO DE LOS GOBIERNOS LEGALMENTE CONSTITUIDOS

"No reconoceré a ningún gobierno emanado de la revuelta o el motín."—W. Wilson.

"La libertad sin obediencia es confusión y la obediencia sin libertad es servidumbre."—W. Penn.

LAS guerras civiles son dolorosas; ellas envenenan las relaciones de la familia nacional haciendo insoportable la existencia de una sociedad armónicamente constituída.

En la América, las frecuentes disputas para conquistar el poder, traduciéndose en personalismos apasionados, suelen resolverse en los campos de batalla.

Si tenemos el convencimiento y la experiencia de que sin paz toda prosperidad es imposible, nuestro principal deber será contribuir a la educación política de nuestras belicosas nacionalidades, hasta crear "la disciplina de la democracia" que consiste en la sumisión a la opinión de las mayorías, en el respeto al sufragio, en la aceptación resignada de las derrotas por las rivalidades políticas, adquiriendo, así, la ciencia de "saber esperar" que modera las pasiones y hace realizables y sinceras las prácticas liberales, ideal que fundamenta toda la legislación escrita de Hispanoamérica.

Se nos arguye que los partidos derrotados o los candidatos vencidos lo son, muchas veces, por los abusos del poder, por la arbitrariedad, la intriga y el fraude del Gobierno, y que, ante los abusos de dictadores, de sátrapas o de tiranuelos, no queda otro recurso que la protesta armada, especie de derecho a deliberar con el fusil al hombro.

Pero es necesario que algunos comencemos; es preciso que frente al despotismo del gobernante se ierga la conciencia de la opinión pública convenientemente adiestrada para hacer insostenible la posición de autoridades que carezcan del apoyo popular; tarde o temprano la tiranía se desmoronará pereciendo, y en lugar de un estallido iracundo o de una erupción rabiosa, traducidos en el trágico derramamiento de sangre hermana, vendrá la dócil y moderada admisión de los hechos consumados, con las lecciones de la experiencia y el urgente estímulo de mayores esfuerzos para el cambio de los resultados.

Muchos hispanoamericanos en tres años, han recorrido todo un ciclo de política hispanoamericana; de la tribuna parlamentaria han ido a la celda de la penitenciaría; de la cárcel han llegado a un ministerio; del gabinete presidencial han ido a las mazmorras de una prisión militar y de una alta posición social y política han salido para el exilio.

Hemos visto de cerca las contradicciones de la deficiente organización política de nuestros pueblos, que castigados dolorosamente por todas las convulsiones de la libertad, no gozan, sin embargo, de sus beneficios.

Observando la situación científicamente, hasta donde la novísima ciencia sociológica lo permite, encontramos que si a todo abuso de poder se responde con una revuelta o un motín, el encumbramiento y la improvisación de los funcionarios por medio de la fuerza imposibilita toda germinación de instituciones civiles permanentes.

Si todos los que a la política hemos dedicado energías y desvelos, predicáramos incesantemente que es preciso contener los instintos más bien con buenas costumbres que con leyes perfectas, habríamos comenzado la regeneración de las jóvenes nacionalidades; porque, es preciso convenir en que la libertad y la moralidad están en perfecta relación.

La política internacional, no es, sin embargo, ajena a la consolidación pacífica de los gobiernos de Hispano-América; las cancillerías intervienen de manera muy ostensible en la aceptación de muchos crímenes políticos. La necesidad de apoyar la conservación de los intereses de sus nacionales, ha hecho a muchas potencias europeas incurrir en ligerezas para el reconocimiento de gobiernos surgidos de la asonada, del motín o del "cuartelazo."

El Kaiser, Guillermo II, Emperador y Rey, dirigía a Victoriano Huerta, al arrellenarse éste en la silla presidencial de México, un autógrafo que comenzaba diciendo "mi grande y buen amigo." . . . Cuando el usurpador tenía las manos todavía empapadas con la sangre de los Señores Presidente y Vice-Presidente de la República, sus protectores

y amigos, que apenas diez días antes le habían entregado el mando supremo del ejército con la obligación inherente de proteger a los poderes constitucionales. El criterio internacional ha sido el del éxito.

El Presidente Wilson ha venido sosteniendo, como nueva práctica internacional, la de no reconocer a los gobernantes emanados de las revueltas o motines y de no aceptar como gobiernos amigos sino aquellos ungidos por el sufragio popular. Este procedimiento altamente moralizador lo debemos aplaudir aun aquellos que, en el extranjero, sufrimos las consecuencias de las deficientes organizaciones democráticas, pues egoísmos aparte debemos aspirar a que las generaciones futuras no sufran las injusticias y las inmoralidadas de nuestro presente.

Debe ser tranquilizadora para todos los gobernantes hispanoamericanos esa política del Gobierno de Washington, y yo los invitaría con gusto para aprovechar tan feliz circunstancia, a fin de dar elevados y sinceros ejemplos de honradez administrativa y pureza política, ya que gozan de la firme tranquilidad de que en los Estados Unidos ningún complot tendrá su cuna y ningún crimen victorioso favorable acogida.

Acaso, no era solamente un soñador el inspirado cuákero Penn cuando decía: "En materia de libertad, yo quiero no dejar ni a mí ni a mis sucesores ningún medio de hacer daño; es necesario que la voluntad de un hombre no pueda impedir la felici-

dad de un pueblo. El fin supremo del gobierno es mantener al pueblo en el respeto y darle garantías contra los abusos de la autoridad, porque la libertad sin obediencia es confusión, y la obediencia sin libertad es servidumbre."

LA PAZ ALEMANA

ESTE es el último año alemán. Los prusianos saben que la postrera etapa de la lucha no ha llegado; pero que el primer aviso de la derrota empieza a escucharse. Todavía Calais y París estarán amenazados; todavía este verano, y tal vez el otoño próximo, los hombres del Kaiser podrán avanzar sobre palmos del terreno tinto en sangre y cubierto de acero; todavía el solar francés puede sufrir las pisadas del caballo de Atila que esterilizan y ultrajan; todavía el afán desenfrenado de conquista y el testarudo propósito pangermanista conservarán, hasta el invierno, sus aspectos usuales de soberbia crueldad y orgullo indomable.

Pero, este es el último año alemán. Las proposiciones de paz van a multiplicarse, el guerrero implacable se va a convertir en el diplomático sutil; el hombre de hierro se transformará en hombre de cera. El ruido ensordecedor del cañón va a ser sustituído por los cantos de las sirenas, llamando con dulces ritmos a todos los pueblos hacia el remanso tranquilo de la paz. Los que desencadenaron un día la tempestad, los que han forjado la horrible tormenta del mundo, pretenderán apagar la hornaza, calmar el vivo fuego, con una táctica melosa e hipócrita; declararán al Universo que los Imperios Centrales no desean sino la justicia; ofrecerán todas las

concesiones teóricas, mientras se reservan todos los beneficios prácticos. Una paz sin indemnizaciones ni anexiones será proclamada con el objeto de que los pueblos libres, de las naciones aliadas, puedan engañarse, y los farsantes—ayer usando todos los medios reprobables de la guerra—pretenderán escudarse en principios amados por las democracias para concluir tratados de paz. Alemania, después de esta guerra que ha empobrecido hasta la ruina a Francia, que ha vejado hasta la desesperación a Bélgica, que ha hecho consumir millares de miles de millones a Inglaterra y los Estados Unidos, pretenderá una paz sin anexiones ni indemnización; ella no necesita extensión territorial, le basta el predominio político económico que cree tener asegurado con el sistemático sacrificio de sus débiles pueblos vecinos.

No ha menester de anexiones; le será suficiente con el vasallaje económico de sus adversarios. ¿No ha ofrecido ya revender a los franceses las maquinarias robadas en todas las fábricas, talleres y minas de las regiones invadidas? ¿No ha tenido cuidado de destruir plantíos, cultivos, huertas y sembrados? ¿No ha quitado a Bélgica todo, mientras ha tomado de Francia la cuarta parte del trigo, los cuatro quintos de sus hilos y tejidos de lana, más de la mitad de su carbón de piedra y el noventa por ciento de su fierro?

No habléis del dinero perdido; no habléis tampoco de la juventud sacrificada, de la energía moza agotada, del luto eterno en los hogares vacíos y del espectáculo doloroso de huérfanos y de inválidos.

Alemania no pedirá indemnizaciones y no aceptará anexiones que no se basen en "el consentimiento de los pueblos." Para lo primero, juzga que está compensada con la ruina producida, que le favorece en la balanza comercial futura, y, en cuanto a lo segundo, los pueblos deberán "pronunciar su voluntad" pero *siempre bajo la férula militar de la bota prusiana.* Ya hemos visto cómo entiende Alemania la "libre manifestación de los pueblos" por la suerte de Lituania, Curlandia y Polonia, motivos del singular tratado de Brest-Litovsk. Rusia, aceptando los votos de asambleas constituidas por el propio Imperio Alemán, que él maneja; asambleas a las que les hará la gracia de darles reyes de su propia dinastía, pues sus ejércitos no evacuarán los territorios hasta que la "voluntad de los pueblos se exprese" . . .

Naturalmente que Alemania no aceptará que se hable de territorios anexados antes de la guerra, como Alsacia y Lorena; esto es, que poblaciones esclavizadas durante mas de cuarenta años deberán seguir siendo víctimas de haber sido incorporadas por la fuerza. Recordemos la memorable sesión del 1 de marzo de 1871 en la asamblea Nacional Francesa. Los diputados de los departamentos de la Moselle, del Bajo y Alto Rhin, presentes en Bordeaux, que antes de ratificarse los tratados de paz habían jurado su fidelidad a la Francia, al aceptarse su obligada separación de la Unidad francesa presentaron su dimisión con palabras solemnes. Habían dicho antes del tratado:

"Los departamentos de Alsacia y Lorena no quieren ser desmembrados. Asociados desde hace más de dos siglos a la Francia, en la buena como en la mala fortuna, estas dos provincias, expuestas sin cesar a los golpes del enemigo, se han constantemente sacrificado por la grandeza nacional, han sellado con su sangre el indisoluble pacto que los adhiere a la unidad francesa."

En el momento en que el Gobierno de Thiers aceptó el convenio que la fuerza imponía a la Francia, ellos dijeron:

"Los representantes de la Alsacia y la Lorena han depositado, antes de toda negociación de paz, en poder de la asamblea Nacional, una declaración afirmando de la manera más formal, a nombre de esas provincias, su voluntad y sus derechos de conservarse francesas.

"Entregados, con desprecio de toda justicia y por un odioso abuso de la fuerza, a la dominación extranjera, tenemos un último deber que cumplir.

"Declaramos nulo un pacto que dispone de nosotros sin nuestro consentimiento.

"La reivindicación de nuestros derechos queda para siempre abierta a todos y cada uno en la forma y medida que nuestra conciencia nos dicte.

"Vuestros hermanos de Alsacia y Lorena, separados en este momento de la familia común, conservarán a la Francia ausente de sus hogares un afecto filial, hasta el día en que ella venga y reconquiste su puesto."

Este es el último año alemán. Será preciso que los pueblos que se aprestaron a la lucha contra el predominio teutón estén preparados para las trampas de la paz.

Cuando las grandes ofensivas de los Aliados—tan brillantemente comenzadas—cumplan su heróica misión, el período caballeresco de la contienda habrá terminado; pero comenzará la etapa más difícil, la más importante y delicada: la de llegar a una paz honesta y perdurable. El entusiasmo y el brillo de los sacrificios humanos deberán sustituirse por la serenidad y la paciencia. Toda concesión hecha al deseo de concluir cuanto antes, toda flaqueza permitida en aras de un fin inmediato, serían fatales para el porvenir.

Foch, el táctico genial, ha comenzado a demostrar qua cuando la hora llegue, cuando los recursos se equilibren, cuando la diferencia de número no esté del otro lado, el castigo será implacable.

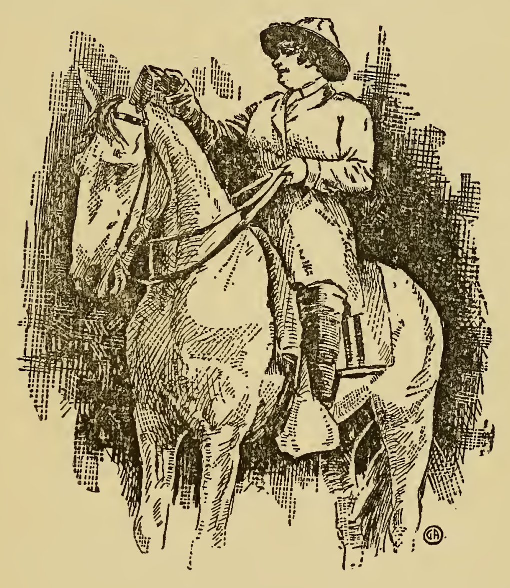
Un tratado de paz suele perder todo lo ganado en una guerra. La política del Kaiser tiene dos caras como el dios Jano; de un lado el feroz, cuando está fuerte; del otro el pérfido, al verse vencido; el león de hoy, el zorro de mañana.

Bienvenida la paz, cuando ella sea impuesta a la Alemania en nombre de todos los derechos ultrajados, de todas las víctimas inocentes, de todos los dolores y de todas las angustias, que pueblos tranquilos y laboriosos han necesitado experimentar para defenderse de la brutal e inesperada agresión; bienvenida la paz, cuando ella no deje a la Alemania po-

derío económico abrumador que constituya en vasallos a sus vecinos; bienvenida la paz, cuando signifique una garantía definitiva de vida civilizada, carente de los atentados y de las amenzas de los fuertes sobre los débiles.

LAS MUJERES DE MANHATTAN EN TIEMPO DE GUERRA

EN mi crónica sobre el diálogo en el Infierno, entre Nietzsche y Guillermo Segundo, pretendí popularizar la doctrina filosófica alemana basada en la fuerza; creo útil continuar poniendo al alcance



de todos, las teorías de pensadores y filósofos teutones, ya que es bueno conocer la mentalidad del enemigo y sus equivocaciones más notorias. Pretendo referirme hoy al feminismo, cada vez más triunfante en los Estados Unidos.

En mi niñez se cantaba la popular zarzuela "La Isla de San Balandrán," y recuerdo cómo era en mi provincia regocijo de grandes y pequeños aquel supuesto gobernar de las mujeres que la entretenida pieza ponía en juego. Los señores sonreían piadosamente, convencidos de lo irrealizable de aquella fábula, mientras las damas, gustosamente aceptando la molicie tranquila de una vida moruna, reían del ridículo espectáculo de las mujeres en el poder.

Hace doce años en mi primera visita a los Estados Unidos, yo—previamente preparado por mis lecturas—fuí, sin embargo, aturdido por la actividad femenina, y escribí un artículo que, al ser publicado en "La Enseñanza Normal," revista mexicana, fué motivo de incredulidades y se le juzgó como un oportuno recurso de la fantasía de un cronista viajero. Fué, sin embargo, la real impresión que en mi ánimo produjo el trabajo de las mujeres en los Estados Unidos; pero de entonces a nuestros días el camino andado es de tal magnitud, que toda previsión ha sido sobrepasada. En New York no existe el predominio femenino; pero la paridad es ya un hecho para la concurrenia de ambos sexos. Aquí hombres y mujeres son colegas, colaboradores, camaradas. La democracia ha resuelto el problema que los sabios discutieron por tanto tiempo. Haré una síntesis de las opiniones alemanas sobre la liberación de la mujer, tomando como base la autoridad del Doctor P. J. Moebius, profesor alemán de neuropatología y psiquiátria. He aquí sus doctas afirmaciones:

"Las características femeneniles se reconocen por su semejanza con las bestias; ante todo la carencia de opinión propia."

"Las mujeres son rígidas y conservadoras; el sér humano se hallaría estacionado en su estado originario si no existieran más que mujeres. La moda es una contradicción sólo aparente, pues acogen como bueno todo absurdo siempre que les sea hábilmente sugerido."



"Su moral es inconsciente, es sentimental; no se deriva del raciocinio que le es inaccesible y la reflexión no consigue más que hacérsela peor."

"Tienen una moral unilateral; la justicia sin reparar a quién, es para ellas un concepto vacío de sentido."

"La palabra es el arma de las mujeres, porque su debilidad física les impide combatir con las armas en la mano."

"Muchas mujeres están iniciadas en la música; pero ¿qué grandes cosas han producido?"

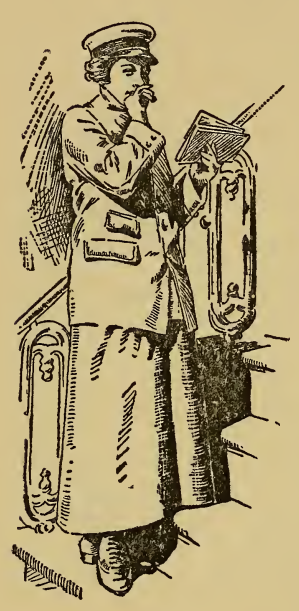
"Cuando pintan, la mayoría está privada de fantasía creadora y no saben salir de una técnica mediocre; flores, cuadros de género y retratos."

"En las ciencias les sucede lo mismo que en el arte; recordaré la obstetricia, ciencia cuyo desarrollo

ha sido más bien retardado que impulsado por las mujeres."

"Las novelistas y las poetisas caminan siempre por senderos trillados."

"En el arte culinario y en el de vestir, son los hombres los que encuentran las nuevas recetas y las nuevas modas."



"Todos los utensilios domésticos han sido inventados por los hombres."

"La astucia femenina está sostenida por el disimulo. El disimulo, o sea el embuste, es el arma natural y más indispensable para la mujer."

"La hembra, en la especie humana, debe concretarse a parir los hijos."

"No debe desearse nada en la mujer, desde el punto de vista mental; ella debe ser *sana y tonta.* Las *modern style* paren mal y son pésimas madres."

"Cuando más se difunde la civilización en las mujeres, se reduce la procreación. Cuando hay más escuelas hay menos partos."

"En toda escala zoológica, la inteligencia está en razón inversa de la procreación; las hembras de las hormigas y de las abejas son inteligentes, pero

estériles; la reina de las abejas, única susceptible de fecundación, es absolutamente estúpida."

"Las mujeres maltratan su hígado oprimiéndose el busto y su cerebro cultivándolo."

"Las mujeres son supersticiosas, cobardes y dotadas de poca mente; locuaces, litigiosas y maldicientes, cualidades que indican su deficiencia y debilidad mental."

"En un país feminista la población disminuye en número y aumenta en perversión; un pueblo de feministas deberá necesariamente someterse a sus vecinos y sus restos se eparcirán entre pueblos más sanos."

"Lo más acertado sería demoler todas a un tiempo las escuelas *superiores* para mujeres y, en las elementales, reglamentarlas con la mitad de asignaturas; y aun éstas sobran."

"El peso medio del cerebro es en los hombres de 1362 gramos y en las mujeres de 1219; de ahí deduce Bischoff la inferioridad mental."

Objetaremos con hechos. Los pueblos de habla inglesa han operado transformaciones radicales en pro del feminismo y no parecen estar ni degenerados ni vencidos.

Para concretarnos a los Estados Unidos, podemos asegurar que la eficiencia del trabajo femenino es maravillosa; domina todas las actividades, desde las privilegiadas posiciones profesionales hasta los más rudos empeños artesanos; dá cátedras en las universidades y barre en las calles; es doctora o gen-

darme; escribe en los periódicos o maneja los automóviles; es concejal y diputado. Hay días en los que no tropezamos sino con mujeres, desde la que vende los boletos para el tranvía, la conductora, la que opera en el ascensor, la chofer, la cajera y las meseras del restaurant; en el banco, en el escritorio, en el almacén. No hay tarea que le esté vedada. Ya puede elegir y ser electa. Y el cargo principal que se le hacía, o sea su incapacidad para la defensa de la patria en tiempos de guerra, ha sido destruído con los hechos en la actual contienda. La movilización femenina para los fines inmediatos de la guerra fué rápida.



El Comité de Información Pública ha dado a conocer los datos siguientes:

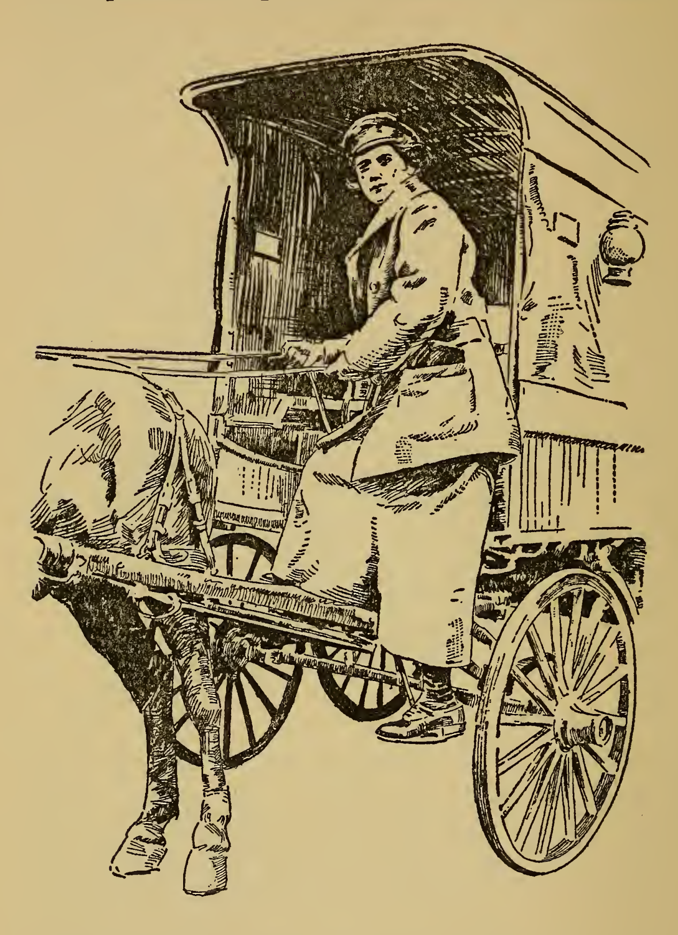
"El Comité de Mujeres del Consejo de Defensa Nacional ha establecido once departamentos o subdivisiones. El Departamento de Inscripciones y Organización dirigió el trabajo de inscribir aquellas mujeres que no se hallaban ocupadas en trabajos de guerra. Para el 24 de junio de 1918, ya se habían compilado, como resultado de esta campaña, cifras parciales correspondientes a 22 de los más pequeños Estados de la Unión, que arrojaban

un total de 1,646, 967 mujeres disponibles de una población femenina de 13,000,000. Esta proporción de 1½ por cada 13 mujeres, se eleva en algunos Estados a una mujer disponible entre cada 4 de



población. Puede predecirse con bastante seguridad que cuando las estadísticas completas hayan sido compiladas resultará que de una cuarta a una tercera parte de la población femenina habrá sido asignada a trabajos directamente relacionados con la guerra. Cerca de 100,000 mujeres de este millón y medio ya catalogado han sido empleadas como expertas en diversos trabajos de guerra."

"Los otros departamentos del Comité Central son: El Departamento para el Fomento del Bienestar



Infantil, el de Producción y Administración de Alimentos, el de Salubridad y Soldados, el de Reclu-

tamiento de Enfermeras, el de Mantenimiento de las Agencias Existentes de Servicio Social, el de Fomento de los Emprésitos de la Libertad, el de Socorro Interno y para los Aliados, el de las Rela-



ciones Industriales de las Mujeres, y, finalmente, han enrolado cerca de 25,000 enfermeras voluntarias, han reclutado una división de soldados voluntarios para el ejército y una brigada para la sección de 'tanques.' "

Esta isla de Manhattan es para mí la isla de "San Balandrán," que ñoños autores de viejos tiempos

creyeron un simple entretenimiento de fantasías imposibles. En esta famosa isla de Manhattan, donde el milagro se ha realizado, existe más población que la de todas las nacionalidades juntas de la América Central; en una sola de sus calles, Wall Street, se cobran 450 millones de dolares por impuesto anual; en una semana regaló 44 millones a la Cruz Roja; tiene los edificios más grandes del mundo y los puentes de mayores dimensiones.

Y aquel cantar tan español de "Gigantes y Cabezudos," en el que "si las mujeres mandasen, los pueblos y las naciones serían balsas de aceite," tal vez no se ha comprobado del todo; pero bien poco falta.

Aquí, nuestro poeta veracruzano se pondría en ridículo, si espetase a una joven neoyorquina aquella estrofa:

"Convéncete, mujer, hemos venido a este valle de lágrimas que abate, tú, como la paloma para el nido, yo, como el león para el combate."

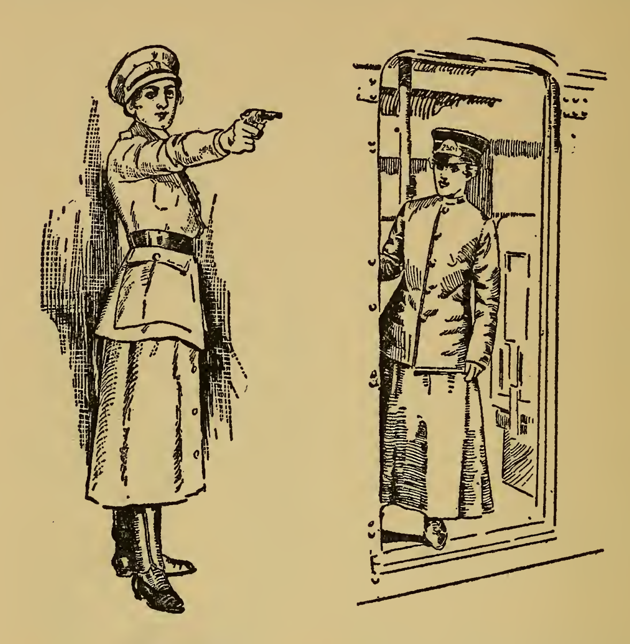
Yo, que soy un latino incorregible, y aun gusto de pensar románticamente en el "sexo débil," vivo en una tortura constante de adaptación al medio. Todavía no puedo acostumbrarme al ajetreo femenino de Nueva York. Un mozalbete robusto de veinte años se abre paso entre las mujeres y repartiendo codazos en el andén del tranvía asalta un asiento, sin cuidarse de atropellar a jóvenes rubias y delicadas y después se arrellena poltronudo en la butaca mientras la "girl" hace el recorrido de pie y dando tropiezos por las

sacudidas del motor. Veo eso todos los días y no lo entiendo, yo, que de mí sé decir que siempre viajo sin sentarme, pues mientras hay una mujer parada no puedo conservar el asiento. Pero me aseguran todas las señoritas americanas que ellas ven eso muy natural, pues ese mozalbete que me indigna gana menos y trabaja tal vez más, a veces a las órdenes de señoritas; y si una miss supone que le ceden el asiento, por galantería a su "debilidad," no lo acepta.



Cuando he escrito las líneas anteriores, me hago el propósito de "civilizarme" y ver a las mujeres como otros tantos paladines, tan fuertes o más que los hombres; pero yo sé bien que cuando salga a la calle voy a ceder el paso a todas las mujeres, el asiento del tranvía a todas las damas y los primeros lugares en la "cola" del expendio de boletos; necesitaré que me gane en todos los negocios, que me venza en todas las empresas, que me obstruya los caminos, que me pruebe que "es fuerte" para que yo empiece a incrustarme en esta organización social.

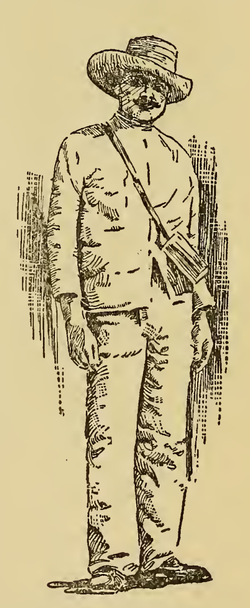
Porque son tan limpias, tan elegantes, tan educadas estas Evas de cutis de porcelana y ojos de cielo,



que cuesta trabajo acostumbrase a oírlas gritar en el tren *"all aboard"* y en el ascenor *"watch your step, please."*

LOS SOLDADOS DE CUBA EN LA GUERRA

ACABA de publicarse la noticia, sensacional para la América Española, de que Cuba, la más joven república del Nuevo Mundo, ha decretado el envío de un contingente militar al frente occidental. El hecho es perfectamente lógico, ya que el país antillano, aliado contra Alemania, se honra en hacer efectiva y práctica su participación en la guerra.



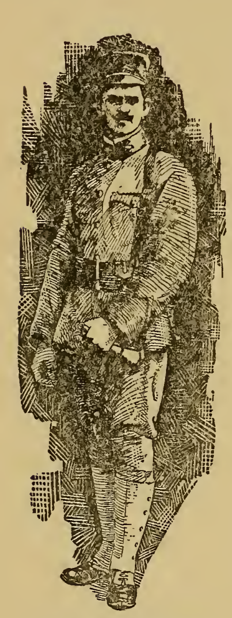
INSURGENTE CUBANO

Hay algo más que nuestra aprobación razonada en este suceso, y es el entusiasmo que nos causará ver, armas en la mano, sobre territorio europeo, a los hijos de Hispanoamérica.

La tradición caballeresca de España tiene en sus antiguas colonias una profunda y sincera simpatía; a veces hemos creído que las nobles y galantes posturas iberas tienen mayor relieve hoy en los cachorros que en el propio león, porque la savia de aquel gran pueblo es tan vigorosa que, después de transcurridos

siglos, sus características aun se perfilan netas y brillantes en los herederos de su hermosa lengua, de sus muchos defectos y de sus incomparables virtudes.

Como funcionario unas veces y como periodista otras muchas, he censurado el odio ciego, irrazonado y absurdo que se fomentó en México contra la madre España. He sostenido que era torpe conservar en las escuelas libros de texto con versiones apasionadas y lenguaje virulento, contra los pueblos que hemos alguna vez necesitado combatir en defensa de nuestras libertades; por eso suprimí de la escuelas mexicanas—cuando fuí ministro de Instrucción—el uso de panfletos de pretendida enseñanza histórica donde se hablaba a los niños de los "crueles gachupines," los "gabachos bandoleros" o de los "infames yanquis."



Actual Soldado Cubano

Alimentar con odio a las nuevas generaciones es contrariar al progreso; el odio es infecundo y su venemo esteriliza los naturales impulsos humanos para la aproximación y amistad de los pueblos. Con España, los iberoamericanos tenemos todavía otras razones. Es su raza la que

en nosotros ha predominado a pesar de la mezcla con los indígenas, y si bien las oligarquías directoras de nuestras nacionalidades son producto del mestizaje, la verdad es que la organización social y aun la misma independencia de los hispanoamericanos se deben al temperamento, al valor y a la inteligencia españoles. Nacimos del beso de Cortés y Malintzin, y si algunos hemos conservado la piel bronceada de las razas aborígenes, las costumbres, las pasiones, los sentimientos y la religión son españoles.



El Conquistador Pizarro

Los exploradores y conquistadores hispanos son figuras sorprendentes en la historia universal; descender de ellos es un motivo de orgullo. Se les acusa de ambiciosos y de crueles; pero hijos de su siglo: ¡con cuánta abnegación, con qué espíritu de sacrificio, con qué valor realizaron la epopeya más grande de la tierra, que diez Iliadas no bastarían para narrarlas!

Cortés, con menos de 700 hombres y doce fal-

conetes, emprendió su viaje a México, país de ensueño, territorio desconocido habitado por pueblos salvajes, guerreros, idólatras; con las intrigas y rivalidades de sus coterráneos a la espalda y las huestes de Montezuma y de Cuautémoc al frente, renuncia a toda probable retirada, a todo flaqueamiento posible, quema sus naves y, con un puñado de hombres, atraviesa selvas vírgenes, escala montañas, se abre camino por encima de pantanos y de lagos, hasta la Tenoxtitlán. Cortés, genio militar y genio político, fué capaz, como Julio César, de hacer la guerra y de escribir sobre ella; nos envanecemos con su obra y quizá no está lejano el día en que un monumento suyo perdure a la sombra de los ahuehuetes milenarios de Chapultepec.



El Conquistador Valdivia

Pizarro, con menos de ciento ochenta hombres, de los que solo sesenta y siete iban montados y

únicamente veinte portaban ballestas, con una artillería de tres cañones, somete al Perú.

Pedro de Valdivia conquista el inmenso territorio araucano con doscientos hombres, y así, en otros girones de América, los capitanes intrépidos que se llamaron Gil González Dávila, Pedro de Alvarado,



El Conquistador Hernán Cortés

Francisco de Montijo, Gonzalo Giménez de Quesada y tantos más.

Es la gloriosa España del Cid. Como don Rodrigo, los paladines de la Conquista no sólo son soldados sino caudillos; imprimen confianza, crean fé en los que han de acompañarlos para

triunfar o morir; como el Campeador, saben dirigirse a sus huestes, las arengan y las mandan; así las derrotas inminentes se tornan en victorias. Cuando todo presagiaba un desastre, Rodrigo el de Vivar increpaba a los suyos:

"¡Ferid los caballeros, por amor de caridad. Yo soy Ruy Diaz, el Cid Campeador de Vivar!" Y el milagro de las fuertes voluntades trasmitidas al ánimo de la tropa centuplicaba sus energías y un último esfuerzo, un empuje inesperado y sobrehumano se resolvía en triunfos. Y tales eran los inmortales soldados que dieron a Europa, más que las riquezas de un mundo las páginas de una historia brillante y conmovedora. Militares de fortuna, pero sumisos a su rey, subordinados a su Gobierno, condujeron las insignias españolas por regiones fantásticas, sin que injusticias o ingratitudes de los monarcas afecten su lealdad, tan grande como sus empresas. Los ciudadanos hispanoamericanos, son ramas de aquellos troncos. Cierto que esa prole ha leído después la "Enciclopedia"; ha evolucionado (esto tanto en la antigua como las Españas nuevas); se ha puesto en contacto con las cualidades de razas diferentes y asimilándose unas cosas y rechazando otras, adquiere, en nuestros días, una personalidad que con los sedimentos de caribes, incas o aztecas, tiene sangre de matamoros o de encomenderos; en su cerebro teorías de Rousseau, de Condorcet, de Diderot, de Voltaire; en sus iras el fanatismo de los jueces del Santo Oficio o de Robespierre y en

su educación para el trabajo mucho aprendido de disciplinas sajonas e iniciativas angloamericanas.

La oprobiosa guerra iniciada por Alemania contra la humanidad, encontró a estos pueblos en un período de propias convulsiones y acomodamientos sociales; la sorpresa y la magnitud del acontecimiento paralizó la acción en ellos, y ese instante de vacilación fué aprovechado por Alemania para su campaña de mentiras, sembradora de dudas que creara, a la postre, la confusión en los pensamientos y la paralización en los brazos en estos pueblos valerosos y líricos por legítimo abolengo. Transcurrido el tiempo necesario para salir del error, la América Española empieza a pasar lista de presente en la guerra del mundo.

A los soldados de Cuba seguirán otros y otros del Continente y no importa que su número haga sonreir al Kaiser; acaso el castigo del crimen alemán no sea ya cuestión de más o menos soldados, fusiles o cañones, sino de la reprobación unánime de los hombres de corazón bien puesto.

A los soldados de Cuba, la última nación que se liberó de Europa, tócales en suerte ser los primeros hispanoamericanos que devuelvan su visita armada al Antiguo Mundo; van a corresponder, en los viejos solares, al saludo de los conquistadores. Quizá algunos mestizos del batallón cubano no sepan poner su nombre, como el insigne Pizarro firmaba con una cruz; pero todos llevarán la misma hidalga postura de los "hijos del sol," ya no para subyugar a tribus inferiores, ignorantes y supers-

ticiosas, sino para vencer, con sus propias armas modernas, a los monstruos producidos por una filosofía desequilibrada, por una escuela de servilidad militarista, donde la ciencia y la maldad se han asociado.

Estos jóvenes soldados saludarán con sus carabinas a la vanidosa Europa, que vió a sus patrias como simples *tierras de negocios;* al lado de sus bayonetas llevarán la misma cruz redentora que ayer trajeran los acerdotes de allá, y la doctrina de Cristo, antes predicada en América por sus misioneros e impuesta por sus inquisidores, impartirá el bálsamo de un dulce consuelo en los hospitales de sangre, junto a las trincheras puestas para detener el salvaje embate de aquellas fieras humanas desencadenadas y rabiosas, que se agitan convulsivas e iracundas bajo el látigo de sus domadores, encima de la Bélgica laboriosa y la Francia pensadora.

Los soldados hispanoamericanos llevan a Europa la respuesta de caribes, araucanos, totecas y mayas, respaldada por los bríos de Pizarro, Cortés, Valdivia y Quesada "los cuatro césares de América," como les llama el historiador angloamericano (de Massachusetts) Charles F. Lummis.

Cuando el primer contingente angloamericano llegó a Francia, el mundo vió con asombro que de las nacionalidades forzadas en el recio yunque del trabajo podían surgir ejércitos; pero como eran soldados de raza inglesa, aquello casi se explicó; porque ¿de qué cosa no es capaz, en el esfuerzo, un inglés?

Al tratarse de iberoamericanos, la situación es diferente. ¿Quién dijo a la Europa que un día, por sus puertos de altura, por sus calles arcaicas, por sus carreteras famosas, por sus ciudades de leyenda, desfilarían armados y en bélicas empresas los hombres de la América Española?

Manuel S. Pichardo, el poeta cubano, diría ahora que sus paisanos se explican *la ventura de ser libres* y desean cooperar a que el *último esclavo* se sacuda la coyunda, ya no en América sino en Europa, y que tal vez nunca olvide:

"El verde cañaveral,
El trapiche y el batey,
Su verdugo: el mayoral,
Y su compañero: el buey.
Su tambor y sus verduras,
Su conuco y su machete,
Del cepo, las herraduras,
Y el herraje del grillete."

¡Contribuirán los soldados hispanoamericanos a la liberación de Europa! ¡Qué satisfacción y qué orgullo!

Irán: ya no como errantes caballeros de la triste figura; ya no como hidalgos abrumados con el peso del yelmo; ya no adarga al brazo y lanza en ristre; ya no con ladino escudero en asno tardo; ya no soñando en la pureza de Dulcinea; ya no víctima de encantamientos y trastornado por libros de caballerías: pero siempre, como el ilustre manchego, irán a vengar agravios y desfacer entuertos de contemporáneos malandrines.

UN SANEAMIENTO MORAL

LOS Estados Unidos han conquistado un gran prestigio en el mundo con su cooperación para la liberación de Europa, y el Presidente Wilson creando la tesis de la amistad de las naciones ha obtenido, para su país, una corriente de simpatía que por ningún otro medio se podría alcanzar.

Pero la guerra tiene para el pueblo angloamericano, por encima de sus dolorosas angustias y sus humanos sacrificios, grandes ventajas sociales.

La solidaridad nacional no es el menor beneficio que la guerra ha logrado; hay otros de idéntica importancia, si se tiene en cuenta que la estabilidad política de los pueblos depende del bienestar de sus ciudadanos.

La organización económica de los Estados Unidos se basaba en las acumulaciones de capital, creador de poderosas empresas; ellas movían todos los resortes de la vida, sin otra limitación que la competencia escasa y las leves restricciones legislativas. De los *trusts* dependía la actividad comercial y el costo de la vida. Los vapores y los ferrocarriles, es decir, las arterias de la circulación de la riqueza y los bancos, corazones reguladores de la misma, estaban casi fuera de la estricta vigilancia del Estado, que en una democracia como ésta quiere decir el pueblo.

La guerra obligó al Gobierno a intervenir en las

importantes bases de la vida económica: Bancos, Ferrocarriles, Vapores, Telégrafos, etc. vinieron a depender del pueblo, encarnado en sus representantes legítimos, sus gobernantes y, hay que esperar que de esa medida transitoria y de esa vigilancia actual se obtengan informes, conocimientos y experiencias para la marcha futura de la nación.

Todo malestar por injusticias económicas ha quedado prevenido; ya no podrá haber protestas o conflictos a causa de diferencias esenciales entre la gran masa y los capitalistas. Lo que en un período de divergencias políticas entre los partidos pudo durar años para resolverse, hoy el interés de la común salvación lo ha decidido en unos cuantos meses.

Pero si en lo material los Estados Unidos han obtenido prácticos beneficios interiores con la guerra, en lo moral las ganacias no pueden calcularse.

Soldados que han peleado por la libertad de las naciones tienen derecho a conservar la libertad ciudadana, y sociedad que se ha armado para castigar salvajismos internacionales está obligada a reprimirlos con mayor razón en su propia casa.

El Presidente Wilson, tiene una confianza ilimitada en el buen sentido de su pueblo y cuando habla como soñador, como idealista, repite que es intérprete de sus conciudadanos; al principio todos dudaron de que, en efecto, los angloamericanos fuesen capaces de idealidad, mas al verlos marchar a las trincheras, al otro lado del océano, toda duda fué despejada y empezamos a creer. Otras veces,

el Presidente habla como un maestro de escuela, de una gran escuela humana; sus conceptos tienen la simplicidad de la verdad y la sencillez que usaron Hamilton y Franklin; dice cosas naturales, claras, sin eufemismos ni recursos retóricos, sin metáforas brillantes; son conceptos nítidos y silogismos de abrumadora exactitud. Entonces el Presidente aparece con la fisonomía de un predicador, o más bien con la placidez socrática de un gran educador que hablara a millones de discípulos.

Tal es el caso, cuyo comentario intentamos hoy.

Nadie ignora que en los Estados Unidos ha persistido la costumbre de castigar severamente, y por propia mano, aquellos actos que, por repugnantes, provocaron la ira del pueblo. Cuando negros criminales cometen delitos horrendos, la indignación de los habitantes, exaltada y violenta, se hace pronta y brutal justicia. Casos diéronse más tarde, de que igual tratamiento se aplicara a algunos alemanes, con motivo del apasionamiento de la guerra.

Las autoridades suelen aparecer impotentes para la represión de esos atentados, cuyo correctivo se dificulta, pues afectan el fenómeno de manifestaciones colectivas, de movimientos desconjuntos, en los que habitantes de una aldea, de toda una villa, toman parte efectiva.

Queda sólo el recurso de una reeducación, y el gobernante que carece de los medios para reprimir no vacila en usar los de la convicción. He aquí la parte saliente de la proclama del Presidente:

Conciudadanos:

Me tomo la libertad de dirigirles la palabra acerca de un asunto que afecta tan vitalmente el honor de la nación y el carácter e integridad de nuestras instituciones, que estoy seguro de que me justificarán el que les hable con toda claridad. Hago alusión al espíritu de motín que hemos visto surgir entre nosotros, aquí y allá; no en una sola región, sino en varias partes del país distanciadas largamente, ha habido linchamientos y, cada uno de ellos, ha sido un golpe al corazón de la ley y de la justicia humanas. Ningún hombre que ame a América, ningún hombre que verdaderamente se preocupe por su fama, su honor y su carácter, o que sea verdaderamente leal y honrado para con sus instituciones, puede justificar una acción de tumulto, mientras estén abiertas las cortes de justicia y los Gobiernos de los Estados y de la Nación listos y en la mejor disposición de cumplir con su deber. En este momento estamos peleando contra las pasiones sin ley. Alemania se ha puesto fuera de la ley entre las naciones porque no ha hecho caso de sus sagradas obligaciones y ha hecho de sus ejércitos "linchadores." Los que cometen ese acto emulan su detestable ejemplo. Yo, por mi parte, estoy ansioso de ver que todas las comunidades en América se levanten sobre ese nivel con un orgullo y una resolución que ningún hombre o grupo de hombres pueda quebrantar.

Nosotros podemos asegurar con satisfacción que somos los campeones de la democracia. Y si lo somos en realidad, tengamos cuidado de no desacreditar la nuestra. Yo digo claramente que todo americano que toma parte en un motín, o le presta alguna clase de ayuda, no es un verdadero hijo de esta democracia, sino, por el contrario, un *traidor* a ella, y hace más para desacreditarla por esa sola deslealtad a sus estandartes de ley y derecho, que lo que las palabras de sus estadistas o los sacrificios de sus heróicos jóvenes en las trincheras pueden hacer para que pueblos que sufren crean que somos sus salvadores.

¿Cómo podremos recomendar la democracia para otros pueblos si nosotros faltamos a la nuestra probando que no es, después de todo, una protección para el débil? Cada motín contribuye para apoyar las mentiras de Alemania acerca de los Estados Unidos, y a lo que sus mayores censuradores no podrían hacer por medio de la calumnia.

¡Cuando menos podrían decir que "eso no pasa en Alemania más que en tiempo de revolución," cuando la ley carece de fuerza!

Y termina con estas frases:

"He pedido a la nación que pusiera su gran energía en la actual guerra y ha respondido con un espíritu y genio para la acción que han asombrado al mundo; ahora pido no sólo a la nación, sino a cada individuo por separado, que velen para que sus leyes se conserven inviolables e intachable su fama."

No sabemos si los linchamientos se repetirán; pero es evidente que la palabra presidencial influirá no sólo con su prestigio oficial, si que también con la autoridad moral que la voz del Presidente Wilson tiene en los Estados Unidos.

El gobernante moderno, no puede usar los mismos procedimientos primitivos, de que disfrutaban los guiadores de tribus, ni los manejadores de multitudes ignaras, ni los caudillos militares; al gobernante demócrata contemporáneo le toca emplear recursos inteligentes. Su propia autoridad no es otra cosa que una delegación popular. *No manda,* solamente *administra;* y, así, debe tener las virtudes personales que revistan su posición oficial del prestigio aristocratizado del saber, de la honradez y de la rectitud.

Entre las virtudes domésticas angloamericanas, los linchamientos son una mancha roja; suprimirlos será un bello saneamiento moral.

Wilson está en esa tarea. Que la realice victoriosamente es nuestro deseo.

LA UNION IBEROAMERICANA DE NUEVA YORK

DEBO opinar sobre la proyectada instalación en Nueva York de cierta sociedad Iberoamericana.

Para mí, el concepto de las agrupaciones es de índole matemática o física; no pueden sumarse sino cantidades homogéneas, no se mezclan sino moléculas de idéndica constitución física o de igual densidad.

Entre los grupos humanos, hay acercamientos momentáneos por afinidad de profesiones, de gustos o de intereses, hasta cuando las razas son distintas. Para agrupar a los hombres debe precisarse la finalidad del propósito y concretarse la forma de acción, de tal manera que nuestros coasociados, para viajar en un vapor, pueden no serlo para ir a un baile y menos para escribir un libro.

Al consolidar la permanente existencia de una agrupación en Nueva York, se requiere que el programa no se base en tartuferías ingénuas o en tambaleos simplistas; son dos las bases únicas para esas sociedades: mutualistas o políticas.

Si mutualistas, el camino abierto por los iniciadores de la "Unión" en Nueva York conduce rectamente al desastre. Una sociedad mutualista requiere la severidad mercantil del auxilio econó-

mico, de la cooperación financiera, y, caso, como atractivo complementario, actos de recreo y entretenimientos familiares. La asociación mutualista excluye la política y la religión: en su seno no hay banderías personalistas, ni separación por dogmas; no se buscan las inteligencias para un comercio del espíritu, sino que se aproximan los hombres para obtener cuerpos de resistencia y previsión. El socio mutualista pierde, al entrar a la masa gregaria, toda personalidad y toda idealidad; su misión es hacer número, es sumar. El Presidente de una corporación mutualista debe ser un excelente "tenedor de libros," un minucioso "cajero," un recaudador carente de aleteos espirituales, ensoñaciones líricas y sobre todo sin la más remota fisonomía política y ésto no por su voluntad, si que también por real incapacidad. No se puede encerrar a un águila en la jaula de una ardilla, y un corcel enfrenado y dócil a la vara lleva, uncido al coche, la misión que sería imposible para un león por domado que se le considere.

La sociedad mutualista es el recurso del enfermo o del cesante; es la perspectiva del médico y del hospital; un baile de aniversario, una fiesta patriótica; cosas burguesas, tranquilas, sin emociones, sin arranques, sin relámpagos, sin huracanes; algo manso, tedioso, isócrono y a la vez nutritivo y suculento. La sociedad mutualista no puede estar administrada por expresidentes o por presidenciables de las Repúblicas de Hispano América, ni por periodistas de combate, ni por diplomáticos en ce-

santía espectante, ni por políticos en exilio, ni por generales en forzada espera.

La sociedad mutualista debe estar administrada y conducida por sencillos mercaderes que conozcan la neta finalidad del propósito e impidan su desvío por veredas peligrosas a campos ajenos; por hombres de mecánica aptitud y medios transparentes; por fríos y metódicos señores de vida tranquila y pan seguro.

Si la Unión de Iberoamericanos en Nueva York ha de ser mutualista, que no se lean en ella discursos políticos, que las actas no tengan juicios de índole política, apreciaciones personales sobre la actitud o carrera política de sus componentes, que no la dirijan políticos ni grandes ni pequeños; porque como la sociedad ha comenzado, resulta ineficaz para institución mutualista y también para agrupación política.

La agrupación de políticos iberoamericanos en Nueva York es posible, con un solo y determinado fin: hacer política internacional; pero hacer política para un fin cualquiera exije sinceridad y valor. Si la unión es de políticos, debe manejarse francamente, con directores de talento, de instrucción, de cultura; con hombres representativos del progreso en las ciencias, en las letras o en el gobierno. Si la agrupación es política no debe tenerse miedo a la expresión de las ideas, ni pánico por el debate de las más encontradas tesis, ni horror a las consecuencias. Una agrupación política de iberoamericanos en Nueva York no puede constituirse bajo la jefatura

de un hombre que no conozca la correcta conjugación de los verbos castellanos; o con un sér falto de tacto que perora seis veces en la sesión inaugural sin que, cuando haya concluído, deje sembrada una idea o permanente un concepto.

Hacer política de medrosas gazmoñerías con un ojo en las autoridades americanas y otro en los magnates de los países del Sur, es una desairada postura, que ningún ciudadano que se respete aceptará. La política contemporánea no admite la especie de vírgenes a medias que enseñan las ligas, se escotan hasta la cintura y van al teatro con los ojos bajos por púdicos azoros; esos políticos a medias que quieren serlo, sin enseñar las orejas del lobo, disfrazando sus ambiciones bajo pieles de mediocridad dulzona y almibarada domesticidad, no pueden atraer a nadie. Los políticos de la hora presente no pueden ir oliscando el buen rastro y lamiendo los troncos en las brechas recién abiertas sino con la mirada en alto, cara a cara, a pecho descubierto, con una opinión neta, con un verdad que defender, con una idealidad alta o un interés magno, con ambiciones que engradezcan a la patria o eleven y fortalezcan a la raza.

Los sobreentendidos, los remilgos, no son un programa que pueda desarrollarse, ni una ley que acatar.

Los pavoneos en el gallinero no son la característica de Chantecler; éste se distingue por su idealidad, porque cree que él es quien despierta al sol y su error es sublime porque es grande.

Si es una agrupación política de iberoamericanos la que se pretende, es necesario que caigan todas las caretas, que se irgan sin argucias ni paliativos los que han de encabezar esa institución, para que veamos si merecen ser seguidos.

Es cierto que para que una corporación política subsista aquí, integrada por todos los hijos de la América Española, ella debe responder a una necesidad real; la de velar por los intereses hispanoamericanos en los Estados Unidos y que sus hombres sean capaces de protestar con virilidad y rectificar con talento los errores que suelen publicarse contra una u otra nacionalidad del Sur, por algún equivocado periódico de Angloamérica; la corporación se constituiría en paladín de las reclamaciones justas y en abogado de las causas nobles; la sociedad, a toda hora y en todo momento, sabría patrocinar las tendencias de acercamiento y amistad entre la raza inglesa del norte y la española del sur, para evidenciar anhelos superiores y deseos altruistas.

La forma es esencial en toda congregación humana y si el ilustre doctor Restrepo, expresidente de Colombia, nos hubiese dado una conferencia sobre las tortillas de huevos o los pescados fritos a la parrilla habría hecho un papel ridículo. Su discurso tenía que ser y fué un discurso político. Los que lo invitaron para hablar en el centro de Nueva York, ya suponían lo que debería decir; la historia no se destruye con un brochazo de carmín, los hechos no se modifican con una cortesía acaramelada, ni con danzas sobre las alfombras persas del Waldorf Astoria. Los invitados para concurrir a la sesión

donde el Dr. Restrepo hablaría, entendimos que era una reunión política donde la discusión tendría campo abierto.

La más justa censura que los políticos de los Estados Unidos hacen a los de Iberoamérica es la de carecer de precisión en sus propósitos, y nosotros podemos agregar que, casi siempre, les falta la claridad en la expresión, porque el propio pensamiento es obscuro. Cuando no se sabe *lo que se quiere,* menos puede saberse *cómo se quiere.*

La creación de una sociedad mutualista hispanoamericana en los Estados Unidos es una buena, sensata y práctica idea.

La fundación de un centro político de iberoamericanos en Nueva York es una idea valiente, bella, enérgica y de aliento.

En el primer caso, hay que hacer bailes y tomar abonos en una sala del hospital.

En el segundo, debe invitarse a los políticos de fuerza cerebral que interpreten y actúen.

El cocido y las letras vivieron siempre en riña; o escuchamos discursos fogosos de políticos resueltos que guíen y orienten, pero que sepan resistir la réplica y ripostar sin cobardías los debates, o hacemos un casino familiar donde se baile amistosamente el vals y se tome café con leche.

El hombre contemporáneo es animal de diversas necesidades: come y piensa. Lo discreto es saber que cuando trata de saborear un plato de bacalao no está en el momento psicológico de meditar sobre los diálogos de Platón.

Suum cuique. A cada quien lo suyo.

¿QUIEN PUEDE DUDAR DE LA VICTORIA? LOS HOMBRES DE ACCION EN LA INDUSTRIA MODERNA

LA INCREDULIDAD en la aptitud ajena es una forma de manifestar la propia impotencia. En nuestras costumbres suele ser ley desdeñar todos los raros méritos de casa, y poner en duda los de los otros pueblos. Un escritor hispano hacía la galana pintura de las características de la raza, diciendo que cuando un hombre de mérito aparece en Inglaterra—léase en pueblos de lengua inglesa—todos lo ayudan a moverse y prosperar; que si surge en Francia sus paisanos lo aplauden y estimulan—aunque sin acercársele mucho por temor a que un fracaso les asocie al ridículo—; y si el hombre de mérito



FORD

nace en España—léase los pueblos de lengua castellana—, el recorrido de su vida es un Calvario, todos lo censuran, lo deprimen y lo apedrean. Si no puede llamársele tonto se le declara pillo; pero no se le admite capacidad o virtud sino hasta después de muerto: cuando ya no es un rival o un competidor. De pueblo a pueblo solemos incurrir en faltas parecidas, y cuando se nos habla de la libertad del pueblo inglés, hay quien objete que le falta la igualdad; cuando se elogia el genio francés, hay quien le atribuye decadencia moral; cuando se cuentan las hazañas asombrosas de los hombres de acción en la industria americana, muchos apuntan la posibilidad de que se trata de narraciones fantásticas o de brillantes fábulas. Y bien, yo perdono esta equivocada opinión en el último caso, porque, en efecto, la vida de algunos angloamericanos tiene proporciones tales, que sólo viendo la reali-



Schwab

dad indiscutible puede darse crédito a sus maravillosas aptitudes.

Hay algo que nadie puede negar ahora: el poder industrial de los Estados Unidos. Pues bien, el químico célebre Lavoisier decía: "La fuerza y la potencia de las naciones no resultan solamente de la fertilidad de su suelo, de su extensión, de su población, de la riqueza y de la libertad de los individuos; el poder de las naciones se compone, sin duda, de todos esos elementos; pero es la industria la que los organiza y pone en obra. La industria es la vida de un Estado civilizado; sin ella las tierras permanecen incultas, sin ella la lana de nuestros rebaños no se transformaría en telas preciosas destinadas a vestirnos" . . .

La grandeza de un país no es en realidad sino la expresión de los méritos individuales de sus ciudadanos, y por eso es un deber patriótico hacer resaltar las figuras que han logrado distinguirse en la fatigosa lucha de la competencia humana, por su perseverancia, por su inteligencia, por su laboriosidad o por su genio.

En los Estados Unidos, donde no existían fortunas hereditarias ni riquezas de legendaria acumulación, la historia de la improvisada fortuna de los aptos es una escuela de energía. Si el individualismo debía hacer una experiencia para manifestarse, ha triunfado de tal manera en el Continente Americano, que ya nadie lo predica, porque todos lo practican. Ese aliento, soplo huracanado,

nace en el Norte y cada día es más comprendido y aprovechado en todo el territorio colombino.

José Enrique Rodó, que no logró ver a los Estados Unidos en la presente guerra, había ya descrito con su estilo admirable la coordinada energía del pueblo americano. Dice así:

"Suya es la gloria de haber revelado plenamente—acentuando la más firme nota de belleza moral de nuestra civilización—la grandeza y el poder del trabajo, esa fuerza bendita que la antigüedad abandonaba a la abyección de la esclavitud y que hoy identificamos con la más alta expresión de la dignidad humana, fundada en la conciencia y la actividad del propio mérito. Fuertes, tenaces, teniendo la inacción por oprobio, ellos han puesto en manos del *mechanic* de sus talleres y el *farmer* de sus campos la clava hercúlea del mito, y han dado al genio humano una nueva e inesperada belleza, ciñéndole el mandil de cuero del forjador. Cada uno de ellos avanza a conquistar la vida, como el desierto los primitivos puritanos. Perseverantes, devotos de ese culto de la energía individual que hace de cada hombre el artífice de su destino, ellos han modelado su sociabilidad en un conjunto imaginario de ejemplares de Robinson, que después de haber fortificado rudamente su personalidad en la práctica de la ayuda propia, entrarán a componer los filamentos de una urdimbre finísma. Sin sacrificarle esa soberana concepción del individuo, han sabido hacer al mismo tiempo del espíritu de asociación el más admirable instrumento de su grandeza y de su imperio, y han obtenido de la suma de las fuerzas humanas, subordinadas a los propósitos de la investigación, de la filantropía, de la industria, resultados tanto más maravillosos, por lo mismo que se consiguen con la más absoluta integridad de la autonomía personal."

Así pintaba magistralmente el autor de "Ariel" la fuerza vital de los Estados Unidos, él, "que los admiraba, pero no los amaba." Las lecciones recibidas a lluvia de metralla concluirán por educar a

los pueblos de todas las razas en el convencimiento de que es urgente estimular la energía personal, base del poder colectivo. La historia de las grandes voluntades debe repetirse a diario en todas las escuelas. El libro de Gaston Tissandier, "Los héroes del trabajo," resulta hoy anticuado y mezquino ante la enorme serie de personalidades producidas por la acción sorprendente de los caracteres angloamericanos. En los Estados Unidos pueden verse multiplicados los ejemplos de hombres que, comenzando en el escalón primero de la carrera del trabajo, han subido hasta el último peldaño, y quizá podríamos agregar que ellos mismos han creado nuevos tramos para que su paso encontrara seguridad tan arriba.

¿Quién negará la utilidad, el provecho que todos pueden obtener con el estudio de estos ejemplares humanos? Es el caso que en los Estados Unidos no se exalta al "superhombre" sino al "hombre" muy simplemente. Aquí no se dice: "son pocos los elegidos"; al contrario, aqui se afirma: "todos pueden." No es preciso convertirse en un poderoso banquero, ni en un "rey" de tal o cual industria; todos son capaces por la constancia, la práctica del deber, el trabajo perseverante y la vida honesta, para conquistar el bienestar doméstico y la consideración de sus conciudadanos.

Es saludable para nuestra propia moral la observación de esta sociedad infatigable que a medida que se eleva en la pujanza económica, se mejora en su ética. El puesto concedido a la mujer al lado del hombre para todos los derechos políticos y la

persecución a la embriaguez son dos manifestaciones de elevación innegables. El pueblo que ennoblece a la mujer, cuida al niño y suprime el vicio, tiene la conciencia de su destino; comprende la necesidad de vida de su raza y tiene derecho a la felicidad.

Se ha criticado—por los que ignoran la existencia cotidiana del yanqui—su "afán de dinero," su "deseo inmoderado de riqueza"; esto es falso. La avaricia no es defecto del ciudadano americano; ningún pueblo gasta más en las satisfacciones propias que éste. Cierto que es metódico, ordenado; pero no un "conforme" que si adquiere dos dolares vive con uno, para guardar el otro como base de fortuna hecha por el ahorro; no, el americano trabaja para ganar cuatro a fin de mejorar inmediatamente su presente condición. Los angloamericanos no tienen el orgullo del "ocio clásico," ni la vanidad de "la vida que se saborea"; pero saben la máxima de Balzac: "La inteligencia es la palanca con la que se mueve al mundo; pero el punto de apoyo de la inteligencia es el dinero."

Hay quien niega esa verdad abrumadora, ya lo sabemos; pero los propios detractores de la "barbarie utilitaria" se tendrán que inclinar ante el espectáculo de que las leyes morales, la soberanía nacional, el respeto a la debilidad, el concepto de la piedad, *están siendo salvados en el mundo* por el poderío de los Estados Unidos.

Cuando todavía se les negaba "ciencia," revelan

el inmenso vuelo de su industria y ya nadie ignora que ésta no existe sin aquella.

Cuando se les creía incapaces de ideal, ponen toda su riqueza a contribución y toda la sangre de su juventud en ofrenda a la conservación de principios de ética universal.

Estas líneas las escribo después de leer, en unas cuantas frases, la biografía de Schwab, el jefe de la Compañía Constructora de la flota de emergencia de los Estados Unidos.

A los 18 años de edad—dicen sus biógrafos—ganaba diez pesos mensuales; a los diecinueve tenía el jornal de un dolar diario, y a los treinta y nueve renunció el sueldo de un millon anual.

Desde clavar las estacas y llevar la cadena para los ingenieros en Braddock, Pennsylvania, hasta el día en que no aceptó el sueldo de un millón, su carrera fué de rápidos ascensos. "Es el hombre que sabe más en asuntos de acero en el munde," dice Carnegie.

Hoy es un multimillonario, dueño de la Bethlehem Steel Co., con más de 60,000 empleados.

Al llamado del Gobierno, se ha puesto al frente de las construcciones navales de los Estados Unidos.

Otro gran capitán de industria, notable por la rapidez de su carrera, es el señor E. P. Ripley, que comenzó ganando un dolar por semana y es hoy el Presidente del Atchison Topeka & Santa Fe Railroad.

Mandadero a los 17 años, con un sueldo anual de cincuenta dolares, sin comida, hoy goza de alto

prestigio y posición como jefe de una compañía que gana tres millones al año.

Interrogado sobre su fórmula para obtener éxito, Ripley dijo: "Encuéntrese una buena esposa y gánese el aprecio y la lealtad de los hombres; pero sépase que no se puede ganar la lealtad de los hombres contra sus propios intereses."

En el hogar, Ripley quiere tranquilidad, basada en el cariño conyugal; en la oficina, desea eficacia basada en el humano y justo interés de sus colaboradores.

Como este hombre hay centenares en los Estados Unidos; no queremos decir que todos hayan comenzado con un dolar a la semana, ni que todos lleguen a la Presidencia de las grandes compañías; pero hay cientos y tal vez millares de hombres enérgicos que han comenzado con sueldos mezquinos y que después han desarrollado extraordinarias actividades y sorprendentes aptitudes alcanzando muy respetable posición.

Hemos citado en este artículo a Ripley, porque su fórmula para el éxito no debe aplicarse solamente a los negocios sino que es de universal empleo; así podemos afirmar que el Presidente Wilson, creando confianza en la lealtad de sus propósitos, ha logrado la cooperación de los obreros, de las mujeres, de los pacifistas y de los republicanos.

William L. Douglas que hizo zapatos con sus propias manos, es hoy el más notable fabricante de zapatos de los Estados Unidos y ha llegado a Gobernador de Massachusetts. Nació en 1845 en

Plymouth, en el puerto histórico al que arribaron los puritanos.

Obrero en el día y concurriendo a la escuela por la noche, adquirió la competencia manual y despertó su inteligencia.

A la carrera de industrial agregó la de político; fué alcalde de su pueblo, después representante de su Estado en la Cámara, más tarde senador y al fin Gobernador de Massachusetts.

Hace pocos días que Henry Ford, del partido "republicano," refiriéndose al Presidente de la República, que es "demócrata," ha dicho: "Al apoyar la política del Presidente Wilson, apoyamos un reinado de Justicia y de Derecho entre las naciones"; y ha agregado: "Yo creo que los obreros acabarán con la guerra. Los trabajadores van a destruir los privilegios especiales. Los robos armados y la lucha por pedazos de terreno son cosas de las edades primitivas."

Hace treinta años Ford ganaba dos dolares y medio a la semana; su fábrica de automóviles ganó el año de 1916 cincuenta millones.

Su historia es la del esfuerzo genial y la singular aventura. Una mañana, antes de cumpir 16 años, en lugar de concurrir a la escuela rural, huyó abandonando la granja de sus padres; tomó un tren para Detroit y obtuvo en una fábrica ocupación con el sueldo semanal de $2.50. Ambicioso, indujo a la ambición a los jóvenes que trabajaban a su lado. Pronto fué considerado jefe entre esos obreros; pero fué llamado para hacerse cargo de la granja

de su padre, y allí dedicó su tiempo a estudiar asuntos mecánicos. Leyendo una revista técnica se informó del invento de un francés que ponía en marcha carros, sin tracción animal, y le interesó en tal forma el problema, que puso tiempo y voluntad en adquirir los conocimientos necesarios en electricidad para la aplicación de los carros movidos por gasolina. Así inventó su célebre automóvil "Ford" que ha hecho popular su nombre. Es el industrial que más se preocupa de la felicidad y salud de sus obreros, aplicando la máxima de: "El mayor bien para el mayor número."

Hoy está manufacturando en grande cazasubmarinos, cureñas y tractores, todo al servicio del Gobierno, para los fines de ganar la guerra.

Ya que no pudo mantener la paz—como soñara hacerlo al principio de la guerra—Ford está peleando por restablecerla.

Aquí, donde un Presidente de la República tiene el derecho de manifestar públicamente su opinión, Wilson ha recomendado la elección de Ford para senador federal por Michigan; y claro, los jefes del partido demócrata aceptaron la sugestión.

¿Como ha podido el Presidente de los Estados Unidos, conquistar la eficaz cooperación de los banqueros y de los obreros?

Todos las industrias poderosas sirven al programa de la guerra sin objeciones; el comercio de exportación e importación se sujeta a todas las disposiciones gubernativas; y los manejadores del oro, que en todas las épocas y en todos los países

son obstáculo más que ayuda, para la eficaz marcha de los gobiernos, han puesto aquí toda su ciencia y toda su experiencia para que la bancarrota no llegue. Es el caso de que el Presidente del National City Bank de Nueva York ha declarado que: "A medida que el Gobierno adquiera un 'control' más efectivo de la mano de obra y de las industrias, esta situación probablemente mejorará mucho."

Mientras los banqueros se expresan así, los industriales aceptan esa completa contraloría. Por su parte, un líder obrero se ha expresado así: "Nosotros queremos en el Senado hombres que no se dediquen exclusivamente a atacar a la Administración. Nosotros queremos hombres prominentes que tengan ideas avanzadas y grandes planes, que ayuden a traer una victoria decisiva en esta guerra."

Todas las energías, todas las actividades, todos los talentos y todas las voluntades puestas al servicio de la guerra contra el militarismo alemán . . .; ¿quién puede así dudar de la victoria?

LA PSICOLOGIA PARA GANAR LA GUERRA

EN el concepto moderno del gobierno por el pueblo, la opinión pública es decisiva en todas los países gobernados sobre las bases de una organización democrática.

La carrera de los políticos varía en cada nación, obedeciendo a la condiciones particulares de la sociedad. Un programa de partido en Rusia es bien diferente de otro inglés, y en la misma América Hispana el concepto político tiene diferencias radicales entre Argentina y México. Para los mexicanos, la raza indígena merece atención; hay quien en ella confíe y de ella espere. A los mexicanos les entusiasma hablar de Cuautemoc como un representativo y de Juárez como la evidente comprobación de que las razas primitivas son aun capaces de figurar en los destinos nacionales. En la Argentina, la opinión es diferente; allá no se cuenta sino con las razas de inmigración, con los europeos y sus descendientes; nadie piensa en los indios ya escasos y habitando las regiones menos propicias al progreso.

Para los propósitos políticos, hay por lo tanto diferentes puntos de vista de uno al otro extremo del Continente y los que en cada país aspiran a dirigir sus destinos necesitan un perfecto conocimiento de los problemas sociales.

Los financieros se han disputado en el mundo el derecho de contraloría política, basándose en que sin dinero no hay gobierno posible; los abogados han afirmado que es indispensable buena legislación y los industriales creen que del rápido desarrollo técnico depende el bienestar. La verdad es que todas las capacidades de acción y todas las fuerzas de iniciativa deben combinarse para realizar un buen gobierno; ya que por buen gobierno se entiende aquel que garantiza los intereses de la mayoría y por ésto cuenta con su apoyo. ¿Cómo obtener que tan diversos intereses se combinen para fines determinados? Tal es el secreto de los políticos y se funda en el conocimiento de la psicología de sus conciudadanos. El libro sirve para enseñar al lector, el periódico debe solamente repetir lo que los lectores piensan; así, el sabio instruye al hombre, mientras el político debe hacer lo que sus partidarios desean: tal es la regla. Cuando en la práctica el político no es un parásito que por mimetismo se adapta al medio y lo explota, sino una inteligencia superior identificada con las convicciones de los electores, el buen gobernante aparece. La debilidad de la antigua república de Florencia, en el centro de complicadas ambiciones de potencias superiores en población y riqueza, hizo surgir a una legión de políticos discretos y hábiles que la salvaron muchas veces; entre ellos Nicolás Machiavelo. Los éxitos de Richelieu, Mazarino, Cavour, Thiers, Metternich y Pitt, para citar nombres de historia ya hecha, se debieron no a una improvisación accidental ni a un

golpe de fortuna, sino a la más asidua dedicación, la más ordenada laboriosidad y al conocimiento psicológico de sus pueblos.

José Ingenieros, el filósofo argentino contemporáneo, define la política en los términos siguientes:

> "La política nacional es la expresión de la lucha por la vida entre diversos grupos que tienen necesidades heterogéneas dentro de las necesidades comunes que sirven de base a la nacionalidad. La política internacional es la expresión de la lucha por la vida entre diversos agregados sociales evolucionados hasta constituir nacionalidades diferentes, con la cooperación del medio físico y de la raza o sin ella. Cada una de esas formas particulares de "lucha por la vida" determina variaciones especiales de la "asociación para la lucha" implicando adaptaciones apropiadas de la mentalidad colectiva: otros tantos aspectos de la psicología social."

La fuerza enorme acumulada por el gobierno imperial alemán para avasallar al mundo, debió contar con políticos preparados para que sus propósitos lograran el pretendido éxito; pero he aquí como se ha revelado que la psicología *no es ciencia alemana.*

Las profesores de la Universidad de Prusia declararon que Inglaterra, pueblo de mercaderes, no aceptaría con gusto los servicios militares y que sus colonias se revelarían; declararon que Francia era incapaz de resistencia por su degeneración moral y que perecería en convulsiones anárquicas; que Italia no resistiría la primera derrota sin rebeliones y motines; que los Estados Unidos no tenían hegemonía ni cohesión. Se ha visto que los profesores alemanes habían estudiado admirablemente en los labo-

ratorios de química y de biología, pero que ignoraban la psicología de sus adversarios. La prueba más completa de incompetencia psicológica de los alemanes es que han contribuído directamente a estimular las energías de sus enemigos.

Los *raids* de zepelines sobre Londres despertaron en el pueblo inglés el vivo deseo de castigar ese atentado y la guerra se hizo popular en la Gran Bretaña.

La campaña submarina sin restricciones, violentó la entrada de los Estados Unidos en la guerra, y si faltara deseo y resolución en este país bastaría la visita de los piratas submarinos a las costas de la Unión para excitar las pasiones y vigorizar los formidables preparativos bélicos de los Estados Unidos.

Lloyd George en Inglaterra, Clemenceau en Francia, Orlando en Italia, Wilson en los Estados Unidos saben cual es el deseo de sus conciudadanos, conocen la mentalidad de sus pueblos y obran en consecuencia, que no en balde ellos son servidores de la opinión pública al mismo tiempo que sus capitanes. De ahí el tema de este artículo: "La psicología como elemento para ganar la guerra."

El Presidente Wilson, dirigiéndose al senador Shields de Tennessee, le recomendó preferencia por la ley del sufragio femenino; el senador contestó: "Si yo pudiese convencerme de que la adopción de la enmienda contribuiría a la feliz prosecución de la guerra contra Alemania, votaría sin vacilar en favor de ella." El senador Shields teme

que la ley del sufragio femenino, al recorrer todas las legislaturas de los Estados para su aprobación, provocaría amargas controversias y "distraería la mente y las energías del pueblo del propósito de ganar la guerra."

El Presidente contestó al Senador que considera la aprobación de la ley "como un elemento psicológico esencial en la conducción de esta guerra en defensa de la democracia," agregando que cada día se convence más de la suprema importancia que tiene ese aspecto de la lucha.

Es cierto, la moral social influye directamente en todos los movimientos populares y el gobernante está obligado a conocer las tendencias manifiestas y las aspiraciones latentes de todos sus conciudadanos.

Se comprende que la preocupación del Presidente, tanto como la del Senador, se basan en su divergente observación sobre la multitud ya nacional o internacional. Ambos políticos quieren ser intérpretes de la psicología de la población.

Como se ve, los dos políticos, el Presidente Wilson y el Senador, no discuten ya los detalles de la ley sobre el sufragio femenino; su preocupación actual es ésta: ¿Sirve para los fines de ganar la guerra? Y cada uno cree resolver el punto interpretando la influencia de ese paso legislativo en la opinión.

Cuando esa ciencia admirable sea dominada por todos los políticos del mundo, la grandes tragedias internacionalas desaparecerán. Los fuertes buscarán por medios inteligentes la cooperación de

los débiles y estos suplirán con discreción, con serenidad y con astucia, los elementos de equilibrio necesarios para evitar conflictos desastrosos.

Los pueblos no pueden confiar sus destinos a ineptos o irascibles; los primeros por ceguedad intelectual marchan con tanteos vacilantes, los segundos por precipitaciones irreflexivas se lanzan a los abismos.

Cada día la misión de gobernar exije mayor preparación cultural, mayor competencia científica, mayor elevación moral.

En Alemania se han reído del "idealismo" del Presidente Wilson y probablemente no empezarán a ponerse serios sino cuando ese gobernante filósofo les haya hecho escuchar con el estampido de miles de cañones el único lenguaje que entienden los militaristas teutones. El Presidente Wilson es un "idealista," que conoce, sin embargo, la psicología de los pueblos; a cada uno le habla en su lengua y puesto que en Alemania no entienden sino el rudo idioma de la fuerza, hay que ver con cuanta elocuencia los millones de soldados americanos están marchando a los frentes de batalla. La psicología es sin duda poderoso elemento para ganar la guerra; mientras al Kaiser se le responde con metralla, a otros pueblos se les facilita la compra de cereales en este granero universal.

LA MEJOR PREPARACION: LA ESCUELA

UN ilustre pensador francés dijo que el pueblo que tiene las mejores escuelas es el primero del mundo, y agrega: "Si no lo es hoy lo será mañana."



Durante este verano nada ha sido para mí tan interesante como documentarme sobre el número e importancia de las escuelas privadas de los Estados Unidos.

A·la orilla de todos las caminos, a la vera de todas las carreteras, sobre la ruta de todas las vías férreas, los edificios escolares se exhiben majestuosos.

En las pequeñas poblaciones, la casa-escuela es siempre más importante que el edificio de la iglesia.

Las escuelas municipales americanas disfrutan de excelentes condiciones económicas y el sueldo decoroso de los maestros hace posible equí la carrera de los pedagogos.

En los Estados Unidos se supo mejor que en país alguno adoptar y defender los derechos del ciudadano, proclamados por el glorioso genio francés; pero en la Unión Americana se han proclamado y se sostienen vigorosamente "los derechos del niño."

La raza exige para la supervivencia un cuidado paternal y científico; para el bien del niño no basta solo *querer* sino *saber poder,* para usar nuestro viejo juego de palabras.

Al niño, futuro ciudadano, le está reservado el derecho de beneficiarse con todos los cuidados de la higiene, y el niño aquí es rey y señor en los parques, donde la blanda grama de los jardines públicos no le está vedada.

Actualmente se emprende una vigorosa campaña de prensa contra los propietarios de grandes edificios para viviendas, llamadas "casas de departamentos"; porque algunos establecen la restricción de no admitir niños para rentar sus casas y, francamente, en una nación protectora de la infancia y experimentada en la fuerza que da la población abundante, esos propietarios tenían que ser y son impopulares.

Los Estados Unidos gastaron, en sus establecimentos de las escuelas primarias, más de *ochocientos cincuenta y cinco millones* de dolares durante el año pasado, y debe tenerse en cuenta que existen en los Estados Unidos más de doce millones de niños, de menos de cinco años, es decir, que todavía no alcanzan la edad escolar.

El sesenta por ciento de los alumnos de las escue-

las públicas vive en poblados con menos de dos mil quinientos habitantes y a veces en pleno campo; estas escuelas públicas reciben del gobierno ochocientos millones de dolares anuales y tienen de ingresos, por año, de cuarenta a cincuenta millones, producidos por sus propiedades, que, según la última estadística, era de 756,827,863 dolares.

¿Cómo han realizado tan estupenda maravilla educacional? Armonizando el esfuerzo gubernativo con el interés y el deseo de todos.

Solamente el año pasado los filántropos de los Estados Unidos donaron a instituciones educativas la suma de 37,095,280 dolares y ésto ha sucedido año por año desde hace mucho tiempo.

Las escuelas privadas de los Estados Unidos—que en realidad no son superiores a las oficiales—reunen al confort y belleza de sus edificios, la competencia científica de los profesores y la probidad en la administración económica de los educandos.

La vida en los Estados Unidos no es barata y siempre fueron las escuelas de Europa preferidas por los padres hispanoamericanos, a causa de la enorme diferencia de precio entre las colegiaturas en Francia, Inglaterra, Alemania y Bélgica y las de este país; lo que en Europa costaba en francos o marcos aquí era en dolares, y a pesar de que la distancia representaba un serio obstáculo la economía se realizaba.

Hoy, la guerra impide el envío de niños hispanoamericanos a las escuelas europeas y una gran afluencia de estudiantes de la América española se está

observando en las escuelas estadunidenses, al grado de que he recorrido doscientas escuelas privadas sin que en ninguna faltaran niños de lengua española.

Estos escolares hispanoamericanos son pensionados por sus familias residentes en México, Centro y Sudamérica, pues las familias que viven en los Estados Unidos, en su mayoría, envían a sus hijos a las escuelas municipales.

El Censo de 1910, según los datos publicados en el Boletín del Departamento de Comercio, daba la cifra de 448,198 habitantes de lengua española en los Estados Unidos; pero hoy puede afirmarse que solamente de mexicanos la colonia es de *cerca de un millón.* En esta ciudad de Nueva York, según las cifras que me han proporcionado en los consulados, la población de lengua española es de 250,000.

La guerra ha traído también a las escuelas conflictos que los pedagogos se preocupan por allanar.

La Sociedad Nacional de Educación, en un folleto que acaba de circular, expone en forma sintética, pero elocuente, los aspectos de la actual crisis escolar, producida por las contingencias de la guerra. Dice:

"Las escuelas públicas de los Estados Unidos están enfrentándose con la crisis más seria de su historia. En el tiempo en que sus servicios nacionales deberían ser en grado más alto y extenso, su eficiencia está peligrando por el retiro de profesores en número cada vez mayor, por la disminución en las inscripciones de las escuelas normales y otras instituciones para la preparación

de profesores, por la abreviación de los cursos, la reducción de los precios y por la creciente dificultad de asegurar convenientes entradas por medio de las formas de impuesto en que las escuelas públicas han dependido hasta hoy para su sostenimiento."

La convicción creciente—a medida que la guerra continúa—es de que, tan importantes como son en el problema los factores materiales de comida, barcos y municiones, los elementos fundamentales de la nación siguen siendo la intelegencia y la moral de su pueblo. No es, pues, una figura retórica decir que las escuelas públicas de una nación constituyen una sección vital de sus primeras líneas de defensa. Permitir que la eficacia de esas escuelas sufra es invitar al desastre.

El problema es, según los miembros de la Asociación Nacional de Educación, de primera magnitud, ya se trate de una guerra corta—por los afanes para la consolidación de paz durable—ya de una guerra que dure décadas, en la que el éxito definitivo dependerá del trabajo que solamente las escuelas pueden realizar.

Las medidas propuestas por la Asociación para prevenir, en lo posible, el peligro señalado, están en urgir al Congreso, para que decrete las subvenciones financieras necesarias para los Estados, a fin de que:

(I) Se asegure por medio de pagos más atractivos y de facilidades mejores, para la preparación profesional, un número adecuado de profesores competentes.

(II) Promover por medio de saludable educación física y sanos recreos el bienestar corporal del pueblo.

(III) Asegurar que todos los elementos de la población inmigrante sean asimilados a los ideales americanos y sus instituciones, hasta donde la provisión de facilidades educativas puede contribuir a este fin.

(IV) Eliminar el analfabetismo de la población nacional adulta.

(V) Conservar, por medio de una política de continuación escolar obligatoria, las reservas intelectuales, industriales y morales de la nación, representadas por los millones de niños y niñas que ahora dejan la escuela para ingresar al empleo y ganarse el pan, antes de que sus hábitos se hayan formado y antes de que sus ideales de la vida y conducta se hayan firmemente establecido.

Desde su época colonial, los Estados de la Unión dieron a la escuela pública preferente atención, y en medio del barullo ensordecedor que la guerra contra Alemania produce, la escuela no queda olvidada; para algo las convicciones existen y la conciencia de la responsabilidad es el fondo moral de las democracias.

Guizot, en una circular a los prefectos de Francia, escribía:

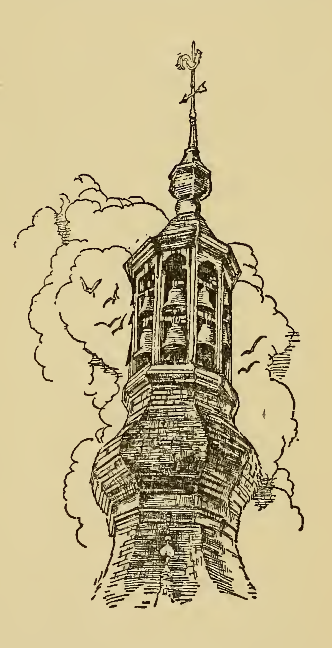
"Aunque la carrera de la instrucción primaria sea sin esplendor, sus trabajos interesan a la sociedad entera y su profesión participa de las funciones públicas. La instrucción primaria universal será en

adelante una de las garantías del orden y la estabilidad social."

En todos los países que aspiran a conservar gobiernos representativos y populares, la escuela ocupa el primer lugar; es la mejor preparación, tanto para defenderse como para triunfar.

ALEMANIA: LA TIERRA DEL TERROR Y DEL SACRILEGIO

EN el derrumbamiento del prestigio alemán, la más sonada catástrofe ha sido la de su filosofía. Ya Schopenhauer había renegado con rudo lenguaje de su patria y el mismo Nietzsche, por la primavera de 1886, escribía, en el prólogo de un libro suyo esta interrogación: "¿En dónde están los sociólogos?" y se contestaba: "En Francia, desde luego, quizá en Rusia, pero no en Alemania y para ello no faltan razones. La filosofía se escribe para hombres ya libertados de deberes groseros, la sociología busca inteligencias finas y delicadas, necesita del lujo, del lujo en la comodidad, en la pureza del cielo y del corazón, cosas muy buenas todas, que nosotros los alemanes de hoy, no tenemos y que, por lo tanto, tampoco podemos darlas."



Los alemanes se habían hecho una moral para

uso doméstico, que confiaban imponer al mundo por medio de la fuerza o de la corrupción. Sobre el enemigo iban sus hordas adiestradas en la matanza; pero también sus agentes corruptores que repartían oro entre funcionarios y periodistas. En la guerra, todo debía serle permitido; el gas asfixiante, el bombardeo de ciudades indefensas y las requisiciones en las poblaciones ocupadas. En la diplomacia, a todo podía llegarse con el fingimiento y la mentira. Así á México se le insinuaba la posibilidad de "revanchas" con ayuda teutona—sin temor al desprecio que su burdo embuste debía producir á los mexicanos conscientes—mientras a los estadunidenses se les indicaba: "Esta es la hora de apropiarse de México en el Sur y de Canadá en el Norte; los Estados Unidos deben aprovechar la ocasión de que Europa está ocupada *en sus asuntos*, para que Estados Unidos *haga los suyos*."

La propaganda hablaba en unos lugares de "neutralidad" y en otros de "pacifismo." Cuando los atentados alemanes eran en Bélgica demasiado fuertes, los propagandistas alemanes buscaban distraer la atención de los neutrales suscitando conflictos interiores: en México amenazaban al Gobierno con "cuartelazos" ó sublevaciones militares; en España con motines y revueltas. A los políticos ó periodistas de ideas ó simpatías aliadófilas en los países neutrales, se les lanza todavía un torrente de calumnias, de injurias y se les busca personales disgustos. "En la guerra, el exterminio absoluto; en la diplomacia, la mentira constante." Tal es la

fórmula alemana. El mundo espera ver que fracasará con ella.

Ante documentos oficiales y testimonios oculares que tuvo á su vista, el profesor Frederick L. Hoffman—nacido en Varel, gran Ducado de Oldenburgo, Alemania—exclama indignado: "Las atrocidades alemanas son de tal naturaleza, que su publicación es imposible y esta clase de atrocidades ya no son la excepción sino la regla."

"La responsabilidad de la continuación de la guerra ya no descansa exclusivamente sobre los hombres del Gobierno Alemán, sino que es compartida totalmente por el pueblo germano."

"La única esperanza de salvación que le resta a Alemania y a los alemanes es la protesta armada contra el régimen imperial, que es el responsable de la degradación moral y de la ruina comercial y financiera de Alemania."

"La terrible responsabilidad de las enormes pérdidas causadas por la guerra descansa tanto sobre el pueblo alemán como sobre su gobierno, porque ningún pueblo puede reclamar para sí la respetuosa consideración de los otros si no ha tenido la energía bastante para su propia emancipación del férreo yugo de una tiranía militar."

La miseria moral de los prusianos, demostrada con sus crueldades en la guerra actual, los coloca dentro de esta definición que hiciera el propio Nietzsche en la obra intitulada "Humano, demasiado humano:" "*Hombres crueles, hombres atrasados.* Los hombres que son crueles hoy deben

hacernos el efecto de *graderías de civilizaciones anteriores* que hubiesen sobrevivido; la montaña de la humanidad presenta en ellos al descubierto las formaciones inferiores, que de otro modo quedarían ocultas. Son hombres atrasados, cuyo cerebro, por causa de todos los accidentes posibles en el curso de la herencia, no ha sufrido una serie de transformaciones bastante delicadas y múltiples."

Yo no soy el responsable de que la anterior traducción del alemán sea tan precisa y rotunda; fué hecha desde hace varios años—tal vez diez—por Pedro González Blanco, cuando el brillante escritor español y distinguido amigo mío no imaginaba que sus convicciones ó sus intereses lo llevarían a predicar por Hispano-América la "neutralidad pro-germana."

Y es que la ciencia tiene eso de implacable; cuando sus apotegmas se concretan y resisten a la dialéctica crítica y al transcurso del tiempo, acaso puede decirse que son ya una "verdad." Con los filósofos que escriben máximas, sucede como con los que repiten viejos refranes, que convencen más cuando dicen menos ó lo dicen con locuciones fáciles y simples.

Los alemanes están ya fuera de la sociedad de las naciones cultas; a ninguna ley de la humana civilización contemporánea se han querido ajustar y han renegado de toda divinidad.

El Kaiser, en nombre de Dios, ha arrojado toneladas de bombas sobre mujeres y niños en los paseos aéreos por Londres y París; en nombre de Dios, ha

pisoteado todos las virtudes seculares y todas las religiones tradicionales. Apenas en 1907, el Barón Marshall von Bieberstein, Delegado de Su Majestad el Emperador alemán y Rey de Prusia, estampaba, antes que otro, su firma al lado de las de los plenipotenciarios de todas las grandes naciones, al aceptarse la convención de la segunda Conferencia de la Haya. En 1914, la Convención era declarada: *"pedazos de papel."* En su artículo 46 decía: "El honor y los derechos de las familias, la vida individual y la propiedad privada, lo mismo que el culto y las convicciones religiosas, deben ser respetadas."

Y los alemanes en Bélgica han robado todos los objetos del culto que representaban algún valor y su último latrocinio ha consistido en despojar los templos católicos de sus campanas, con el objeto de hacer municiones para matar á los propios belgas defensores de la dignidad y la soberanía de su patria.

El Cardenal Mercier, Arzobispo de Malines, se dirigió al pueblo de su diócesis el 2 de marzo de este año, diciendo:

"El apresamiento de las campanas sin el consentimiento de las autoridades religiosas y a despecho de su protesta, es un sacrilegio."

"La transformación de estos objetos de la iglesia en municiones de guerra será una flagrante violación del derecho internacional, un acto de fuerza perpetrado en el más débil por el más fuerte."

"En nombre de la libertad de la Iglesia, en nombre de la santidad de la religión católica, en nombre de

la ley internacional condenamos y reprobamos la captura de las campanas y los órganos de nuestros templos; prohibimos al clero y a los fieles de nuestra diócesis que cooperen á su remoción, rehusando aceptar el precio de los sagrados objetos arrebatados por la violencia."

"Fuertes en nuestra invencible esperanza, aguardamos la hora de nuestro Dios."

¡Que ardientes y conmovedoras frases! Las verdades estallan en ese documento pastoral como latigazos y su huella sangrienta debe marcar el rostro á los responsables del más repugnante ultraje á la ética.

A fuerza de realismo, la protesta cardenalicia es de tono épico. No va hasta maldecir; se detiene en el instante mismo en que el amor á su patria y la fe en su dios puede exaltar el fuego de su alma y el vendabal de pasiones estremecer su cerebro con embravecidas condenaciones. Nada es desbordante ni flamígero en su protesta; pero su acento es cortante y sutil; su confianza en el castigo tiene todo el vigor de una profecía, con el ropaje luminoso de una fundada esperanza.

Quede á los socarrones aplebeyados en apetitos vulgares y concupiscencias triviales, aplaudir los actos de terror y de infamia con que los alemanes están asombrando á la humanidad; en nosotros el entusiasmo sólo es producido por arranques valerosos, abnegaciones heróicas y grandes empresas de generosidad y sacrificio.

LOS PERIODISTAS DE WASHINGTON

PERIODISTA de vocación y periodista profesional, lo que me interesó, al visitar Washington en tiempo de guerra, fué conocer el funcionamiento de la gran máquina informativa que alimenta el interés y la curiosidad pública por conducto de los corresponsales de los grandes diarios.


George Creel

Periodistas eminentes hay, naturalmente, que merecen ser entrevistados tanto como lo son los grandes directores de empresas poderosas, los líderes políticos y los jefes militares; pero está tan desprestigiado el procedimiento de las entrevistas, resultan tan monótonas y a veces tan insustanciales, que yo no he querido dedicar ni mi tiempo ni la atención de mis lectores a ese género de crónicas. ¡Cuánto podría decirme—si quisiera—Jorge Creel, cuyo Comité compite en importancia

con el de la Dirección de la Comida que dirige Mr. Hoover! Si Hoover se preocupa de que el pueblo americano y sus aliados coman durante la guerra, Creel trabaja incesantemente porque todos "piensen en la guerra." Su oficina tiene el aspecto de la gran tienda de campaña de un genaral en el momento de librarse la batalla. Allí entran y salen periodistas de toda la Unión Americana y los corresponsales de los grandes diarios en el resto del mundo. Son oficinas de guerra, instaladas pobremente, quizá demasiado pobremente; casi no hay sillas. . . . Cuando visité su despacho nada habría sido capaz de impresionar gratamente, si no hubieran ostentado los muros aquellos admirables carteles con que fué anunciado el último empréstito de la libertad. Este Comité ha "enseñado la guerra" al pueblo de los Estados Unidos. Sus resortes son múltiples; proporcioma noticias, fotografías, artículos, películas de la preparación aquí y de la acción al otro lado del océano; tiene novelistas, literatos, dramaturgos, conferencistas, dibujantes y obreros. Los directores son trece republicanos, ocho independientes y cinco demócratas.

Creel era señalado por sus enemigos como un exaltado socialista; entonces hizo la declaración siguiente:

"Yo no soy socialista, nunca he estado identificado con organizaciones de ese género; nunca he votado con cédula socialista y disiento absolutamente con los principios de los socialistas. En vez de estar descontento con nuestra forma de gobierno,

creo en el sistema democrático con todas mis fuerzas. La democracia es una religión para mí, y durante toda mi vida de adulto he considerado a América como la esperanza del mundo."

El Comité de Creel ocupa tanto a la opinión pública, que en los días de mi viaje a Washington se suscitaban serias controversias en el Senado Nacional, donde la política empezaba a sentirse inquieta por el ruido del Comité. Su misión es saber todo y publicar todo.

¿Qué habría podido decirme ese hombre, mejor que lo hicieran sus diversos procedimientos de divulgación? . . . Me dí el placer de conocerlo y eso fué todo, completando mis investigaciones sobre la obra del Comité con Will Irwin, el famoso "magazinista," que entonces desempeñaba el cargo de Segundo del Comité. Una figura simpática de intelectual que tiene rápida percepción, que habla el francés correctamente, que entiende todo con facilidad y que se hace entender con elocuencia. Solamente que éstos no son ahora los periodistas de Washington, sino altos funcionarios de un gran servicio público: y yo pretendo hablar con un periodista militante de la Capital.

Los periodistas que forman la opinión, o que la conducen son legión, pues hay gran número de diarios de tiraje fantástico.

En los Estados Unidos, por su alto promedio de cultura, los editorialistas de los grandes diarios casi no hacen otra cosa que comantarios al margen de los sucesos del día.

La política se hace en la información; en la vida contemporánea, donde los acontecimientos se realizan vertiginosamente y hay ediciones de periódicos casi sin interrupción durante las veinticuatro horas del día, el noticierismo adquiere gigantescas proporciones, y su influencia suele ser decisiva.

Las sociedades fundadas para la atención y cuidado de los servicios colectivos, han suprimido aquí al repórter de las diarias trivialidades y al fotógrafo de prensa. La pequeña información de la Bolsa, de la sociedad y de la delincuencia se sirve por procedimientos automáticos. El gran noticierismo se transmite por medio de la "Prensa Unida," o de la "Prensa Asociada," u otras de menor importancia. Las ilustraciones las sirven grandes estudios dedicados a ello.

¿Dónde puede verse el perfil de una brillante personalidad como corresponsal? . . . Los grandes diarios tienen corresponsales de guerra en los frentes de batalla, y cada uno de ellos no hace sino vestir con el ropaje de amenas digresiones la escueta noticia de los partes oficiales. Pero el corresponsal de Washington es, desde el punto de vista político, de muy singular importancia. La información condensada y concreta de acuerdos, circulares o decretos del Ejecutivo; de dictámines en las comisiones de la Cámara o del Senado, no bastan a la curiosidad general. El lector político—y aquí todos los lectores se interesan más o menos por la política—exige los particulares matices en los debates de ambas cámaras; pretende ver en la más insignificante interrup-

ción de un diputado o en la más inócua interpelación de un senador. modalidades trascendentales para los destinos del país.

Por ejemplo: cuando el Sr. Ministro de la Guerra declara ante un comité del Senado: "Que todas las medidas posibles de humana previsión han sido tomadas" . . ., un senador exclama: "Eso parece demasiado color de rosa."

El lector político necesita saber a qué previsiones podía referirse el Ministro y a qué partido pertenece el senador, ya que el peso de sus palabras variaría considerablemente, para su interpretación, de republicano a demócrata.

Los periodistas de Washington incurren, como los de todas partes, en la responsabilidad de informar a sus diarios, más de acuerdo con el partidarismo de éstos que con la verídica exactitud de los hechos. De ahí que, aquellos corresponsales suficientemente respetables para merecer la confianza del público, son los que poseen el valor civil de su profesión, y atribuyen a ésta una base indispensable de probidad.

Me hacía estas reflexiones después de tomar el café en el "Shorhan" y mientras me dirigía al edificio del "Life Insurance," donde están las oficinas de Mr. David Lawrence, periodista que, habiéndose ocupado tanto de México, justifica que nos ocupemos un poco de él. Lawrence, que habla correctamente el castellano, me interroga inmediatamente sobre la situación de México. Pregunta obligada para todos los recién llegados. Yo satisfago su curiosidad hasta donde puedo, e intento que él, a su

vez, me ilustre con sus valiosos informes sobre las cuestiones editoriales; y concluyo por obtener del brillante corresponsal del "Evening Post," una sinopsis del "Washington in war time."

"Todas las dudas del comienzo—dice—han sido disipadas; actualmente no tenemos dificultades de uno al otro lado del océano. Acabamos de pasar el período de planteo y preparación, cuando todavía ayer, escuchábamos decir a los oficiales: "Tendremos tantos barcos en tal fecha; botaremos tantos 'destroyers' en tal día"; algunos, recelosos, objetaban: "Pero. . . ¿dónde están? . . ." Unos cuantos meses han transcurrido, y observamos con satisfacción que los "destroyers" están saliendo de los astilleros y surcando las olas. Muchos de los aviadores que hemos preparado están en Francia. Las máquinas que hemos construído están allá también. Nos hallamos en camino: tal es el interesante aspecto de nuestra situación en estos momentos."

"Nuestra vieja costumbre de anunciar siempre lo que queremos hacer, autorizó un tanto a los alemanes para acusarnos de jactanciosos; pero la guerra atraviesa un período en el que nuestras sugestiones no sólo están siendo tomadas en cuenta, sino que nuestros representantes son más y más activos en los consejos de guerra allende los mares. La marina de los Estados Unidos desempeña un papel muy importante en la estrategia naval. La campaña submarina está disminuyendo constantemente a causa del trabajo efectivo de los "destroyers" ingleses y americanos. Para el ejército hemos

necesitado una larga y cuidadosa preparación, mientras que la marina estaba lista; al declararse la guerra nuestros barcos estaban haciendo patrulla en medio del Atlántico. Si hay una gran batalla naval, nuestros barcos estarán en ella. Nuestro departamento de Marina ha insistido en una ofensiva naval, pues no estamos satisfechos de pelear a la simple defensiva."

"El ejército se ha formado más despacio, nuestros hombres han sido preparados más a menos precipitadamente; pero los canadenses no tuvieron más detenidos preparativos y cuando entraron a la ofensiva fué con un espléndido resultado."

"Nuestro punto fuerte en la guerra será la aviación. Hemos gastado mucho dinero en ésto y tenido algunas dilaciones y dificultades; pero tenemos tales esperanzas que si las batallas decisivas de la guerra se hacen con esta arma creo que nuestros aviadores estarán en lo rudo del combate. Creo que tan pronto como nuestra preparación llegue al punto en que los alemanes se den cuenta de la importante parte que tendremos en la guerra, empezará el fin del conflicto mundial."

Al llegar hasta aquí, lo interrumpí, diciéndole: ¿Es realizable el generoso altruismo, ya anunciado, de conceder la paz cuando los alemanes la pidan?

Lawrence repuso: "Cuando aumenten las largas listas de bajas, toda la sangre que se está derramando impedirá detenernos para dejar a Alemania como una constante amenaza futura. O ganamos la guerra en 1918, o llegará a un punto en que su pro-

longación indefinida será inevitable. Claro, que estas opiniones están sujetas a rectificación sin previo aviso."

Como periodista, el Sr. Lawrence cree que la cura para todas las enfermedades del mundo es la publicidad; pero desea que los medios de información sean honestos y claros. En los dos métodos que existen para expresar un pensamiento, la palabra y la escritura, sólo puede usarse este último para las personas que no están en inmediato contacto, de donde se deduce la importancia que diarios y magazines tienen en los gobiernos democráticos. *Para saberse apreciar hay que saberse entender.* Lawrence cree que la autocracia tendría mayores dificultades para engañar a un pueblo, en cualquier país, y para arrastrarlo a una guerra en la que sólo ganaría su egoísmo, si los pueblos de todos los países tuviesen un método libre de expresión.

Entiendo que el redactor del "Evening Post" está concienzudamente orgulloso de la forma de expresión usada por periodistas y anunciantes de los Estados Unidos. Tiene fe en la eficacia del anuncio, que él considera la mejor forma de vender los zapatos o las ideas. A este respecto me narra una anécdota: Cierta ocasión la asociación de Sufragistas Americanas, interesada en conseguir el sufragio federal por medio del Congreso, quiso conocer su opinión, y Lawrence le hizo la pregunta siguiente: "¿Antes que nada, tienen Uds. fondos para anunciarse?" Y como contestaron afirmativamente, agregó: "Uds. deberían comprar en los periódicos de



La fotografía superior es de la cédula de la cárcel de Belén, donde estuvo alojado el jefe de la propaganda alemana, antes de su encumbramiento político.

La fotografía lateral es del talón de una factura del papel pagado por el gobierno alemán para el diputado Martínez.

Num 1198

Veracruz 28 de Septbre 1916

Legación Imperio Alemán para Rafael Martínez.

Corredor

Plaza Contado

Cantidad Oro Nacional $ 7407.54

Gastos ..

Timbres .. 37.05

Timbres sobre Gastos ..

Total $ 7444.59

101 rollos papel para periódico con peso de 52,911 lbs. á $0.14 m/ nacional la libra

GUERRA SEP 28 1916 VERACRUZ

ADMON PRINC

Washington tanto espacio cuanto tengan de dinero; háganlo en todos ellos."—"Y. . . . , ¿cree Ud. que eso tendrá influencia positiva sobre Cámara y Senado?" —El periodista dijo: "Yo sólamente sé que diputados y senadores son seres humanos, obligados a comprar periódicos todos los días; Uds. pueden *venderles* el sufragio femenino de la misma manera que el comerciante sus mercaderías."

En efecto, en los Estados donde la campaña de publicidad ha sido manejada por las sufragistas con mayor eficacia, el éxito no ha tardado.

Con respecto a la guerra, Lawrence cree que, más que nada, se requiere buena publicidad; juzga que es importante tener formas apropiadas para decirle al pueblo lo qué está haciendo el Gobierno, pues en ningún tiempo de la Historia el Gobierno ha dependido tanto de la impresión popular como en los momentos actuales. La opinión pública se forma principalmente por medio de impresiones creadas en la lectura de la prensa.

Cuando acababa de abandonar las oficinas del Sr. Lawrence, tuve que detenerme en la esquina del parque, porque la multitud se apiñaba para escuchar a un conferencista callejero: era del Comité de Información Pública; en todas las esquinas grandes carteles sugestivamente decorativos hablaban de la guerra: eran del Comité de Información Pública; entré a la primera sala de cinematógrafo de mi camino, y las películas enseñaban el funcionamiento de las fábricas de cartuchos y de uniformes; los astilleros, los campos de aviación, los hospitales de

la Cruz Roja, los almacenes de víveres, las bodegas de municiones; las escenas de la vida en las trincheras con las mil y una peripecias que el cinematógrafo puede reproducir en este palpitante período de la guerra: las películas eran del Comité de Información Pública.

He quedado con la convicción de que el Gobierno de los Estados Unidos *está vendiendo la guerra,* con la constancia y la tenacidad del comerciante que conoce bien su negocio, que tiene ganas de hacerlo prosperar y elementos para lograrlo.

LA CERTIDUMBRE DE LA DERROTA

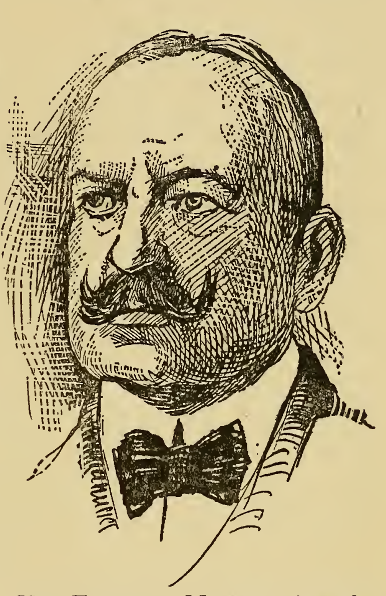
LOS principales diarios neoyorquinos publicaron el domingo 25 de este mes la noticia de que el más importante periódico germanófilo de México, "El Demócrata," anunciaba su desaparición atribuyéndola a dificultades para adquirir los materiales indispensables a su empresa editorial. (No sabemos si la desaparición de "El Demócrata" es ya un hecho; pero si aun se publica no tardará en desaparecer.)

La verdad de la suspensión de ese periódico, es que ha llegado para los alemanes la certidumbre de la derrota. Su prensa nunca pudo sostenerse con el producto de los lectores; en los diarios cuando es mayor la circulación es mayor la pérdida y solamente los anuncios compensan los gastos. La prensa alemana de México ha vivido exclusivamente con recursos de la colonia alemana y del gobierno imperial; el comercio alemán anunciándose sin tener que vender—por falta de importaciones—y la Legación del Imperio proporcianando el papel para las ediciones. La prensa alemana de México llenaba, por lo tanto, una función política y no comercial; si los alemanes no continúan gastando en ella es porque políticamente ya no puede serles útil. Su última esperanza concluyó con la ofensiva del frente occidental en la primavera de este año; los alemanes contaban con que un gran triunfo sobre los aliados, la ocupación de París, por ejemplo, lograría im-

portante efecto en la opinión previamente preparada por espejismos creados por su prensa, y hasta llegaron a esperar que sus cantos de sirenas marearan al Gobierno de México y se llegase a un conflicto con los Estados Unidos. Los brillantes triunfos de la contraofensiva de Foch, en todo el frente occidental, han hecho perder la última ilusión teutona. La derrota llega; nada hay que esperar, como no sean los riesgos a que los alemanes residentes en México se han expuesto a causa de la forma en que han influído para el encarecimiento de todos los artículos necesarios a la alimentación del pueblo, el cual hubiese sufrido mucho sin el oportuno propósito del Gobierno Americano de tratar a México, excepcionalmente entre los países neutrales, para las facilidades del comercio de exportación.

Las pruebas de que "El Demócrata," a pesar de estar dirigido por un diputado federal, era un diario alemán, fueron publicadas hace tiempo. El banquero alemán de México Hans Rosenstein (que vive en la *7a* calle de Liverpool 115, de la ciudad de México) pagó el papel salido de New York en el vapor "Bayamo" en el mes de abril del 1917, con el cheque número 2733 de fecha 7 de mayo de 1917 girado por el Banco Mexicano del Comercio e Industria, que es una sucursal del Banco Germánico y cuyo cheque era a cargo del Guaranty Trust Co. de New York y representaba la suma de $19,301.65 (dolares). Fadrique López, empleado de "El Demócrata" pagó, con un cheque del mismo banco el dia 26 de junio de 1917, con el cheque

número 2777, la suma de 15,000 dolares. Esos giros fueron entregados a la National Paper & Type Co., sucursal de México, para pagar papel para "El Demócrata." La factura de papel pagada en mayo fué extendida al propio nombre de Rosenstein, y, lo que fué más escandaloso todavía, la del papel vendido al diputado director de "El Demócrata" el 28 de septiembre de 1916, en Veracruz, está extendida directamente a la Legación del Imperio Alemán y se refiere a 101 rollos de papel para periódico, con un costo de $7444.59 oro mexicano. Hasta esa fecha se calculaba en tres millones de pesos (millón y medio de dolares) las sumas gastadas en prensa por los alemanes. El director de "El Demócrata" confesaba haber tenido en sus manos mayores sumas todavía.



Von Etckardt, Ministro Alemán en México

¿Cómo explicarse la súbita desaparición de ese periódico? Téngase en cuenta que ha servido a los

alemanes en México, no solamente para los fines de una inmediata propaganda, sino también para preparaciones comerciales futuras.

Que hay en México dos fábricas alemanas de papel y que todo el impuesto de guerra de las empresas alemanas se paga a la Legación para los gastos de la propaganda.

Sin la seguridad del peligro que empiezan a correr, los alemanes no suprimirían su periódico.

La política interior hecha por esa prensa, era idéntica a la usada por Austria en los ducados italianos antes de la unión de Italia. Como ningún hombre culto se prestase a servirlos, pues todos los que valen algo en las letras, en las ciencias, en los negocios o en la sociedad son adversarios de Alemania, usan instrumentos degradados, envalentonados por la posibilidad de ganar dinero. Así han hecho un periodismo escandaloso, vácuo, prosternado ante mediocres, idolatrando frases de relumbrón, mordiendo a todas las figuras superiores, ansiosos de un general aplanamiento y de empequeñecer toda grandeza moral; son audaces para ultrajar a los más patriotas, a los pensadores de talento y a los caracteres fuertes y valerosos. La gloria moral, literaria y científica es una necesidad fundamental para las naciones que desean no ser envilecidas. Los germanófilos no han representado nunca la opinión de los mexicanos; los germanófilos—en la prensa—no son sino una turba de famélicos y viciosos, codiciando fortuna sin ningún escrúpulo.

México ganará mucho en su tranquilidad, en su prosperidad material y en su prestigio moral, cuando haya cesado por completo la pérfida tarea de los alemanes dirigida constantemento a sacrificar los grandes intereses de tan bello país a sus propósitos particulares.

La certidumbre de la derrota ha llegado a los alemanes de México, antes que a los de otra parte; la supresión de su periódico es una señal evidente de que juzgan su causa perdida y se baten en retirada.

Nosotros lo celebramos por lo que tiene de elocuente en el día y por lo que representa para el futuro.

HASTA EL ULTIMO HOMBRE Y HASTA EL ULTIMO DOLAR

EL violento avance de Foch por los múltiples lados del gran frente occidental; la ruptura de la ponderada línea Hindemburg; la retirada de los alemanes abandonando prisioneros y pertrechos y la pérdida definitiva de un terreno que no será jamás recuperado, representan el resumen de la última semana.

Todavía falta mucho para que la Justicia redima al mundo del pecado alemán, pero en los Estados Unidos no hay ninguna prisa para concluir, ninguna esperanza de fin inmediato halaga al pueblo y al Gobierno; ya se sabe que la derrota de los aliados es imposible, pero, como eso no basta, se pretende que la victoria sea abrumadora e indiscutible. De nada serviría esfuerzo tan grande y tan enorme sacrificio, si el peligro hubiese de continuar amenazador y permanente. Es así como la ley de reclutamiento para el servicio militar fué aprobada por ambas cámaras del Poder Legislativo americano, incluyendo a los hombres de los 18 a los 45 años, con lo que se formará un ejército de 13 millones.

A la paciencia casi estóica con que durante el largo principio de la guerra el pueblo de los Estados Unidos sufrió la provocación de los alemanes, responde hoy la inusitada actividad con que contribuye al castigo de Alemania. La fuerte sensación

de la guerra conmueve al múltiple corazón del pueblo, y la ley de reclutamiento llamando a la puerta de todos los hogares plasma en el alma colectiva la consciente heroicidad necesaria a todas las empresas titánicas cuyo precio no es un mediocre beneficio inmediato ni la satisfacción de un hartazgo, hecho por el fuerte a su propio albedrío y único provecho. No. El triunfo no será eso, no debe ser eso, no puede ser eso. En esta lección, entrada con tanta sangre a la testarudés germana, el mundo ha ganado la consagración de principios jurídicos y morales que, a punto de naufragar, se han salvado por la intervención oportuna de los Estados Unidos.

Cuando todavía la impresión viva y fuerte del último reclutamiento embarga los ánimos, se anuncia la propaganda próxima para el cuarto empréstito de la Libertad.

Las privaciones de la guerra fueron recibidas con buena cara y sufridas con placer; el intenso reclutamiento de la nueva ley militar se admite con serena resignación y la llegada del futuro empréstito se espera sin ningún sobresalto y con plena confianza. El propósito americano se cumple; pelear hasta el último hombre y hasta el último dolar.

Espere el Kaiser en su alcázar de Postdam el victorioso avance de las tropas aliadas; mire con estupor la liberación de Francia, la redención de Bélgica y si su pueblo no le pide cuentas de la ruina económica de Alemania, *de los millones* de seres sacrificados en sus inútiles tentativas de do-

minación; si su pueblo no le exige una reparación completa por la vergonzosa pérdida de su prestigio mundial como pueblo laborioso y honesto, será la mano extranjera la que arranque de cuajo del reinado de Prusia y el imperio de la federación alemana a la familia de los Hohenzollern.

Los utopistas que intentaron borrar el concepto de la patria del vocabulario humano, fraternizaron con sus camaradas del imperio alemán hasta el día en que éstos fraternalmente les lanzaron descargas de gas asfixiante, torrentes de fuego líquido, demolieron sus templos y ametrallaron sus hospitales. Los *camaradas* alemanes confiaron en el veneno de sus disolventes doctrinas, que, si produjeron la defección rusa, fracasaron en las grandes democracias latinas e inglesas. Los *camaradas* alemanes han obedecido el mando de sus oficiales para la ejecución de las más criminales órdenes sin que ni siquiera por equivocación sus fusiles se volviesen contra la autoridad despótica que pisoteaba pueblos débiles, ensangrentaba ciudades indefensas, como burlaba todos los tratados y escarnecía todos los más elementales y sagrados sentimientos humanos.

Ya no puede confiar el emperador de Alemania en su superioridad numérica, en su larga y meditada preparación bélica, ni menos aún en el flaqueamiento en las filas de italianos y franceses minados por las prédicas y el canto de "La Internacional." La fuerza y la diplomacia alemanas han sido vencidas simultáneamente.

El contingente de sangre y de oro proporcionado

por el pueblo de los Estados Unidos merecerá la unánime aprobación de los historiadores.

En la actual contienda, donde la neutralidad moral es imposible, podrá haber quienes discutan las palmas de victoria y vacilen ante los triunfos de la estrategia militar, o las habilidades de las cancillerías y se pregunten como Norman Engels: "¿Quién gana al fin en las guerras?" Nosotros no debemos detenernos en esas disquisiciones y es al triunfo de un gran programa de reivindicación social al que ofrecemos entusiastas sufragios.

La guerra de los ideales estará ganada para el mundo independientemente de los vencedores y de los vencidos; los ideales civiles triunfarán al fin; porque "la Verdad, por ser la más poderosa, es la más temida de las fuerzas revolucionarias." Esto dice en su último escrito (mayo de 1918), el sociólogo José Ingenieros, y agrega: "Todos los que han pretendido mantener los 'intereses creados,' en cualquier tiempo y lugar, han temido menos a los conspiradores políticos que a los investigadores de la Verdad, porque la Verdad, pensada, hablada, escrita, enseñada, produce en los pueblos cambios infinitamente más profundos que los motines y las asonadas."

Vemos con júbilo que una autoridad intelectual del mundo moderno sustenta en el campo sereno de la especulación filósofica, la tesis que nosotros hemos defendido en la tribuna política y en el periodismo de combate. En ese mismo estudio, José Ingenieros hace su profesión de fé con relación a la guerra

europea; confiesa que si se tratara de una guerra militar entre Alemania e Inglaterra, su resultado le sería indiferente; pero, exclama:

"Considero un deber de lealtad repetir que mis simpatías en la gran contienda no pueden estar por el kaiser que a toda hora habla del derecho divino e invoca para sus ejércitos la protección de Dios, como en la Edad Media; mis simpatías acompañan a ese presidente yanqui que ha intervenido en la guerra en nombre de la democracia y del derecho, no para extender en el mundo el dominio de su pueblo, sino para defender en favor de todos los pueblos del mundo los ideales que han hecho la grandeza y la felicidad del propio. Mis simpatías no pueden estar por el gobierno de Austria, símbolo consagrado de obscurantismo y de espíritu feudal; no pueden estar por el gobierno de Turquía, que por siglos y siglos ha sido la mancha negra de la civilización europea. Ni pueden estar, en fin, por el monarca ficticio que desde el Vaticano teje incesantemente su telaraña sutil al servicio de los emperadores por derecho divino, sin haber encontrado todavía la palabra de excomunión definitiva contra todos los que siembran en el mundo la consternación y el exterminio. Mis simpatías están con Francia, con Bélgica, con Italia, con Estados Unidos, porque esas naciones están más cerca de los ideales nuevos y más reñidas con los ideales viejos."

Nadie teme ya en una estéril inversión de riqueza o un sacrificio excesivo de vidas; la victoria no admitirá consideraciones ni paliativos; Alemania

quedará derrotada en el interior y en el exterior hasta que su pueblo sea capaz de darse un gobierno respetuoso de los derechos humanos.

Foch telegrafió al Ayuntamiento de París: "Perseguiremos al enemigo implacablemente."

Wilson dijo: "Lucharemos hasta el último hombre y hasta el último dólar."

COMPRANDO EL CAMINO DE LA VICTORIA

RECUPERADO el saliente de Saint-Mihel por la gran ofensiva americana, las fortalezas de Metz han quedado bajo el fuego de los cañones yanquis.

Austria hace la sugestión de una conferencia de paz.

Bulgaria se declara fuera de la guerra.

Wilson afirma que "no habrá paz sin honor."

Los ingleses obtienen grandes triunfos en Turquía, cuyo ejército sufre enorme derrota.

Los Estados Unidos lanzan el cuarto empréstito de la libertad por seis mil millones de dolares, para comprar el camino de la victoria.

Tal es el resumen de la gloriosa semana de la guerra que del 18 de julio hasta fines de septiembre ha consistido en recuperar extensas zonas de territorio francés; hacer doscientos mil prisioneros y una enorme cantidad de cañones y material de guerra, solamente en el frente occidental.

Agréguense las victorias en Turquía y se verá cómo el camino de la victoria se está recorriendo a grandes pasos.

Cuando llegué a los Estados Unidos, en el mes de mayo, la Cruz Roja americana recibía un espontáneo subsidio de 170 millones, y solamente había pedido 100 y, en mi último mes en este poderoso

país, me toca la fortuna de observar la suscripción del cuarto empréstito de guerra, sin que el entusiasmo decaiga ni el interés disminuya.

En estos mismos artículos, no hace tres meses, insinuamos que cuando la última ofensiva de 1918, hecha por Alemania, fracasara totalmente, las proposiciones de paz hechas por los Imperios Centrales se iniciarían más o menos hipócritamente. Así es como el comunicado de Austria a los beligerantes dice mañosamente: "Sin optimismos debe deducirse de las declaraciones de los estadistas responsables, que es mejor obtener la paz por arreglo, que decidir la guerra por la fuerza de las armas exclusivamente." El mismo comunicado austriaco confiesa textualmente que: "Aunque una paz victoriosa acarreara buenas consecuencias, siguiendo tal política esas consecuencias serían fatales para todos los países de Europa."

Es decir, señores austriacos, que la Bélgica arruinada, la Francia empobrecida, la Italia puesta en armas y la gran democracia de los Estados Unidos, con sus aliados hispanoamericanos, montados en el corcel de guerra, deben dejar sin castigo a los culpables de este desastre mundial; deben levantar a sus heridos, enterrar a sus muertos, lamentar la pérdida de sus tesoros, el trastorno de sus industrias, los conflictos de su comercio, los claros en sus marinas mercantes, para exclamar después de una convención pacifista: "Aquí no ha pasado nada, señores"; como aquel ridículo personaje de la opereta.

El Secretario de Estado Americano, Mr. Robert Lansing, manifestó treinta minutos después de conocer la nota austriaca que el Gobierno de los Estados Unidos, repetidamente y con entera franqueza, ha especificado los términos en que tomará en consideración las proposiciones de paz que se le hagan, y no acogerá ninguna para conferencias que tengan por objeto tratar asuntos sobre los cuales el Gobierno ha definido claramente la posición y los propósitos de los Estados Unidos.

Alemania derrotada por las armas, espera todavía obtener ventajas con escaramusas diplomáticas.

Aquí tengo la satisfacción de agregar una anécdota vivida por mí. Yo conozco personalmente, desde México, a Su Excelencia el Almirante Von Hintze, Ministro de Relaciones Exteriores de Alemania. El dia 20 de julio de 1914, el general Victoriano Huerta había ya abandonado la República a bordo de un buque de guerra alemán. El soldado usurpador, asesino del Presidente y del Vicepresidente constitucionales de México, huía bajo la protección de la imperialista Alemania; eso era lógico.

Los diputados prisioneros acabábamos de salir a la calle y entonces el Sr. Ministro de Inglaterra nos invitó a una reunión en una casa particular, para que informaramos al cuerpo diplomático sobre si habría alguna forma de proteger de posibles desórdenes a la capital. Concurrimos. Estaba el Sr. Ministro inglés en compañía del Sr. Almirante Von Hintze, Ministro de Alemania. Era éste un hombre de mediana estatura, vistiendo un traje que en

Broadway llaman *sport,* y que en México nombramos *fifí.*" La chaqueta corta, ajustada a la cintura; el pantalón muy ceñido a la trasera. El Sr. Ministro hablaba en tono dulzón y acaramelado, con voz atiplada y mujeril. Cuando hubimos de explicarle que en nada podíamos intervenir los que estaban saliendo de la prisión, sin que fuese resuelto previamente por los que avanzaban del Norte con las armas en la mano, el Sr. Ministro dijo: "¿Pero por qué quieren Uds. acabar con la gloriosa casta militar, base y sostén de las sociedades; por qué razón proponen Carranza, Obregón, González y Alvarado la disolución del Ejército Federal?" Contestamos: "Porque dejó de ser el ejército nacional cuando apoyó usurpaciones, disolución de las Cámaras y asesinatos horrorosos, separándose de las leyes y del honor." El señor Ministro siguió afirmando que la única misión del ejército *es obedecer.* Le interrogamos: "¿Aún contra el pueblo y las leyes?"—Von Hintze dijo rotundamente: "Sí."

"Eso sucederá en Alemania—le argüímos—que en América el soldado es un ciudadano armado, su deber es el impuesto por la disciplina y la sujeción a un Gobierno que *él mismo se dá.* Si alguna vez Su Majestad el Kaiser obliga al ejército a proceder criminalmente, tal vez la Nación no lo consienta y el fenómeno que Ud. observa aquí se repetirá allá."

El Ministro sonrió despectivamente, se despidió zarandeando su cuerpo con donaire de bailarina, y nosotros entendimos que el mundo alemán nada

tiene de semejante con aquellos en que la Democracia impera.

Ahora el Ministro de Relaciones de Alemania, Von Hintze, está frente a frente de las cancillerías de los pueblos demócratas. ¿Podrá comprenderlas?

En su discurso, para abrir la campaña del Cuarto Empréstito, en el teatro Metropolitano de Nueva York, el Presidente Wilson dijo:

"¿Podrá permitírsele al poder militar de cualquier nación o grupo de naciones, determinar el destino de los pueblos, sobre los cuales no tienen derecho de gobernar, excepto el de la fuerza?"

"¿Podrán las naciones fuertes obrar libremente con las naciones débiles equivocadas, y hacerlas objeto de sus particulares miras e interses?"

"¿Podrán los pueblos ser gobernados y dominados, aun en sus propios asuntos internos, por la fuerza arbitraria e irresponsable, o por su propio gusto y elección?"

"¿Podrá haber una base común de derecho y privilegio para todos los pueblos y naciones, o podrán obrar los fuertes a su antojo y los débiles sufrirlo sin remedio?"

"¿Podrá concebirse la acepción del derecho, como alianza casual, o deberá haber un concierto común para obligar la observancia por todos de los derechos comunes?"

Yo afirmo que Su Excelencia Von Hintze no puede entender a Woodrow Wilson; viven en mundos intelectuales tan distantes como si fuesen interplanetarios. Von Hintze no comprende sino la voz

de los cañones; su aspecto afeminado es quizá reflexión de un espíritu empequeñecido por la servilidad autocrática de su país. Para hombres así, sólo hay una respuesta: la fuerza, la fuerza avasalladora e indiscutible.

Ellos aprenderán el brillante lenguaje de la Democracia, con el rudo abecedario de los cañones.

¡Que así sea!

Entretanto, el pueblo de los Estados Unidos suscribe su cuarto empréstito de seis billones de dolares, para que nada falte a sus soldados y a los de sus aliados en los frentes de batalla. Aquí se llama a ésto: Comprar el camino de la victoria.

Si el precio es caro, culpa será de Alemania; y fuera curioso que los réditos fuesen pagados por los agredidos y el agresor resultara impune.

QUE EL DESTINO SE CUMPLA*

ESTÁN recorriendo las calles de Nueva York los soldados *Bersaglieri;* la multitud los aplaude con entusiasmo como lo ha hecho a los regimientos franceses o a las tropas canadenses. La obra de Italia en la guerra ha quedado reconocida mundialmente como un justo y denodado esfuerzo en pro de los tratados legítimos y las aspiraciones de una paz honesta.

El tratado de la Triple Alianza, violado por Austria con su actitud en los Balcanes; el ultimátum de Austria a Serbia fué comunicado a Italia después de haberlo sido al Gobierno de Serbia y una de las cláusulas del tratado de la Triple Alianza era nada menos que en la cuestión de Oriente, cualquiera acción de una de estas potencias no se ejecutaría sin acuerdo previo entre ambas. Ahora bien, el equilibrio balcánico, era base de paz en Europa; la guerra de Austria a Serbia, sin contar con Italia era la ruptura de la Triple Alianza; así declaró Italia el 3 de mayo de 1915, fecha en que el barón Sydney Sonnino, Ministro de Relaciones Exteriores del Reino, hacía presentar en Viena la nota en la que decía:

"La alianza entre Italia y Austria-Hungría se estableció desde su origen como un elemento y una

*Más tarde, la gran ofensiva italiana recuperó de un solo empuje todo el territorio irredento.

garantía de paz y mirando en primer lugar como causa principal la defensa común."

"El Austria-Hungría desdeñando las obligaciones del tratado de alianza, alteró profundamente el *statu quo* balcánico y creó una situación de la que ella únicamente podía tener ventajas en detrimento de intereses de grandísima importancia que su aliada tanto había afirmado y proclamado."

Tal situación debía originar el rompimiento de hostilidades entre Austria e Italia y el 20 de mayo de 1915, el primer ministro italiano Antonio Salandra, pronunciaba en el Parlamento el discurso decisivo; dijo: "En el último período de 30 años Italia ha mantenido un sistema de alianza y de amistad dirigido principalmente al intento de asegurar mejor, de esa manera, el equilibrio europeo y con éste la paz."

Todos los partidos políticos y todas las clases sociales fueron llamadas al concurso patriótico que debía asegurar a Italia su posición de gran potencia en el Continente Europeo. El primer ministro terminó su discurso así: "Ninguna otra cosa debemos ahora discutir para pensar en una sola: ser todos italianos, amar todos a Italia, con la misma fé y con el mismo fervor. Las fuerzas de todos sumadas en una sola; el corazón de todos palpitando en un solo corazón; una voluntad única y unánime guiada hacia la meta deseada; y fuerza, corazón y voluntad encontrando su expresión—viva y heróica—en el ejército y la armada de Italia, en el campo que conduce directamente al destino de la nueva historia."

Comunicada la decisión de Italia al Emperador de Austria, éste lanzó una proclama al pueblo acusando de traición al Rey Victor Manuel III. "El enemigo del Sur—decía la proclama de Francisco José—, no es un enemigo nuevo; los grandes recuerdos de Novara, Mortara, Custoza, Lissa, forman el orgullo de mi juventud." Y agregaba: "Que el destino se cumpla."

La Italia en la guerra, Francia pudo salvar a París, desguarneciendo la frontera italiana para enviar tropas a la batalla victoriosa del Marne. Si bien, hasta el día, no se pueden señalar éxitos decisivos de parte de Italia en las ofensivas aliadas, el hecho de obligar a la armada de Austria a la inmovilidad en el más importante de los frentes basta para dar a Italia singular importancia desde el punto de vista militar.

Austria, fanática y dominadora, de legendaria crueldad, cuyas torturantes prisiones hemos leído en Silvio Pellico, será esta vez una de las primeras potencias derrotadas. Ya la prensa publica nuevas insinuaciones pacifistas, propuestas por los representantes socialistas en la Cámara de Diputados; ellos quieren que la paz se firme sobre las bases siguientes:

Creación de la Liga de las naciones.

No indemnizaciones de guerra.

No anexiones.

Restauración de Serbia, Montenegro y Bélgica.

Revisión de los tratados de Bucarest y Brest-Litovsk.

Arreglo de las cuestiones políticas, por congresos constituyentes.

Autonomía de cada nación de las que forman Austria Hungría.

Muy bien; pero completa integridad italiana, también; restitución a Italia del Triestini, Istriani, Trentini y Dalmati. Que todos los pueblos oprimidos canten el himno de la Libertad al fin de esta horrible contienda.

Que los *bersaglieri* que hoy recorren Nueva York, ungidos por el aplauso de la babilónica ciudad, desfilen pronto, en Trieste.

Que Italia, la que fué llamada "país de los muertos," consagre su fama en una victoria para la que la fuerza, el corazón y la voluntad de todos los italianos, se unió en una sola y noble aspiración.

Que el destino se cumpla.

EL TRIUNFO DE LA DEMOCRACIA

CUANDO este libro queda en poder de los editores y el autor está listo para tomar el tren que lo conducirá a su patria, la victoria ha sido asegurada para la democracia del mundo. Alemania ha convenido en aceptar la condiciónes de paz fijadas por el Presidente Wilson. Bulgaria, Turquía y Austria vencidas militarmente, la suerte de Alemania está en las manos de los poderes aliados. Reproducimos de "La Reforma Social" que las publica, bien traducidas, las siguientes Condiciones de Paz del Presidente Wilson:

Son veintitrés los puntos que constituyen el programa de paz del Presidente Wilson, aceptados en su totalidad por Alemania y por Austria "como base de negociación de la paz," en las proposiciones que individualmente han dirigido a los Aliados. Estos puntos han sido proclamados en tres distintas ocasiones, los catorce primeros en un discurso ante el Congreso el 8 de enero, 1918; los cuatro subsiguientes también ante el Congreso el 11 de febrero del mismo año; y los cinco restantes el 27 de septiembre en un discurso en Nueva York.

Las condiciones proclamadas el 8 de enero son las siguientes:

I. Publicidad de los tratados de paz, publicidad de las negociaciones que conduzcan a dichos tratados, después de los cuales no debe haber convenios

internacionales privados de ninguna clase, sino que la diplomacia habrá de proceder siempre francamente y a la vista del público.

II. Libertad absoluta de navegación de los mares, fuera de las aguas territoriales, lo mismo en paz que en guerra, excepto en los casos en que los mares sean cerrados total o parcialmente por acción internacional con el objeto de imponer el cumplimiento de tratados internacionales.

III. La remoción, en cuanto sea posible, de toda barrera económica, y el establecimiento de la igualdad de condiciones comerciales entre todas las naciones signatarias de la paz y asociadas entre sí para su mantenimiento.

IV. Adecuadas garantías de que los armamentos nacionales serán reducidos al más bajo grado consistente con la seguridad doméstica.

V. Libre, amplio y absolutamente imparcial arreglo de todas las cuestiones coloniales, basado en la estricta observancia del principio de que en la determinación de todas las cuestiones de soberanía, el interés de los pueblos debe tener igual peso que el de las equitativas demandas del Gobierno cuyos títulos van a ser decididos.

VI. La evacuación de todo territorio ruso y el arreglo de todas las cuestiones relativas a Rusia en una forma que asegure la mejor y más libre cooperación de las otras naciones del mundo en la consecución para Rusia de una oportunidad sin trabas para la independiente determinación de su propio desarrollo político y de su política nacional, asegu-

rándole una sincera acogida en la sociedad de naciones libres bajo instituciones de su propia elección; y no sólo acogida, más aún, todo el apoyo que ella pueda necesitar y esté dispuesta a aceptar. El tratamiento acordado a Rusia por sus hermanas las otras naciones en los meses venideros será la piedra de toque de su buena voluntad, de su comprensión de sus necesidades, separadamente de sus propios intereses, y de su inteligente y generosa simpatía.

VII. Bélgica, el mundo entero estará de acuerdo, debe ser evacuada y restaurada, sin tentativa alguna de limitar su soberanía, que ella posee en común con todas las naciones libres. Ningún otro acto servirá como éste para restablecer la confianza de las naciones en las leyes que ellas mismas han creado y determinado para el gobierno de sus relaciones entre sí. Sin este acto reparador la estructura toda y la validez del derecho internacional quedarán para siempre destruidas.

VIII. Todo territorio francés debe ser libre y restauradas las porciones invadidas, y la iniquidad cometida contra Francia por Prusia en 1871 en la cuestión de Alsacia Lorena, que ha perturbado la paz del mundo por cerca de cincuenta años, debe ser reparada, a fin de que la paz pueda otra vez ser estable en interés de todos.

IX. Una rectificación de las fronteras de Italia debe verificarse conforme a líneas claramente reconocibles de nacionalidad.

X. A los pueblos de Austria Hungría, cuyo

puesto entre las naciones deseamos ver asegurado y garantizado, debe proporcionárseles la más amplia oportunidad de desarrollo autonómico.

XI. Rumania, Serbia y Montenegro deben ser evacuados; restaurados los territorios acupados; y debe acordarse a Serbia libre y seguro acceso al mar; y las relaciones entre los Estados balcánicos deben ser determinadas por consejo amistoso en el sentido de vínculos de fidelidad y de nacionalidad históricamente establecidos; y deben concertarse garantías internacionales de independencia política y económica y de integridad territorial de los Estados balcánicos.

XII. Las porciones turcas del actual imperio otomano deben gozar de una firme soberanía; pero las otras nacionalidades que están hoy bajo la dominación turca deben obtener una indudable seguridad de vida y una oportunidad absolutamente tranquila de desarrollo autonómico; y los Dardanelos deben ser permanentemente abiertos como un pasaje libre para los barcos y el comercio de todas las naciones bajo garantías internacionales.

XIII. Una Polonia independiente como Estado, debe ser creada, abarcando los territorios habitados por poblaciones indisputablemente polacas, con firme y seguro acceso al mar, y cuya independencia política y económica e integridad territorial, sea garantizada por convenio internacional.

XIV. Una sociedad general de naciones debe formarse por tratados específicos, con el propósito de crear mutuas garantías de independencia política

e integridad territorial lo mismo de los grandes que de los pequeños Estados.

Los cuatro puntos del 11 de febrero son:

Primero.—Que cada cláusula del arreglo final sea basada en la justicia esencial de ese caso particular, constituyendo una solución la más apropiada para crear una paz que sea permanente.

Segundo.—Que pueblos y provincias no sean objeto de tráfago entre soberanías cual si fuesen bienes muebles o piezas de un juego, aun el gran juego, para siempre desacreditado, del equilibrio del poder; sino que

Tercero.—Todo arreglo territorial resultante de esta guerra debe ser hecho en interés y para beneficio de los pueblos a quienes concierne, y no como parte de una mera transacción de pretensiones entre Estados rivales; y

Cuarto.—Que toda bien definida aspiración nacional reciba la mayor satisfacción que pueda ser acordada sin introducir nuevos o perpetuar viejos elementos de discordia y antagonismo que puedan en lo futuro romper la paz de Europa, y por consiguiente del mundo.

En su discurso del 27 de septiembre, en el Teatro Metropolitano de la Opera, en Nueva York, el Presidente Wilson expuso como principios contentivos de la interpretación del deber del Gobierno americano con respecto a la paz, los siguientes:

Primero.—La imparcial justicia que se imparta no debe admitir distinción entre aquellos con quienes deseamos ser justos y aquellos con quienes no de-

seamos serlo. Debe ser una justicia sin favoritos, que no conozcan otra norma que la igualdad de derechos de los diversos pueblos interesados.

Segundo.—Ningún interés especial o separado de una nación, o un grupo de naciones, no compatible con el interés común de todas, podrá servir de base a parte alguna del tratado de paz.

Tercero.—No podrá haber ligas, o alianzas ni especiales convenios y entendidos dentro de la familia general y común de la Liga de Naciones.

Cuarto.—Y más específicamente—no podrá haber especiales y egoistas combinaciones económicas dentro de la Liga, ni podrá hacerse uso de forma alguna de coalición (boycott) económica, o exclusión, desde que el poder de imponer penas económicas por exclusión de los mercados del mundo puede ser atributo de la propia Liga de Naciones como un medio de disciplina y control.

Quinto.—Todo convenio y tratado internacional, cualquiera que sea su índole, debe ser hecho del dominio público en toda su integridad.

Proclamada universalmente la aceptación de las condiciones propuestas por el Presidente Wilson para lograr la paz del mundo, considero que el triunfo de la democracia es ya un hecho conquistado con el sacrificio de preciosas vidas y grandes intereses; pero que dificultará a las grandes potencias vivir con desprecio a las leyes humanas y los derechos de los pueblos débiles.

Noviembre 2—1918.

APÉNDICE

VIDA DE FELIX F. PALAVICINI

Nació en Tabasco, México, de padres mexicanos, en marzo de 1881.

En 1906 desempeñó una misión pedagógica del Gobierno Mexicano en Francia, Bélgica, Suiza e Italia.

De 1911 a 1912 fué director de la Escuela Industrial de Huérfanos, en la ciudad de México.

En 1912 fué electo diputado por Tabasco a la XXVI legislatura del Congreso General, la que fué disuelta por Victoriano Huerta, sufriendo por este motivo el Sr. Palavicini una larga prisión.

De agosto de 1914 a septiembre de 1916 fué encargado del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, en el Gobierno del Presidente Carranza.

En 1917 representó al Distrito Federal en el Congreso Constituyente de Querétaro, donde hizo la defensa de la libertad de enseñanza y la libertad de conciencia.

De octubre de 1916 a abril de 1918 fué director y gerente del importante diario de la ciudad de México, "El Universal," del cual había sido fundador.

El Sr. Palavicini es: socio con título honorario de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística; socio de L'Alliance Scientifique Universelle; de la Sociedad Indianista Mexicana, y de la sociedad italiana Dante Alighieri.

En abril de 1918 S. M. el Rey de Italia le confirió el nombramiento y la condecoración de Comendador de la Corona de Italia, que tiene el trato protocolario de "ilustrísimo."

LIBROS DE FELIX F. PALAVICINI

PRO-PATRIA.—Apuntes de Sociología mexicana, publicado en 1904.

LAS ESCUELAS TÉCNICAS.—En Francia, Bélgica, Suiza, Italia y Japón. Impreso en 1908.

LA CONSTRUCCIÓN ECONÓMICA DE ESCUELAS.—Edición hecha en 1908 por la Sociedad mexicana de Geografía y Estadística.

PROBLEMAS DE EDUCACIÓN.—Estudios pedagógicos editados por F. Sempere y Cía., de Valencia, España, en 1912.

LOS IRREDENTOS.—Narraciones sobre el proletariado profesional, publicado en 1911.

LOS DIPUTADOS.—Dos volúmenes sobre la historia de la XXVI Legislatura Mexicana. Primera edición impresa en 1913, y segunda edición en 1916.

UN NUEVO CONGRESO CONSTITUYENTE.—Artículos publicados en la prensa revolucionaria de Veracruz, segiriendo la convocación de un Congreso Constituyente, que dió orígen al de Querétaro de 1917.

EL PRIMER JEFE.—Compilación biográfica de don Venustiano Carranza.

LA PATRIA POR LA ESCUELA.—Artículos y discursos pedagógicos. 1917.

PALABRAS Y ACCIONES.—Artículos y discursos políticos. 1917.

LA DEMOCRACIA VICTORIOSA.—Crónicas de Broadway sobre la guerra mundial. 1918.

Carta del Señor Ministro de Francia en México:

Mexico, le 24 Avril, 1918.

Legation de France
Senor Ingeniero Don Felix Palavicini,
New York City.

Cher Monsieur:

Au moment où vous quittez la direction de "El Universal" je tiens a vous dire tout le regret que j'eprouve de voir partir avec vous le publiciste distingué qui pendant 2 années avait fait de ce journal le défenseur des droits et de l'idéal dont les Alliés sont actuellement les champions dans le monde.

Votre plume nous fera grandement défaut a Mexico quand il s'agira de faire connaitre au public la verité en face des calomnies d'une partie de la presse vendue aux Allemands.

Je souhaite vivement que de la terre de liberté choisie par vous comme lieu d'exil, vous puissiez continuer la lutte entreprise pour les principes qui vous sont chers et pour lesquels meurent en ce moment sur le sol Français tant d'hommes de tous les pays épris de justice et de liberté.

Je vous remercie profondément pour le concours généreux avec lequel vous avez défendu notre cause dans "El Universal," et je vous prie, cher Monsieur, d'agréer l'assurance de ma haute consideration et de mes sentiments dévoues.

L. Dejean.

Carta de Jean Richepin de la Academia Francesa:

Traducción:

"Paris, Jueves 16 de octubre de 1917.

Señor:

He seguido con el más grande interés la campaña que habéis hecho en "El Universal" en favor de un acercamiento entre nuestros dos países, para que llegue a la unión perfecta, con la cual deben beneficiarse mutuamente. ¿Nuestras razas no son hermanas, hijas del mundo latino? Luchando por nuestro ideal, vosotros marcháis hacia el vuestro; en consecuencia ambos no podemos sino ganar caminando juntos, mano a mano.

Permitidme, señor y estimado colega, dirigiros mis agradecimientos más cordiales y adictos.

JEAN RICHEPIN.
(De la Academia Francesa)

Al Sr. Ing. D. Félix F. Palavicini."

Carta del Consultor de la Embajada inglesa en Washington:

June 18, 1918.

My dear Señor Palavicini:

Many thanks for your letter of yesterday's date in which you forward me a copy of the letter from my good friend M. Dejean, the French representative in Mexico, bearing witness to the good work you have done in the cause of the Allies in Mexico during the last two years.

It gives me a peculiar pleasure to endorse his words and to express to you my deep appreciation of the courage, loyalty, and patriotism with which you have consistently upheld those principles which experience has shown me are truly dear to the Mexican people, the principles of justice, liberty and independence, however much many organs of the Mexican press seduced by German gold have sought to propagate very different ideals.

Your work surely has not been in vain and though hostile intrigue has driven you from your native land, still you have the solid satisfaction of knowing that you have the approval of all good men and of your own conscience.

Yours sincerely,
(Signed) T. B. HOHLER.

Carta del Comité de Información inglesa en México:

Mexico, April 26, 1918.

Mr. Felix F. Palavicini,
Mexico, D. F.

My Esteemed and Distinguished Friend:

Permit me to send my most sincere words of condolence for that which has happened to the monumental

work that you have succeeded in accomplishing. I truly hope it will not be long before we shall again have a journey under your direction, of equal fame as the one which you have just left.

Allow me to extend to you my deepest gratitude for all the work you have done in behalf of the Allies.

We shall feel keenly the absence of our good friend, in the daily struggle which we must sustain with our enemies and the partial neutral.

Wishing you a happy journey and all kinds of prosperity, I beg to remain, dear friend,

Very sincerely yours,

(Signed) P. S. Clifford.

Carta del Comité Americano de Información en México:

Mexico, April 25, 1918.

Mr. Felix F. Palavicini,
Mexico, D. F.

My dear Mr. Palavicini:

It is perhaps unnecessary for me to express my regrets at the action taken by you in severing your connections with "El Universal."

As a journalist, I am in a position to appreciate some of the difficulties which confronted you in establishing your newspaper; and of the full measure of success, from a journalistic standpoint, which rewarded your earnest, intelligent and indefatigable activities.

Your removal, which I trust may be only temporary, from the journalistic field in Mexico, is greatly to be deplored from every standpoint.

As an American, as an earnest sympathizer and supporter of everything which my country and the Allies stand for, and are fighting for, in this war, it is impossible for me to regard your loss as a champion of the right cause, with indifference.

I know of no man in Mexico who has fought more valiantly and effectively for what he has believed to be right, not only from the standpoint of the nations that are warring against Germany, but also for the interests of his own country.

A measure of reward must come to you, I am sure,

from the consciousness of having well performed your duty, as a journalist, a statesman and a patriot.

You will permit me, I trust, to extend to you every good wish for the future happiness and prosperity of yourself and your esteemed family.

Believe me, my dear Mr. Palavicini, with every expression of my most profound consideration,

Most sincerely yours,
ROBERT H. MURRAY.
(Head of Mr. Creel's Office in Mexico.)

Nota oficial del Ministro de Italia en México:

REGIA LEGAZIONE D'ITALIA MESSICO

Messico, 1 luglio 1918.

ILLMO SIGNORE,

Non avevo mancato di signalare a piú riprese al Regio Governo le prove di amicizia e di simpatia verso l'Italia che la S. V. Illma, memore sempre della Sua origine italiana, aveva dato e come Ministro della Istruzione Publica in uno dei primi Gabinetti del Presidente Carranza e ancor piú come fondatore e direttore dell'auterorevole e diffuso "Universal."

Ho ora l'onore e il piacere di informarLe che Sua Altezza Reale il Luogotenente Generale di Sua Maestá il Re, accogliendo la proposta fatta a mia domanda del Ministro degli Affari Esteri, si é degnato conferirLe il grado di Commendatore dell'Ordine Reale della Corona d'Italia.

Mi pregio rimetterLe qui unite le insegne di tale onorificenza insieme alla lettera di partecipazione di Sua Eccellenza il barone Sonnino, Ministro degli Affari Esteri; mentre mi riservo farLe pervenire in seguito il relativo diploma.

Mentre Le offro le mie piú vive felicitazione per la lusinghiera distinzione onorifica, La prego di gradire, Illmo Signor Commendatore, gli atti della mia piú al alta considerazione.

(F) ALBERTO MARTIN FRANKLYN,
Il Ministro di Sua Maestá.

Illmo Signore
il Comm. Ing. Felice Palavicini,
Nuova York.

El señor Palavicini, es nombrado Comendador de la Corona de Italia. *Comunicación del Ministro de Relaciones:*

MINISTRO DEGLI AFFARI ESTERI

Roma, 22 Aprile 1918.

ILLMO SIGNORE,

Mi e grato di annunziarle che S. A. R. il Luogortenente Generale di S. M. il Re, in virtu dell'autorita a lui delegata, ha firmato, sulla mia proposta, nell udienza del giorno 11 Aprile 1918 il Decreto col quale la S. V. e' nominata Commendatore dell'Ordine della Corona d'Italia.

Qui ne unisco le insegne riservandomi di farle pervenire a suo tempo il relativo diploma magistrale.

Nel congratularmi con Lei por la conseguita onorificenza, colgo l' occasione per offrirle gli atti della mia distintissima considerazione.

(F.) SONNINO.

Al Signor
Ing.re F. Palavicini
Messico

NO PUEDE HABER SONORIDAD RELLENA

POR VICENTE SAENZ

La que encabeza estas líneas es una ley de Física, simple, elemental, que muy bien podría aplicarse a las condecoraciones. . . . Ellas . . . , son demasiado sonoras: es decir, que son huecas según la ley citada.

Los títulos honoríficos no dicen, no pueden decir nada de la vida de un hombre, de sus luchas, de sus amarguras, de la entereza de su carácter, de su valor íntimo y verdadero. Son como las flores que, llenas de aroma, cubren la fosa en que se pudre y se corrompe un cuerpo humano.

A muchos de nuestros condecorados, "prohombres" de la América Hispana, no he logrado verles más que la cúspide adornada de cintajos; y de sus labios tan sólo he podido oír un ruido muy semejante al que se produce

es esas hondas y obscuras tumbas de nuestros cementerios. Una gran sonoridad destemplada que, en combinación con el *auto y mutuo-bombo* de que suelen hacer gala, resulta una sinfonía en *do mayor* que no hay quien sea capaz de resistirla.

Razón por la cual al periodista de fama Félix F. Palavicini, autor de varios libros, exministro, exdiputado, Comendador de la Corona de Italia, miembro de diferentes asociaciones y otras muchas cosas más, no habría podido aquilatarle—a pesar de todos sus diplomas tan ruidosos y sonoros—si no hubiese tenido la grata ocasión de conocerle y de tratarle repetidas veces.

Félix F. Palavicini vale por sí mismo. Su más brillante cualidad estriba en el hecho de diferenciarse profundamente de los otros "ilustrísimos" que pueblan las regiones comprendidas entre el Río Grande por el Norte y la Tierra del Fuego por el Sur.

¡Periodistas y escritores los tales, serviles en su gran mayoría, manejadores impúdicos del mal oliente pebetero en que se quema el hediondo incienso de la más vergonzosa de las adulaciones y del más descarado de los cinismos! "¡Prohombres" venerandos que ni piensan ni vacilan ante el crimen: obedecen, estiran a continuación la mano pedigüeña, y se refocilan luego a sus anchas llenándose la tripa sin reparo alguno!

El mérito de Félix F. Palavicini no es ser periodista, ni ser escritor, ni llevar el título de Comendador de la Corona de Italia: que escritores, periodistas y condecorados hay muchos. . . . El mérito de este señor Don Quijote, nervioso y pálido, es ser hombre de idea, luchador enérgico que sabe defender y defiende sus principios.

Su último libro, "La democracia victoriosa," próximo a publicarse, es de ello prueba evidente. Lo he leído, lo he saboreado. Contiene una serie de artículos en relación con la guerra, los Estados Unidos e Iberoamérica; presenta ideas nuevas, bien definidas; esboza problemas de gran interés para nosotros, hispanoamericanos.

Ya en su patria, México, estas mismas ideas habíanle acarreado grandes dificultades y persecuciones. ¡Vanos enconos! . . . Se le ataca, se le persigue, se le toma preso. . . . No importa: él continúa sobre la marcha, decididamente, sin vacilaciones.

Es un faro . . . : Fíjese en él la juventud de América.

VICENTE SÁENZ.

(De "Crónicas y Semblanzas.")

UN NUEVO LIBRO DE FÉLIX F. PALAVICINI

El señor Félix F. Palavicini, actualmente residente de esta ciudad, prepara la publicación de su octavo libro intitulado "La Democracia Victoriosa," prologado por el doctor Orestes Ferrara, director de "La Reforma Social" y autor de "Causas y Pretextos de la Guerra Europea."

"La Democracia Victoriosa" lo forman unas cuantas crónicas de Broadway escritas en esta ciudad a propósito de la guerra.

La carátula del libro ha sido dibujada por un artista americano y simula un gorro frigio.

El autor de este libro es uno de los jóvenes más trabajadores e inteligentes de la República mexicana. Es infatigable. No conoce el reposo. Ocupado siempre en algo útil a su tierra o a las tierras hispanoamericanas, no omite medios en servirlas con sus producciones útiles y bellas, escritas en sencillo lenguaje, sin literaturas ni complicaciones filosóficas, a fin de hacerse entender del pueblo y que el pueblo siga los caminos claros que su pluma les traza.

Periodista de combate, doctrinario, valeroso, digno, sabe en las horas de prueba asumir las actitudes nobles y resueltas de los hombres de carácter. No pierde nunca la serenidad que le caracteriza. Nada le hace volver atrás. Ni las amenazas de los poderosos, ni las calumnias de sus enemigos.

Su nuevo libro será leído con amor por todos aquellos que en esta hora grave siguen a pie junto los éxitos de la causa que en el mundo defiende los principios en que se funda la libertad humana.

F. M. C.

("La Prensa" de Nueva York)

EPÍLOGO

MUCHO se puede decir de este mexicano de apellido itálico, altivo y agudo como aquellos sus antecesores que ha un siglo penetraran en la selva tabasqueña. Mucho se puede decir, porque Palavicini no ha llegado en su tierra a lo que es y a lo que significa, a ser tipo representativo de ese linaje de hombres que revientan dentro del término medio, por el solo hecho de haber sido un demoledor que se adueña de los escombros, un rebelde con buena fortuna; mucho se puede decir, porque Palavicini es ya hoy, antes de los cuarenta años de una vida que es un vero romance, el hombre público que más apasiona a sus paisanos; mucho se puede decir, pero no ha llegado todavía lo hora oportuna de lanzar la última palabra sobre este hombre que nació para irritar a los necios y enamorar a los quc luchan por hacer efectivos los ideales que el buen Sancho llama utopías.

Por eso yo no he de hablar ahora—como ya lo hice una vez, haciendo oir mi voz a toda la América—del oposicionista que bate a Don Porfirio en la única prensa libre que surge en México antes de la caída del santón, ni del diputado renovador que clama contra la orgía huertiana, ni del recluso de la Penitenciaría que prefiere la muerte a la claudica-

ción, ni del Secretario de Instrucción Pública que ampara y eleva al maestro, ni del fundador de "El Universal" que hace efectiva entre sus subalternos, antes que el Congreso, la ley de Querétaro que socializa las ganancias; ni quiero hablar del legislador que sale airoso de toda perfidia, ni del periodista que flagela a los engreídos, ni del sociólogo que combate las castas de los militares que se arrogan preeminencias políticas, ni del estadista que sabe ver claro en el porvenir de su nacionalidad, ni del juvenalesco autor de "Palabras y Acciones," ni del ciudadano que alcanza el patriciado en pleno brío de juventud, ni del político de partido que abomina de la deslealtad, ni del hombre llano y franco que tiene por amigo a todo el que lo ha conocido de cerca.

Prescindo de todos esos aspectos, porque quien está de paso en esta vorágine que se llama New York tiene que hacerlo todo a escape, entre el "subway" que no espera y el "business man" que empuja, cerca de una estufa que vomita soplo de fuego y bajo el resplandor de una luz siempre artificial.

Prefiero, antes que miniaturizar la singular figura de este mexicano neto que ya está embalando su equipaje para regresar de nuevo junto a sus "indios," hacer ahora una síntesis de su labor como aliadófilo, que ha sido seguramente, aunque el mismo Palavicini no lo crea, el cúlmen de su apostolado de las buenas causas. Apóstol ha sido él, ciertamente, pero nunca de su personal interés, de su personal conveniencia, de sus personales miras: de ahí que sea tan intensa la llamarada de ideal que brota de

su personalidad y que brilla, siempre ardiente, en todo cuanto piensa y en todo cuanto dice y en todo cuanto hace.

De la biografía de Palavicini yo quiero escribir nada más que una página, pero ésta vale, aislada y escueta, por toda una total biografía.

Para dar a conocer ciertos hombres a veces sólo basta una anécdota.

Cuando Palavicini fundó "El Universal"—que fué bajo su dirección una de las grandes publicaciones del diarismo ultramoderno—ya Europa daba al mundo el espectáculo de su desangre. Germania triunfaba entonces, en la avalancha de su soldadesca que iba camino de las puertas de París. Bélgica aplastada aunque no sometida, los mares pirateados por los submarinos, amenazada Inglaterra de un bombardeo aéreo, Rusia tambaleante, muy cerca Venecia de la codicia austriaca, los musulmanes empeñados en una guerra santa, el rey búlgaro árbitro de los Balkanes, los Estados Unidos aún indecisos y toda la América espectante, sin comprender que cierta neutralidad llega a veces a ser complicidad, no se admiraba en ese momento sino el heroísmo de los aliados, que parecía inútil, y la fiereza sanguinaria de los hunos, que se pavoneaban como si ya fueran los vencedores del mundo. Pero Palavicini no creyó nunca en el triunfo de los estupradores de Bélgica, de los lobos que aullaban al sentir tan de cerca una ciudad por ellos tan codiciada y abominada y que por ellos había sido ya una vez sitiada y rendida. Y aun cuando hubiera creído en

ese triunfo, Palavicini, que lleva apellido italiano, que ama a la Francia porque ha vivido en ella, que siente y piensa como latino que es, no habría nunca usado su pluma en pro de la causa de la brutalidad que destroza y de la fuerza que viola. Confortado por el genio latino, tan claro y tan vidente, Palavicini no podía aventurarse entre las nebulosidades germánicas, so pena de llegar a confundir y desnaturalizar la exacta visión de la verdad. Palavicini, como buen ingeniero, sabe lo que es una línea recta; y nunca será capaz de sostener—como lo haría cualquier alemán—que una recta se parece mucho a una curva.

Rechazando siempre la posibilidad del triunfo alemán, negando siempre la superioridad teutona, condenando siempre la bestialidad de los hunos, Palavicini fue aliadófilo cuando Alemania parecía ser la vencedora. ¿Y por qué fué aliadófilo así, de manera tan rotunda y decidida, dentro de un ambiente nacional que en nada se mostraba propicio a simpatizar con la buena causa? Fué así, porque para él toda creencia a la que dá por entero su fe no es un sentimiento tibio y acomodaticio: y cuando dice "creo" es porque está dispuesto al sacrificio antes que a la renegación. Por eso fué aliadófilo: porque creyó que aquella que hacía suya, lo mismo vencedora que vencida, era la buena causa. Y en "El Universal" sonó el clarín del optimismo mucho antes de que los Estados Unidos dieran sus billones para comprar el camino de la victoria, mucho antes de que los italianos se rehicieran de su primer desastre,

mucho antes de que Inglaterra robusteciera su "despreciable ejército," mucho antes de que en Austria-Hungría los pueblos opresos clamaran por su independencia, mucho antes de que casi toda la América se avergonzara de su neutralidad, mucho antes de que en los mares el submarino dejara de ser tan pérfido como la onda, mucho antes de que Foch, en la alborada de la derrota definitiva, emprendiera su ofensiva de titanes. Palavicini, como no se engañó nunca, nunca titubeó.

Y mientras en los frentes y en los mares y en los aires los aliados se batían con sus armas, él, sin casco y sin coraza, se batía en México con su "Universal." En esa batalla sin trinchera librada a campo abierto, Palavicini corría tanto riesgo como un "poilu," como un "tommie," como un "sammie": éstos se parapetan contra la metralla explosiva, y aquél se exponía al asesinato perpetrado en la sombra. Muchas veces ha pasado cerca de él la muerte, ya en el puñal de un facineroso, ya en el rifle de un matachín. No ha caído porque su patria lo necesita. Los grandes hombres pueden malograrse de por sí, pero nunca son sus pueblos los que los sacrifican.

"El Universal," desde el dia de su aparición, fué el primer diario de México, a la vez que se igualaba a los mejores de ambos mundos. Su influencia en la opinión pública era decisiva, y pudo más su campaña aliadófila—hecha por propia cuenta—que todo el oro alemán gastado en una propaganda intensísima, que por igual compraba conciencias de políticos y plumas de periodistas. Llegó "El Univer-

sal" a ejercer tal influjo en la opinión, que alguien del mismo gobierno neutral que hoy existe en México llegó a decir: "Palavicini pesa más ante el pueblo que nuestro mismo Gobierno." . . . Esa frase condensa, por sí sola, toda la significación que llegó a adquirir en su patria este mexicano de apellido itálico, que tiene por igual, de las dos castas mezcladas en su ancestro, la acometividad y la resistencia, el donaire y la mueca, la fuerza del ideal y el conocimiento de las realidades de carne y hueso, la elevación de pensamiento y el estoicismo inmutable.

En México llegó a haber dos partidos indisciplinados, pero cada uno de ellos poderoso: de un lado los situacionistas, adeptos a un gobierno constituído pero no sólidamente cimentado, de otro lado los militares germanófilos y anti-americanos, y, frente a ellos, Palavicini: él solo, porque allí la propaganda aliadófila ha carecido siempre de cohesión y la simpatía proaliada ha sido no más que vagamente platónica. En torno de estas opiniones encontradas los acontecimientos tenían que precipitarse, naturalmente. Palavicini se vió amenazado, perseguido, injuriado; sus palabras doctrinarias se impugnaban con insultos, su prédica desinteresada tenía por coro el ladrido de los perros a quienes se pagaba para que ladrasen fuerte, siempre más fuerte. Creada esa situación, de la que se hizo solidaria la prensa gobiernista arreciando hasta lo insensato la injuria y la calumnia, no era por cierto Palavicini quien iba a hundirse en el lodo que le

arrojaban a manos llenas sus adversarios difamadores. Antes de que se le creyera desdeal a su amigo el Presidente de la República, e incapaz por otra parte de rendir sus armas y darse por vencido, todo México supo, el 25 de abril de este mismo año, de su brusca retirada de una liza donde sólo podia contender con gente ruín vendida al oro alemán, con patrioteros que se han dedicado profesionalmente a explotar los disparates de un chauvinismo sin seso. Fué entonces cuando dijo, después de lamentarse de la imposibilidad de levantar el nivel moral de una prensa que a sí misma se hundía más y más en su incontenible desvergüenza: "He cumplido con mi deber, tengo tranquila mi conciencia de político leal a los principios, sincero con mis amigos, viril, sin fanfarronería, con mis enemigos, y dispuesto a toda resignación de fuerza, de interés y de conveniencia ante la salvación de la patria. He dado mis opiniones en voz alta y a pie firme; pero si con la vieja costumbre mexicana no quiere admitirse en nuestra sociedad más que amos y siervos, yo no pretendo incrustarme en el tren completo de ninguna oligarquía y mucho menos acepto uncirme al repugnante carro de la servilidad. He querido ser un amigo del señor Presidente de la República, respetándolo como tal y esperando merecerle debida correspondencia. Algunos de los hombres que lo rodean, o quizá circunstancias que no pueden concretarse, me impiden seguir en el periodismo, haciendo una obra benéfica para la patria; y antes de mojar mi pluma para combatir al señor Carranza

prefiero romperla, que al fin no ha sido mi lucha periodística ni de dulce halago ni de muelle reposo. Y al dejar a los hombres públicos por un lado y a los periodistas mercenarios por el otro la responsabilidad completa de sus actos ante la Historia, yo me retiro a menos notorias tareas sin rencores y sin odios."

No por aliadófilo dejó nunca Palavicini de ser amigo del Presidente Carranza, a quien siempre, por consecuencia política y por adhesión personal, ha estimado y respetado. Para Palavicini, hombre leal, el Presidente no ha dejado de ser aún el Primer Jefe; pero éste era neutral con simpatías germanófilas—quizá si ya no lo sea tanto—y su ex-Secretario opositor, ya que no impugnador, de su política. Antes de que el choque entre ambos se produjera, y éste iba siendo inevitable por culpa de la algarada de la prensa que seguramente no inspiraba el Presidente Carranza pero que pagaba el Secretario de Gobernación, Palavicini, sin renunciar a uno solo de los principios que como ciudadano libre sustentaba en su diario, prefirió el exilio con todas sus amarguras antes que enfrentarse a un hombre a quien nunca ha dejado de considerar como la figura más prominente y respetable de su patria. El, donde quiera que fuese, podía seguir siendo aliadófilo; pero ser en México, a la vez, aliadófilo y enemigo del Presidente ¡eso, nunca! Ya he dicho que Palavicini—aunque en eso no se parezca a los políticos mexicanos—es un hombre leal. Por eso, al retirarse del periodismo y antes de salir para los Estados Unidos,

habló así, tal como lo he trascrito, el primer día que "El Universal" empezó a ser, con la ausencia de su fundador, un diario como hay muchos. Desde ese momento, la causa aliada perdía en México su defensor más decidido e inteligente: su único paladín.

Hecha su liquidación política—bien limpia por cierto—Palavicini se trasladó a los Estados Unidos. Vino a New York, y desde su arribo—él es un hombre inquieto como ninguno, y gusta de hacer práctico al momento aquello que se le ocurre—empezó a preparar la fundación de un gran magazín que habría de leerse, por miles de ejemplares, en España y toda la América española. Estaba ya listo el primer número para ser enviado a los talleres, cuando el gobierno de los U. S. of A., para evitar a las publicaciones ya existentes nuevos competidores, lanzó un decreto prohibiendo, en lo absoluto, la edición de nuevos periódicos. Y "El Universal" —que así iba a llamarse también este magazín, cuyo programa lo iba a levantar a la altura de la mejor revista publicada en lengua castellana—quedó en proyecto, y en proyecto quedará seguramente para siempre. Porque Palavicini se vuelve a México, después de haber sido el único periodista de América a quien esta guerra no le ha valido de pretexto para lucrar y enriquecerse. Más aún: por el hecho de ser aliadófilo, por ser él quien es sin detrimento ni quebranto de su personalidad, esta guerra le cuesta su dinero a Palavicini. Cuando otros hacían valer sus campañas, él, en cambio, sacrificaba su ínfima posición económica. Quien dá toda su energía y

toda su inteligencia como Palavicini sabe darlas, hidalga y generosamente, poco puede guardar para sí. Eso ha hecho él. Y él, bien puedo decirlo porque conozco de cerca a mi biografiado, está contento de lo que ha hecho.

Sí, efectivamente: Palavicini retorna a México. Pero no vuelve con las manos vacías, porque lleva consigo este libro—compensación espiritual de los miles de dólares que le ha costado su viaje.—Ya lo habéis leído, y no seré yo quien os diga lo que es y lo que significa este libro. De cuanto han hecho los Estados Unidos en la guerra, hasta ahora este es el único volúmen en español que se ha publicado; y quien lo lea lo hará correr de mano en mano, porque en verdad que estas mal llamadas crónicas de Broadway, sin hablar del holgorio frívolo de los cabarets ni de los idilios de las "girls" que se quedan moqueando mientras los "boys" van "over there," son de una amenidad que aparece superficial y que es sin embargo honda y nerviosa. Este libro es como el gesto del autor: vivaz; es como su palabra: fulgurante; es como su facultad de expresión: rápido; es como toda su persona: inquieto. Como Palavicini no ha querido hacer literatura, el libro se parece en todo al autor cuando éste se pone un traje hecho. En nuestra época, el desaliño que se lleva con desgaire gentil suele ser una gracia. Lo es en el caso de "La Democracia Victoriosa."

Mientras el libro hace su carrera. . . . ¿Palavicini va acaso a México para meterse en su casa, como un vencido o como un desencantado? No lo creo,

porque Palavicini es un hombre que no puede encerrarse. Como él ya tiene su amplia base de cultura y los libros le sobran, no es leyendo a los enciclopedistas o platicando de vaguedades bajo la luz de un quinqué, plácido y apoltronado, donde Palavicini va a pasar sus ratos de ocio. Para él, temperamento dinámico, el ocio es la acción, y la acción la única manera posible de ir quemando su vida. Por eso yo lo veo ya llegar a México tal como a New York: haciendo a toda carrera presupuestos de rotativa y linotypos, de papel de rollo, de mesas de redacción, y reclutando, entre los profesionales del diarismo, a aquellos que sean dignos de tener tal capitán. Sí, yo me figuro que Palavicini vuelve a México para fundar otro diario. Y yo, que tengo aficiones de padrino sin ser todavía compadre, le he dicho—al sospechar cuales son sus futuros planes:

—Ese nuevo diario debe llamarse "el Triunfo" . . .

Sí, ese o uno semejante debe ser su nombre. Ese y no otro, porque Palavicini retorna triunfador a México—cuando ya Alemania pide la paz, cuando ya Austria-Hungría implora el fin de la contienda, cuando ya Turquía se rinde, cuando Rusia se disgrega, cuando Italia rompe la línea de fuego que aún le disputaba las provincias irredentas, cuando Bélgica va recuperando su territorio, cuando Inglaterra se señorea de los mares, cuando Francia comienza a extenderse en toda su legítima frontera, cuando los Estados Unidos van a lanzar un quinto empréstito que se llamará de la Victoria, cuando las

naciones neutrales han llegado a comprender, aunque un poco tarde, que la causa aliada era la causa del mundo.

Palavicini retorna a México, pero ya lo han precedido las clarinadas de la democracia victoriosa.

Su regreso es el del luchador que no dejó enmohecer sus armas. Después de la tregua ¿acaso no serán mayores sus alientos? Por eso, tened presente que el triunfo no admite piedad para el vencido. Y cuando el triunfo ha sido por igual de la fuerza y de los ideales, los que vencieron a la muerte serán más poderosos que ésta.

Palavicini no regresará en triunfo, pero sí con el triunfo.

¡Paso al triunfador!

RUY DE LUGO-VIÑA.

SUMARIO

(1)




THE LIBRARY OF CONGRESS
THE HECKMAN BINDERY INC.
BOUND TO PLEASE
DEC 73
N. MANCHESTER,
INDIANA 46962